



Los perros hambrientos

CIRO ALEGRÍA

Lectulandia

Ciro Alegría es el novelista peruano más destacado de la primera mitad del siglo xx. Aunque alcanzó fama continental y fue traducido a muchos idiomas con *El mundo es ancho y ajeno*, quizá sea *Los perros hambrientos* su creación más cumplida. Publicada originalmente en 1939, esta novela alterna un lenguaje pulido y correcto en el plano narrativo-descriptivo y un auténtico lenguaje dialectal en boca de sus personajes. La naturaleza descrita abandona su papel de escenario para asumir el de un personaje preponderante: la prolongada sequía afecta a hombres y a animales por igual, y hace surgir con toda su magnitud y fuerza la necesidad básica de la subsistencia.

En *Los perros hambrientos* predomina —según Luis Alberto Sánchez— cierto franciscanismo, propio de los campesinos de la sierra norte del Perú retratados en la obra de Alegría, y los mismos perros son en realidad personajes tan plenos como los monos, las serpientes y los tigres de Kipling y Quiroga.

Lectulandia

Ciro Alegría

Los perros hambrientos

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

Título original: *Los perros hambrientos*
Ciro Alegría, 1939

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



I

PERROS TRAS EL GANADO

Guau..., guau, guauuuú...

El ladrido monótono y largo, agudo hasta ser taladrante, triste como un lamento, azotaba el vellón albo de las ovejas conduciendo la manada. Ésta, marchando a trote corto, trisca que trisca el ichu duro, moteaba de blanco la rijosidad gris de la cordillera andina.

Era una gran manada, puesto que se componía de cien pares, sin contar los corderos. Porque ha de saberse que tanto la Antuca, la pastora, como sus taitas y hermanos, contaban por pares. Su aritmética ascendía hasta ciento, para volver de allí al principio. Y así habrían dicho «cinco cientos» o «siete cientos» o «nueve cientos»; pero, en realidad, jamás necesitaban hablar de cantidades tan fabulosas. Todavía, para simplificar aún más el asunto, iban en su auxilio los pares, enraizados en la contabilidad indígena con las inertes raíces de la costumbre. Y después de todo, ¿para qué embrollar? Contar es faena de atesoradores, y un pueblo que desconoció la moneda y se atuvo solamente a la simplicidad del trueque, es lógico que no engendre descendientes de muchos números. Pero éstas, evidentemente, son otras cosas. Hablábamos de un rebaño.

La Antuca y los suyos estaban contentos de poseer tanta oveja. También los perros pastores. El tono triste de su ladrido no era más que eso, pues ellos saltaban y corrían alegremente, orientando la marcha de la manada por donde quería la pastora, quien, hilando el copo de lana sujeto a la rueca, iba por detrás en silencio o entonando una canción, si es que no daba órdenes. Los perros la entendían por señas, y acaso también por las breves palabras con que les mandaba ir de un lado para otro.

*Por el cerro negro
andan mis ovejas,
corderitos blancos
siguen a las viejas.*

La dulce y pequeña voz de la Antuca moría a unos cuantos pasos en medio de la desolada amplitud de la cordillera, donde la paja es apenas un regalo de la inclemencia.

*El sol es mi padre,
la luna es mi madre,
y las estrellitas son
mis hermanitas.*

Los cerros, retorciéndose, erguían sus peñas azulencas y negras, en torno de las

cuales, ascendiendo lentamente, flotaban nubes densas.

La imponente y callada grandeza de las rocas empequeñecía aún más a las ovejas, a los perros, a la misma Antuca, chinita de doce años que «cantaba para acompañarse». Cuando llegaban a un pajonal propicio, cesaba la marcha y los perros dejaban de ladrar. Entonces un inmenso y pesado silencio oprimía el pecho núbil de la pastora. Ella gritaba:

—Nube, nube, nubeéé...

Porque así gritan los cordilleranos. Así, porque todas las cosas de la naturaleza pertenecen a su conocimiento y a su intimidad.

—Viento, viento, vientoóóó...

Y a veces llegaba el viento, potente y bronco, mugiendo contra los riscos, silbando entre las pajas, arremolinando las nubes, desgredando la pelambrea hacia de los perros y extendiendo hacia el horizonte el rebozo negro y la pollera roja de la Antuca. Ella, si estaba un perro a su lado —siempre tenía uno acompañándola—, le decía en tono de broma:

—¿Ves? Vino el viento. Hace caso...

Y reía con una risa de corriente agua clara. El perro, comprendiéndola, movía la cola coposa y reía también con los vivaces ojos que brillaban tras el agudo hocico reluciente.

—Perro, perrito bonito...

Después, buscando refugio en algún retazo de pajonal muy macollado, se acurrucaban perdiéndose entre él. El viento pasaba sobre sus cabezas. La Antuca hilaba charlando con el perro. A ratos dejaba su tarea para acariciarlo.

—Perro, perrito bonito...

De cuando en vez miraba el rebaño, y si una oveja se había alejado mucho, ordenaba señalándola con el índice:

—Mira, Zambo, anda, güélvela...

Entonces el perro corría hacia la descarriada y, ladrando en torno, sin tener que acosarla demasiado —las ovejas ya sabían de su persistencia en caso de no obedecer—, la hacía retornar a la tropa. Es lo necesario. Si una oveja se retrasa de la tropa de la manada, queda expuesta a perderse o ser atrapada por el puma o el zorro, siempre en acecho desde la sombra de sus guaridas.

Después de haber cumplido su deber, marchando con el ágil y blando trote de los perros indígenas, Zambo volvía a tenderse junto a la pastora. Se abrigan entre ellos, prestándose mutuamente el calor de sus cuerpos.

Y así pasaban el día, viendo la convulsionada crestería andina, el rebaño balante, el cielo, ora azul, ora nublado y amenazador. La Antuca hilaba charlando, gritando o cantando a ratos, y a ratos en silencio, como unimismada con el vasto y profundo silencio de la cordillera, hecho de piedra e inconmensurables distancias soledosas. Zambo la acompañaba atentamente, irguiendo las orejas ante el menor gesto suyo, pronto a obedecer, aunque también se permitía reclinar la cabeza y dormir, pero con

sueño ligero, sobre la suave bayeta de la pollera.

Algunos días, recortando su magra figura sobre la curva hirsuta de una loma, aparecía el Pancho, un cholito pastor. Lo llamaba entonces la Antuca y él iba hacia ella, anheloso y alegre, después de haberse asegurado de que su rebaño estaba a bastante distancia del otro y no se entreverarían. Lo acompañaba un perro amarillo que cambiaba gruñidos hostiles con Zambo, terminando por apaciguarse ante el requerimiento regañón de los dueños. Éstos fraternizaban desde el comienzo. Conversaban, reían. El Pancho cogía la antara que llevaba colgada del cuello mediante un hilo rojo y se ponía a tocar, echando al viento las notas alegres y tristes de los wainos y las atormentadas de los yaravíes. Uno llamado Manchaipuito angustiaba el corazón de la Antuca y hacía aullar a los perros. Ella sonreía a malas y sacaba fuerzas de donde no había para regañar a Zambo:

—Calla, zonzo... ¡Han visto perro zonzo!

Y una vez dijo el Pancho:

—Este yaraví jue diun curita amante.

—Cuenta —rogó la Antuca.

Y contó el Pancho:

—Un cura dizque taba queriendo mucho onde una niña, pero siendo él cura, la niña no lo quería onde él. Y velay que diun repente murió la niña. Yentón el cura, e tanto que la quería, jue y la desenterró y la llevó onde su casa. Y ay tenía el cuerpo muerto y diuna canilla el cuerpo muerto hizo una quena y tocaba en la quena este yaraví, día y noche, al lao el cuerpo muerto e la niña... Y velay que puel cariño y tamién po esta música triste, tan triste, se golvió loco... Y la gente e poray que oía el yaraví día y noche, jue a ver po qué tocaba tanto y tan triste, y luencontró al lao el cuerpo muerto, ya podrido, e la niña, llorando y tocando. Le hablaron y no respondía ni dejaba e tocar. Taba, pues, loco... Y murió tocando... Tal vez puese aúllan los perros... Vendrá el alma el curita al oír su música, yentón los perros aúllan, poque dicen que luacen así al ver las almas...

La Antuca dijo:

—Es ques muy triste... No lo toques...

Pero en el fondo de sí misma deseaba oírlo, sentía que el desgarrado lamento del Manchaipuito le recorría todo el cuerpo proporcionándole un dolor gozoso, un sufrimiento cruel y dulce. La cauda temblorosa de la música le penetraba como una espada a herirle rudamente, pero estremeciéndole con un tremor recóndito las entrañas.

El Pancho lo presentía, y continuamente hacía gemir los carrizos de su instrumento con las trémulas notas del yaraví legendario. Luego le decía:

—Cómo será el querer, cuando llora así...

La Antuca lo envolvía un instante en la emoción de su mirada de hembra en espera, pero luego tenía miedo y se aplicaba a la rueca y a regañar al aullador Zambo. Sus jóvenes manos —ágiles arañas morenas— hacían girar diestramente el huso y

extraían un hilo parejo del albo copo sedeño. El Pancho la miraba hacer, complacido, y tocaba cualquier otra cosa.

Así son los idilios en la cordillera. Su compañero tenía, más o menos, la edad de ella. La carne en sazón triunfaría al fin. Sin duda llegarían a juntarse y tendrían hijos que, a su vez, cuidando el ganado en las alturas, se encontrarían con otros pastores.

Pero el Pancho no iba siempre, y entonces la Antuca pasaba el día en una soledad que rompía al dialogar con las nubes y el viento y amenguaba un tanto la tranquila compañía de Zambo. Llegada la tarde, iniciaban el retorno. En invierno volvían más temprano, pues la opacidad herrumbrosa del cielo se deshacía pronto en una tormenta brutal. La Antuca se paraba llamando a los perros, que surgían de los pajonales para correr y ladrar reuniendo el ganado, empujándolo después lentamente hacia el redil.

Y eran cuatro los perros que ayudaban a la Antuca: Zambo, Wanka, Güeso y Pellejo. Excelentes perros ovejeros, de fama en la región, donde ya tenían repartidas muchas familias cuya habilidad no contradecía al genio de su raza. El dueño, el cholo Simón Robles, gozaba de tanta fama como los perros, y esto se debía en parte a ellos y en parte a que sabía tocar muy bien la flauta y la caja, amén de otras gracias.

Habitualmente, en el trajín del pastoreo, Zambo caminaba junto a la Antuca, ajochando a las rezagadas; Wanka iba por delante orientando la marcha y Güeso y Pellejo corrían por los flancos de la manada cuidando que ninguna oveja se descarriara. Sabían su oficio. Jamás habían inutilizado un animal e imponían su autoridad a ladridos por las orejas. Sucede que otros perros innobles a veces se enfurecen si es que encuentran una oveja terca y terminan por matarla. Zambo y los suyos eran pacientes y obtenían obediencia dando una pechada o tirando blandamente del vellón, medidas que aplicaban sólo en último término, pues su presencia ceñida a un lado de la oveja indicaba que ella debía ir hacia el otro, y un ladrido por las orejas, que debía dar media vuelta. Haciendo todo esto, en medio de saltos y carreras, eran felices.

Ni la tormenta podía con ellos. A veces, el cielo oscuro, aún siendo muy temprano, comenzaba a chirapear. Si estaba por allí el Pancho, ofrecía su poncho a la Antuca. Era un bello poncho de colores. Ella lo rechazaba con un «así nomá» discreto y emprendían el retorno. Las gotas se hacían más grandes y repetidas, luego caían chorros fustigantes, retumbaban los truenos y los relámpagos clavaban en los picachos violentas y fugaces espadas de fuego. Los perros apiñaban el rebaño hasta formar con él una mancha tupida de fácil vigilancia, conduciéndolo a marcha acelerada. Era preciso vadear las quebradas y arroyos antes que la tormenta acreciera su caudal tornándolos infranqueables. Nunca se retrasaron. Avanzaban rápida y silenciosamente. En los ojos de las ovejas se pintaba el terror a cada llamarada y a cada estruendo. Los perros caminaban tranquilos chorreando agua del pelambre apelmazado por la humedad. Detrás, la rueda hecha bordón para no resbalar en la jabonosa arcilla mojada, la falda del sombrero de junco vuelta hacia abajo para que escurrieran las gotas, caminaba la Antuca, rompiendo con liviano impulso la red gris

de la lluvia.

Pero casi siempre retornaban a su lugar con tiempo calmo, en las últimas horas de la tarde, envueltos en la feliz policromía del crepúsculo. Encerraban las ovejas en el redil, y la Antuca entraba en su casa. Su tarea terminaba allí. Diremos de paso que la casa era como pocas. De techo pajizo, en verdad, pero sólo una de las piezas tenía pared de cañas y barro; la otra estaba formada por recias tapias. En el corredor, frente a las llamas del fogón, su madre, llamada Juana, repartía el yantar al taita Simón Robles y a los hermanos Timoteo y Vicenta. La pastora tomaba su lugar en el círculo de comensales para compartir la dulzura del trigo, el maíz y los ollucos. Los perros se acercaban también y recibían su ración en una batea redonda. Allí estaba igualmente Shapra, guardián de la casa. No se peleaban. Sabían que el Timoteo esgrimía el garrote con mano hábil.

La noche iba cayendo entre brumas violáceas y azules, que por último adensaban hasta la negrura. La Juana apagaba el fogón, cuidando de guardar algunas brasas para reavivar el fuego al día siguiente, y luego todos se entregaban al sueño. Menos los perros. Allí, en el redil, taladraban con su ladrido pertinaz la quieta y pesada oscuridad nocturna. Como se dice, dormían sólo con un ojo. Es que los zorros y pumas aprovechan el amparo de las sombras para asaltar los rediles y hacer sus presas. Hay que ladrar entonces ante el menor ruido. Hay que ladrar siempre. Por eso, cuando la claridad es tal que las bestias dañinas renuncian a sus correrías, los canes ladran también. Ladran a la luna. Ella, la muy pingüe y alba, amada de poetas y damas románticas, hace ante los perros el papel de puma o zorro hambriento.

—Guau..., guau, guauuuuuúu...

Las voces de Zambo y su familia, junto con las de otros perros vecinales, formaban un coro ululante que hacía palpitar la noche andina.

II HISTORIAS DE PERROS

Zambo y Wanka vinieron de lejos. Para hablar más precisamente: los trajo el Simón Robles. Eran muy tiernos aún y tenían los ojos cerrados. De tenerlos abiertos, habrían visto menos. Viajaban en el fondo de una concavidad que hizo su conductor doblando, con la ayuda del antebrazo y la mano, la falda delantera del poncho. Acaso sintieron, sin saber de lo que se trataba, un continuo e irregular movimiento. Lo producía el trote de un caballo por un largo camino lleno de altibajos. Los perrillos provenían de Gansul, de la afamada cría de don Roberto Poma.

—Juana, traigo perroooooos... —gritó el Simón Robles, mientras llegaba a su casa. Ella corrió a recibirlos y luego los condujo al redil.

En medio de sus sombras infantiles, lactaron allí de unos pezones tiesos y pequeños durante muchos días. El hombre, ayudado por la ceguera, niega al perro pastor la teta maternal y le asigna la ovejuna. El perro crece entonces identificado con el rebaño. Es así cómo nuestros amigos abrieron al fin los ojos y se encontraron con una ubre prieta, muchas patas, un universo de formas redondas y blancas. Un olor acre los envolvía. Y he allí que ellos vivían en ese mundo y que del pezón exiguo brotaba el chorro que aplacaba su hambre. Y entendieron que las ovejas pertenecían a su vida. Después, la perrilla hizo la experiencia de andar. Y topose contra las patas y resbaló sobre el guano. Un balido le hirió los sesos. Quiso imitarlo y no consiguió sino ladrar. Sin embargo, su pequeña voz estremeció a un corderillo y apartó a una oveja. Entonces sintió la diferencia. Mas, de todos modos, la ubre era buena y podía seguir mamando. La vida es primero, y las ovejas le daban la vida. Su hermano, a poco, entendió lo mismo.

Entretanto, la apertura de ojos fue entusiastamente celebrada por la Vicenta, que en ese tiempo era la pastora, y por la Antuca. Llevaron los perros a la casa.

—¿Qué nombre les ponemos?

El Simón Robles dijo:

—A la perra hay que ponele Wanka.

Y el Timoteo opinó:

—El perrito, ques más oscuro, que se llame Zambo.

Fue así como quedaron bautizados. El nombre del perro se entendía, pues era más gris que Wanka, ¿pero el de ésta? Sin embargo, nadie preguntó al Simón la razón de ese apelativo. Él mismo, tal vez, la ignoraba. Wanka fue una aguerrida tribu del tiempo incaico. La palabra, acaso, le brotó del pecho como brota una estrella de la sombra. «Wanka», dijo con el acento que habría podido emplear para decir: «He allí un bravo destino». Y no hay que extrañarse de que fuera así, tratándose de un perro. El animal comparte la vida del cordillerano de modo fraterno.

El caso es que Wanka y Zambo fueron creciendo encariñados con las ovejas y con los Robles. Sus ojos, desde luego, vieron pronto más claramente y más lejos. Los amos tenían la piel cetrina. El Simón y la Juana andaban algo encorvados. El Timoteo hinchaba el poncho con un ancho tórax abombado. La Vicenta, erguida y ágil, era quien les enseñaba las tareas pastoriles. Pero intimidaban con la Antuca, la pequeña y lozana Antuca. Los esperaba cuando volvían de las alturas y se iba a la choza que los guardianes ocupaban en un ángulo del redil. Jugaban a pelearse. Ella gruñía manoteando y ellos hacían como que le propinaban terribles tarascadas. Era una feroz e incruenta lucha que las ovejas veían con aire asombrado.

También se familiarizaron con la región. La casa de sus amos se recostaba en la falda de un cerro, rodeada de plantíos. Más allá, en medio de lomas y laderas, asomaban otras casas también circundadas de chacras, que eran, según el tiempo, verdes o amarillas. Subiendo, estaba la rocosa y pajiza crestería donde pastaba el ganado. Y no muy lejos, hacia abajo, en el refugio muelle de una hoyada, descansaba un gran caserón de tejas rojas entre muchos altos árboles. Alguna vez siguieron a la Vicenta hasta allí. Vieron entonces gente blanca, grandes paredes y enormes perros de pelo chico, ladrido bronco y tremendas mandíbulas. La Vicenta había tenido que suspenderlos hasta su pecho para que esos monstruos, que se acercaron gruñendo, no los devoraran. En fin, vieron mucho. Toda la zona estaba surcada por quebradas cubiertas de arbustos y árboles verdinegros, que descendían de las alturas para irse, perdiéndose por lejanas lomas, quién sabe hacia dónde. Al frente, muy lejos, levantábanse unos inmensos cerros azules. Wanka y Zambo jamás pensaron ir por allí. Eran largos los caminos, altas las rocas y no se podía abandonar el ganado. De las peñas situadas ascendiendo el cerro, un poco más arriba de sus lares, rebotaban los ladridos lanzados por los enormes perros de la casa grande. Nuestros amigos pusieron mucha furia en los suyos, pero nunca pudieron salirles tan gruesos y terroríficos, y los cerros les devolvieron solamente agudos acentos.

Pese a todo, la vida era buena. Iban creciendo. Sus músculos se fortalecían con las caminatas y carreras tras el rebaño. Éste marchaba bien. Pronto estuvieron grandes. El alargado cuerpo, cubierto de plumoso y denso pelambre, se levantaba tres cuartas sobre el suelo. Era coposa la cola. Las delgadas y lacias orejas, siempre alertas, se erguían ante la menor novedad. El hocico agudo era capaz de oler un rastro de diez días. Los colmillos de reluciente blancura podían romper un madero.

¿Raza? No hablemos de ella. Tan mezclada como la del hombre peruano. Esos perros esforzados que son huéspedes de la cordillera andina no se uniforman sino en la pequeña estatura, el abundante pelambre y la voz aguda. Suelen ser plomos, como negros, rojizos, bayos o pintados. Su catadura podría emparentarlos con el zorro, pero sin duda alguna se han cruzado con el viejo alco familiar al incanato. Esta especie de perro, a la que se juzga desaparecida, seguramente late aún en el can de hoy, mestizo como su dueño, el hombre. Ancestros hispánicos y nativos se mezclaban en Wanka y Zambo, tal como en el Simón Robles y toda la gente atravesada de esos lados.

Y pronto la vida llamó desde sus entrañas. Wanka parió media docena de vástagos. La costumbre la relevó de cumplir con todos ellos sus deberes maternales. Cuatro le fueron arrebatados para ponerlos al pie de las ovejas recién paridas. Los otros, desde luego, se hartaron de su leche. Tenían todos el pelo sedoso y parecían ovillos de lana. Crecieron a su vez y, en el tiempo debido, pudieron correr y ladrar y conducir el ganado. Pero como la demanda de perros ovejeros era mucha y el Simón, por otra parte, no podía alimentar una jauría, los fue vendiendo o cambiando por más ovejas.

Salvo una que otra, así pasó con todas las pariciones. Los que lactaban de Wanka no tenían el mismo apego que los otros por las ovejas, pero el Simón preguntaba al comprador: «¿Lo quiere pa ovejero o pa otra cosa?». Y el aludido podía contestar: «Es pa cuidar la casa» o «pa rodear yeguas y vacas». El repuntero Manuel Ríos respondió de esta manera. Y el Simón le dio —como hacía en tales casos— uno de los perros que no era ovejero por sentimiento y podía dedicarse a otra faena. Tiempo después afirmaba el Manuel que Güendiente sabía manejar las vacas. De la jeta sacaba del monte a las matreras. Cierta vez, cruzando el río Marañón, la que iba guiando una partida comenzó a volverse. Esto es fatal, pues en este caso es seguida por la tropa y, ganando tierra firme, se niegan a tirarse al agua de nuevo y hay que pasarlas en balsa. El Manuel, que en unión de otros repunteros veía el retorno desde una orilla, ordenó a su perro:

—Échale, Güendiente, pásala al otro lao...

El perro se arrojó al agua, pero nadie esperaba que hubiera entendido. Lo asombroso fue que llegó donde la madrina y la cogió de la jeta. Las aguas estaban crecidas y la corriente era fuerte, mas el perro extremó la tensión e hizo voltear a la vaca hacia el otro lado. El Manuel alentaba al Güendiente dando gritos. En el centro del río se levantaban enormes tumbos, pero la vaca, imitada sumisamente por las otras, tuvo que nadar hacia la orilla opuesta. El perro la soltó sólo cuando las pezuñas tocaron tierra. Salió la madrina y con ella la tropa. Al Manuel poco le faltó para llorar. Cuando contaba la hazaña no le creían. Entonces él citaba a los otros repunteros, que también la vieron, y terminaba:

—¿Qué sian creído ques Güendiente? ¡Guá!

Como él, hubo muchos. Pero no siempre tuvieron fortuna: es dura la vida en la cordillera. Habría, tal vez, que contar historias dolorosas. Un caso triste fue el de Máuser. Su dueño, el hacendado Gilberto Morán, estaba haciendo volar rocas en la apertura de un camino. Este señor, para echárselas de valiente, acostumbraba encender su cigarrillo en el fuego producido por la mecha del tiro de dinamita. Cuando todos corrían, él se quedaba agachado frente al hueco humeante. Fue así aquella vez. Sólo que cuando el mismo don Gilberto se retiró, Máuser, que no había visto antes nada igual, empeñose en husmear lo que pasaba dentro del boquete. Los peones y su dueño, parapetados ya tras unas piedras, lo llamaron en vano. Máuser continuaba observando el humillo que brotaba de la roca. Y todo ocurrió en tiempo

brevísimo, porque la muerte, en esas bravas tierras, es casi siempre cuestión de segundos. Estalló la roca, con Máuser, en mil pedazos. El eco prolongó el estruendo. La piedra volada dejó en un hoyo su huella. Pocas horas duraron, sobre la tierra soleada, unas cuantas gotas de sangre.

También fue deplorable la suerte de Tinto. Guardaba la casa del Simón. Y un día llegó por allí, cabalgando su mula bruna y seguido de Raffles, don Cipriano Ramírez, hacendado de Páucar, quien residía en la casa grande ya vista. Raffles era un perro amarillo de imponente estampa. Tinto, el muy osado, se atrevió a gruñirle. Raffles lo tiró al suelo de una sola pechada, mostrándole los colmillos. El caído comprendió su error y se rindió levantando las patas y aovillándose. Pero Raffles no conocía el perdón. De una dentellada le quebró el gañote.

Con los días, Tinto fue reemplazado en sus tareas por Shapra. El nombre vínole a éste de su pelambre retorcido y enmarañado, pues Shapra quiere decir motoso. (En el lenguaje cholo, algunas palabras keswas superviven injertadas en un castellano aliquebrado que sólo ahora comienza a ensayar su nuevo vuelo). Shapra ladraba a más y mejor en torno del bohío, pero, cuando llegaba Raffles, los dueños se encargaban de refrenar sus impulsos.

Pero quien vengó a Tinto fue Chutín. El hijo del hacendado, el niño Obdulio, antojose de un perro de los del Simón Robles. Al fin obtuvo un cachorro, al que pusieron Chuto, que quiere decir chusco, pues su pequeñez y su ausencia de blasones contrastaban con la arrogancia y la abundante gama heráldica de los perros de la casa-hacienda. El nombre trocose después, buscando sonoridad y diminutivo cariñoso, en Chutín. Porque sucedió que de las esferas del capricho ascendió a las del afecto. Todos lo querían, cumpliéndose una vez más la sentencia de que «los últimos serán los primeros». Y había razón para eso. Chutín aventajó y dejó muy atrás a los otros perros en todas las faenas. Los finos daban terribles mordiscos, se enfurecían al ver sangre y mataban o magullaban sin necesidad al ganado. Chutín obteníalo todo, inclusive un buen arreo de vacas, de su ladrido pertinaz, sus prudentes tarascadas, su agilidad incansable y su buen humor. Además, aprendió a cazar perdices. Con el niño Obdulio, joven de diez años, daba grandes batidas por los alrededores. Es tarea que demanda pericia. De pronto, del lado mismo de los cazadores, las perdices salen volando casi a ras de tierra y piando desafortadamente. La fama dice que dan tres vuelos: uno largo, el segundo más corto y el último más pequeño aún, y que enseguida no pueden sino correr. Pero lo cierto es que, frecuentemente, dan más vuelos. El perro ha de correr tras su presunta presa apenas ésta echa a volar a fin de ver dónde se asienta, para perseguirla: y obligarla a remontarse de nuevo, y cansarla a fin de atraparla. No lo pueden hacer todos los perros. Han de ser muy veloces. Chutín lo hacía. Al principio creyó que la presa era para él, pero después aprendió que había que entregarla, verla desaparecer en el morral y luego, en su momento, recibir de manos de la cocinera Marga una buena ración de patas.

También, Chutín no rehuía el embate de las fuerzas de la naturaleza. Cuando

llovía o soplaba fuerte viento los perros finos se ponían a tiritar de frío, acurrucados en un rincón. Él retozaba bajo la lluvia y ladraba alegremente. Amaba el ímpetu de la tempestad y la voz del viento.

El mismo don Cipriano lo quería y guardaba para él los huesos de su plato. Y cuando los otros perros, celosos, trataban de zarandearlo, el hacendado empleaba el foete que tenía colgado junto a la puerta del escritorio y le servía para tundir a perros y peones. Éstos le tenían más miedo que los primeros, pero, de todos modos, Chutín gozaba de una respetuosa consideración. Fue así como se permitió aventajar y preterir a toda la nobleza, vengando a Tinto, pues, entre los relegados, desde luego que se encontraba Raffles, el feroz criminal.

Y llegó el tiempo en que el ganado del Simón Robles aumentó y necesitaba mayor número de cuidadores, y también llegó el tiempo en que la Antuca debió hacerse cargo del rebaño, pues ya había crecido lo suficiente, aunque no tanto como para pasarse sin más ayuda que la Vicenta. Entonces, el Simón Robles dijo:

—De la parición que viene, separaremos otros dos perros pa nosotros.

Y ellos fueron Güeso y Pellejo. El mismo Simón les puso nombre, pues amaba, además de tocar la flauta y la caja, poner nombres y contar historias. Designaba a sus animales y a las gentes de la vecindad con los más curiosos apelativos. A una china aficionada a los lances galantes le puso «Pastora sin manada», y a un cholo de ronca voz y feble talante, «Trueno en ayunas»; a un magro caballo, «Cortaviento», y a una gallina estéril, «Poniaire». Por darse el gusto de nombrarlos, se las echaba de moralista y forzado, ensillaba con frecuencia a Cortaviento y se oponía a que su mujer matara la gallina. Al bautizar a los perros, dijo en el ruedo de la merienda:

—Que se llamen así, pue hay una historia, yesta es quiuna viejita tenía dos perros: el uno se llamaba Güeso y el otro Pellejo. Y jue quiun día la vieja salió e su casa con los perros, yentón llegó un ladrón y se metió bajo e la cama. Golvió la señora po la noche y se puso a acostarse. El ladrón taba calladito ay, esperando quella se durmiera pa augala silencito sin que lo sintieran los perros y pescar las llaves diun cajón con plata. Y velay que la vieja, al agacharse pa pescar la bacenica, le vio las patas ondel ladrón. Y como toda vieja es sabida, ésa tamién era. Yentón se puso a lamentarse, como quien no quiere la cosa: «Yastoy muy vieja: ay, yastoy muy vieja y muy flaca; güeso y pellejo no más estoy». Y repetía cada vez más juerte, como admirada: «¡güeso y pellejo!, ¡güeso y pellejo!». Yeneso, pue, oyeron los perros y vinieron corriendo. Ella les hizo una señita y los perros se jueron contrel ladrón haciéndolo leña... Velay que pueso ta güeno questos se llamen tamién Güeso y Pellejo.

La historia fue celebrada y los nombres, desde luego, aceptados. Pero la vivaz Antuca hubo de apuntar:

—¿Pero cómo pa que adivine la vieja lo quiba a pasar y les ponga así?

El Simón Robles replicó:

—Se los puso y después dio la casualidad que valieran esos nombres... Asíés en todo.

Y el Timoteo, arriesgando evidentemente el respeto lleno de mesura debido al padre, argumentó:

—Lo que yo digo es que la vieja era muy diotra laya porque no trancaba su puerta. Dinó, no bieran podido entrar los perros cuando llamaba. Y síes que los perros taban dentro y no vían ondel ladrón, eran unos perros po demás zonzos...

El encanto de la historia había quedado roto. Hasta en torno del fogón, donde la simplicidad es tan natural como masticar el trigo, la lógica se entromete para enrevesar y desencantar al hombre. Pero el Simón Robles respondió como lo hubiera hecho cualquier relatista de más cancha:

—Cuento es cuento.

Y esto equivalía a decir que hay que aceptar las historias con todos los tumbos que, al recorrerlas, pudiera dar en ellas el buen sentido, más si la misma vida tiene a veces acentos de fábula.

Fue la Juana quien rompió el silencio producido a raíz de la sentencia:

—Todues enredao y no se ve, como la punta el hilo en la madeja, pero ay ta... Sólo quia veces la madeja ta muy grande...

Y no hubo más cuestión.

Tres hermanos de Güeso y Pellejo escaparon al ingenio cholo del Simón Robles. Uno de ellos fue Mañu. De los otros dos no se supo más: los llevaron gentes que vivían muy lejos. A Mañu le tocó pertenecer al Mateo, marido de una hija del Simón, llamada Martina. Su vida y pasión valen la pena de ser contadas aparte.

Aprendiendo del Simón, y frecuentemente ayudados por él mismo, relataremos también otras muchas importantes historias. Acaso sean puestas en duda, ya que la verdad es, en algunas ocasiones, tan paradójal o tan triste, que el hombre busca razones para el ingreso de la incertidumbre. Y en esto se parece —hablando en genérico y salvando, en cada situación, las distancias precisas— a cierto curita de la provincia de Pataz. Era un sacerdote humilde e ignaro, de la cuerda de aquellos indios beatos a quienes el obispo Risco de Chachapoyas, después de enseñarles unos cuantos latinajos, tonsuró y echó por el mundo —en este caso el mundo era la sierra del Norte del Perú— a desfacer entuertos de herejía.

Nuestro buen curita predicaba una vez el famoso Sermón de Tres Horas en la iglesia del distrito de Siguan. Puso mucha emoción, gran patetismo, en relatar los padecimientos y muerte de Nuestro Señor. El resultado fue que casi todos los aldeanos feligreses, en especial las viejas pías, se pusieron a gemir y llorar a moco tendido. Confundido el curita por el efecto de sus palabras y no sabiendo cómo remediar tanto dolor, dijo al fin:

—No lloren, hermanitos. Como hace tanto tiempo, quién sabe será cuento...

III

PERIPECIA DE MAÑU

El Mateo Tampu, indio prieto, de recia musculatura y trotón andar, llegó un día a casa de su suegro. En pies y manos tenía aún la tierra de las chacras.

—Taita, quierun perrito.

El Simón Robles, sentado a la puerta de su bohío, estuvo un momento chasqueando la lengua al regalarse con la dulzura de su coca y luego respondió lo que era de esperarse:

—Empúñalo, pue.

El Mateo fue al redil y cogió un perrillo de los que dormían en un montón de paja esperando la vuelta de sus madres adoptivas. Ya hemos dicho que entre ellos estaban Güeso y Pellejo. Eran muy pequeños aún para seguir a la manada.

Después, la Juana inquirió:

—¿Y la Martina?

—Ya güena.

El cachorro se puso a mañosear y gemir. Entonces el Mateo lo aprisionó en un lado de su alforja al coserla en torno del cuerpecillo cálido y palpitante, pero dejando la cabeza libre.

—Me voy, pue —dijo cuando concluyó su tarea, a la vez que se echaba al hombro su prisionero. Él miraba desde lo alto con ojos medrosos y sorprendidos.

—Quédate tuavía —invitó el Simón.

—Quédate, comerás algo —reiteró la Juana.

—No, si la yerba me gana —dijo el Mateo.

Él era quien ganaba a la yerba. Tenía fama de trabajador. En sus limpias chacras prosperaban las siembras.

—Adiosito, pue —terminó.

Y, a trote rápido, cogió su camino.

El prisionero estaba realmente asombrado de la grandeza del mundo y miraba tratando de comprender. Antes había visto, además de la Antuca, Zambo y sus pequeños hermanos —y ya sabemos que Wanka les era negada—, solamente ovejas. Su horizonte fue la pared negruzca del redil, hecha de chamiza aprisionada entre largas varas que a su vez estaban sujetas a fuertes estacas. Ahora tenía ante sí toda la vastedad accidentada y multicolor de los campos. Teñíanse de morado y azul las lejanías y parecía que ellas avanzaban a perderse en abismales barrancos. El pequeño hubiera querido gemir, pues le acongojaba aquella marcha hacia lo ignoto, mas su perplejidad era mayor ante las insospechadas revelaciones y callaba en medio de una recogida atención. Un río que bajaba de las alturas le golpeó los oídos con su estruendo y luego mostrole el tumulto azul y blanco de sus aguas claras. El hombre

entró resueltamente en él y lo vadeó teniendo la corriente sobre la cintura. El perrillo, una vez en la otra orilla, sintió que el hombre era fuerte y tuvo confianza. Su inquietud se amenguó y hasta llegó a reclinar la cabeza sobre su atalaya, es decir, el hombro del Mateo. Cerró los ojos, y, medio dormido, escuchaba el chasquido de las ojotas en los guijarros del sendero. De pronto, un potente rumor les hizo levantar la cabeza. Enorme pájaro negro cruzaba por los aires.

—Guapi, cóndor, guapi —gritó el Mateo.

El perrito hubiera querido ladrar, pues ya lo hacía y le gustaba añadir su pequeña voz a la de los otros perros cuando gritaba el hombre. Pero ahora sentíase oprimido, con la barriga y el cuello ajustados y en una postura impropia, y muy a su pesar tuvo que seguir en silencio.

Por último, llegaron hasta lo que el vigía consideró una postrera eminencia. No encontraron abismales barrancos allí. Seguía la tierra desenvolviéndose por inconmensurables distancias hasta nuevos horizontes lejanos. ¡Ancho y largo era el mundo!

En cierto momento su conductor se detuvo y lo puso en el suelo, sentándose luego junto a él. Del otro lado de la alforja extrajo un envoltorio. Desató un mantel, levantó un mate, y en otro apareció un montón de papas olorosas, amarillas de ají. Arrojó la bola de coca y se puso a comer a grandes bocados. Hizo participar de su merienda al compañero, limpiando en el mantel el ají de una papa y embutiéndola en el pequeño y húmedo hocico.

—¿Tas cansao? Come, perrito. Ya vamos a llegar ya... Come, come...

Se puso a bromear:

—Hoy es papa, pero ya tendrás tu buena carne, la rica chicha... Te vas a regalar... Ya verás, perrito...

El aludido no le entendió, y era mejor. De no ser así, tal vez le hubiera creído, sufriendo luego una decepción. Porque lo que comió siempre —cuando comió—, durante el resto de su vida, fue maíz molido o también shinte, comida típica que es un aguado revoltijo de trigo, arvejas y habas, donde las papas juegan el papel de islas solitarias. Verdad que también pudo, cuando los hados eran muy propicios, roer un hueso. Mas era frugal como todos los de su raza y sus mismos dueños, conformándose alegremente con lo que había.

Llegaron al bohío con las sombras de la noche. El perrillo escuchó voces y balidos. Luego sintió que lo descosían y dejaban por fin al lado de algo blando y cuyo olor le era familiar. Estaba de nuevo en medio de un rebaño. Rendido, acurrucó su breve cuerpo junto a la propicia suavidad del vellón y se durmió.

El Damián, un pequeño que iba todos los días al redil, era su mejor amigo.

—Si parece su hermano —dijo un día la Martina.

—Mañu, mañu —repitió el Damián en su media lengua.

Entonces le pusieron ese nombre.

Puede decirse que crecieron juntos. Y juntos, también, salieron un día a pastar el ganado, relevando de ese trajín a la Martina. Verdad que no se alejaban mucho de la casa.

Pasó el tiempo. El rebaño, al principio de contadas cabezas, fue aumentando. El Damián crecía vigorosamente. Mañu viose fuerte y hermoso. El vientre de la Martina dio otro hijo. El Mateo trazaba fecundos surcos. Todo prosperaba sobre la tierra.

Una tarde, el cielo de lapislázuli bajó a los ojos de la Martina en dos cuajarones azulencos. Es lo que podía pensarse, pero lo cierto es que la Martina había llorado mucho. Lloró hasta el momento en que se oyó llorar, y entonces dijo:

—Ya no lloraré más...

Y se quedó sentada a la puerta de su choza, hilando lenta y doloridamente, mientras sentía la suave respiración del hijo que dormía sobre sus espaldas y el ronrón gatuno del huso, al que hacía girar con dedos laxos y cansados.

De repente creyó ver en el copo de lana la faz del Mateo Tampu, pero fijándose bien sólo distinguió los innumerables hilillos formando un montón blanco. Restregose los ojos.

Se habían llevado al Mateo, tan diestro para guiar los bueyes pintojos y hacer muelle la tierra. ¡Había roturado tantas chacras! La casa siempre estaba rodeada de ellas, Con sus siembras logradas, cumplidas, en vivos colores de bayeta nueva, tal si fueran retazos de pollerones: la quinua morada, el maíz verde, el trigo amarillo, las habas oscuras. Los papales macollaban arriba, en las alturas más frías.

Todo seguiría siendo bueno de estar él presente. ¡Virgen del Carmen, quién sabe ya no regresaría más!

Al fin llegó el Damián arreando las ovejas. El Mañu saltaba ladrando, pero no como todos los días. Presentía algo y también estaba triste.

El Damián tenía la boca lila de moras silvestres. Ella lo llamó y se quedó mirándole los ojos.

—¡Mi consuelo!

Le fajó pausadamente la cintura sieteañera, donde ya se pronunciaba el precoz abdomen indio, y luego le puso el poncho nuevo, el que le tejió para estrenarlo en la fiesta.

—¡Lindo, mamá! —dice él ante la gritería de color.

Pero ella no advierte el júbilo del hijo. Se lo ha dado porque ya no irán a la fiesta. No está el Mateo, y la casa, los terrenos y el ganado necesitan más atención. Además, en la fiesta podrían sacarla a bailar y entonces la gente hablaría, y quién sabe retorne. Ha de volver. Unos han vuelto y otros no, pero el Mateo será de los que vuelven. Sí...

La Martina siente el corazón dilatado de esperanza. Sueña acaso mirando un horizonte que se esfuma. Pero las mismas sombras crecientes la sacan de su

retraimiento y va hacia el fogón.

Palpita en medio de la noche el fuego crepitante y comienzan a arder otras luces lejanas. Se inicia la conversación de luces a través de la densa oscuridad puneña tendida ceñidamente sobre las retorcidas faldas de los cerros.

La Martina y el Damián comen oyendo balar a las ovejas y dan a Mañu lo que sobra, que es mucho ahora, pues la partida calabaza del Mateo se ha quedado vacía. La china siente aún más la ausencia del hombre en esos detalles: en el mate sin alimento; en la lampa que ella misma recogió, tirada junto a la puerta; en el lujoso y blanco sombrero colgado de la pared, que ya nadie se pondrá; en el arado que descansa bajo el alero y cuya manquera estará abandonada; en la barbacoa que será muy tristemente grande para ella sola...

Piensa que es necesario explicarle al hijo lo que pasó, pero no sabe cómo hacerlo y se queda silenciosa. El silencio es tenso, pues el Damián la mira con ojos llenos de preguntas. Súbitamente ambos rompen a llorar. Es un llanto ronco y entrecortado, sombrío y mudo, pero que los liga, que los junta.

—Tu taita..., ¡tu taita lo llevaron! —estalla al fin.

No ha podido decir otra cosa, y se queda estática, negada a todo movimiento. Él entiende apenas y calla también. «¡Lo llevaron!». Apagan el fogón y entran en el bohío, subiendo entre la sombra a la barbacoa crujiente. Lloró un poco el pequeño. Balaron las ovejas. Luego cayó sobre la cordillera un silencio inconmensurable, lleno de una quietud angustiosa y una mudez tremante. Pero más hondo es el silencio humano. Ese pequeño silencio de una madre y un hijo que vale lo que otro igual de cuatrocientos años.

El Mañu, que ha rastreado infructuosamente al amo senda abajo, aúlla al fin. Echa a rodar su queja por el caminejo que zigzaguea descendiendo hacia el río, los valles y más allá... ¿Hacia dónde?... ¡Hacia quién sabe dónde!

Lo que pasó es que al Mateo lo llevaron enrolado para el servicio militar. Ni el Damián ni Mañu comprenden eso. La Martina misma no sabe cabalmente de lo que se trata.

Ese día los gendarmes le cayeron de sorpresa, mientras se encontraba aporcando amorosamente el maizal lozano. Curvado sobre los surcos, lampa en mano, no los vio sino cuando ya estaban muy cerca. De otro modo se habría escondido, porque para nada bueno se presentan por los campos: llevan presos a los hombres o requisan caballos, vacas, ovejas y hasta gallinas. El Mateo, pues, no pudo hacer otra cosa que dejar la lampa a un lado y saludar con el sombrero en la mano.

—Ave María Purísima, güenas tardes...

Los gendarmes espolearon sus jamelgos, que avanzaron pisoteando el maizal. Llevaban enormes fusiles y estaban uniformados de azul a franjas verdes. Sin más, le preguntaron casi a gritos:

—¿Ónde está tu libreta?

El Mateo no respondió. El que llevaba galones gruñó:

—Tu libreta e conscripción militar. Te estás haciendo el perro rengo...

El Mateo no entendió bien, pero recordaba que a otro indio de la ladera del frente lo llevaron hacía años por lo mismo. A él lo dejaron por ser muy joven, pero ahora la cosa iba evidentemente con su persona. Atinó a responder:

—Ay en la chocita, puestará...

Y echó a andar seguido de los cachacos, que gozaban espoleando a los caballos para que hicieran cabriolas sobre las tiernas plantas. El Mateo miraba de reojo el destrozo y escupía su rabia en una saliva espesa y verde de coca. Él pensó llegar a la loma y echar a correr para refugiarse en el montal de la quebrada, pero sintió a sus espaldas que alistaban los máuseres haciendo traquetear el cerrojo, de modo que tuvo que seguir hacia el bohío y entrar.

Salió acompañado de la Martina. Él, torvo y silencioso. Ella, con las manos juntas, en alto, llorando e implorando:

—Nuay libreta, taititos, ¿diónde la va sacar? No lo lleven, taititos, ¿qué será e nosotrus? Taititos, por las santas llagas e Nustro Señor, dejenló...

Uno de los gendarmes bajó del caballo y le dio una bofetada, tirándola al suelo, donde la Martina se quedó hecha un ovillo, gimiendo y lamentándose. Amarró seguidamente al Mateo por las muñecas, los brazos a la espalda. La sogá era de cerda y el Mateo pujaba sintiendo la carne corroída. El de galones acercó su caballo y le dio dos foetazos en la cara.

—Así, mi cabo —rió el otro mientras montaba—, pa que aprenda a cumplir con su deber este cholo animal...

Y luego ambos:

—Anda...

—Camina, so jijuna...

La Martina se incorporó y alcanzó a ponerle su poncho, pues, como es natural, lampeaba en mangas de camisa. El Mateo echó a caminar con paso cansino, pero tuvo que aligerarlo amenazado por los gendarmes que le hacían zumbiar el látigo de la rienda por las orejas. Se devoraban el camino. Hacia abajo, hacia abajo. Una loma y otra. La Martina subió a una eminencia para verlo desaparecer tras el último recodo. Él iba adelante, con su poncho morado y su grande sombrero de junco, seguido al trote por los caballejos en los que se aupaban los captores con los fusiles, que ya no tenían objeto inmediato, terciados sobre las espaldas encorvadas. La sogá iba desde las muñecas hasta el arzón de la montura, colgando en una dolorosa curva humillante.

A la Martina se le quedó el cuadro en los ojos. Desde entonces veía siempre al Mateo yéndose, amarrado y sin poder volver, con su poncho morado, seguido de los gendarmes de uniformes azules. Los veía voltear el recodo y desaparecer. Morado-azul..., morado-azul..., hasta quedar en nada. Hasta perderse en la incertidumbre como en la misma noche.

Es así cómo el hogar quedó sin amparo. No hubo ya marido, ni padre ni amo ni Labrador. La Martina hacía sus tareas en medio de un dolido silencio; el Damián lloraba cada vez que le venía el recuerdo; el Mañu, contagiado de la tristeza de sus amos y apenado él mismo, aullaba hacia las lejanías, y las tierras se llenaban de mala yerba.

Llegó el tiempo de las cosechas y el Mateo no volvía.

—Tardan, pues —dijo el Simón, que fue con su mujer a ayudar en las cosechas —; cuando los llevan los cachacos, tardan... Yastoy viejo, dinó quizás me llevaran tamién.

Y la Juana consolaba a su hija:

—Si hay golver, si hay golver...

Pero la Martina sentía en su corazón que el Mateo estaba muy distante.

Para la trilla del trigo fueron otros campesinos de los alrededores, siguiendo la costumbre de la minga. Luego los cuatro cosecharon lo demás, violentando el esfuerzo. Afanosamente desgranaron el maíz, apalearon las habas y espulgaron la quinua.

Estas faenas habían sido alegres en otros tiempos, pero ahora no tenían, especialmente para la Martina, ningún encanto. Hablaban poco, nada más que lo necesario. El Simón trató de contar historias, pero no insistió al sentirse sin auditorio. La Martina le escuchaba a medias, la Juana era un poco sorda, el Damián no entendía todas las cosas. Sólo Mañu lo miraba con ojos muy atentos.

Los taitas hablaban entre dientes por las noches, y esto hacía pensar a la Martina que trataban de algo irremediable. Se exaltaba:

—Taitas, ¿quiay? Diganmeló, taititos...

Entonces los viejos se hacían los dormidos. Un bravo viento se colaba por la quincha del bohío llevando toda la desolación de la jalca. Levantaba las mantas y gemía largamente. La Martina abrazaba al menor de sus hijos, al que encontraba aún más inerme y pobre en su desconocimiento de la desgracia.

Después de unos cuantos días se fueron los padres.

El Simón le dijo:

—Cuando llegue el tiempo, mandaré ondel Timoteyo pa que siembre...

La Martina los vio caminar a paso lento por el caminejo saltarín, ladera allá, hasta que llegaron a la última loma. Se detuvieron ahí, agitaron los sombreros volviéndose hacia ella y luego se fueron hundiendo tras la línea del horizonte.

Hubiera querido correr y alcanzarlos y marcharse con ellos, pero en torno suyo estaban su casa y su ganado y todo lo que al Mateo le gustaría encontrar a su regreso, y se quedó, pisando fuerte la tierra, como enraizándose en ella. Sintió que el Damián se le había prendido de la cintura... ¡Sus hijos! Y la casa y el ganado y la tierra. Era necesario quedarse. Esperarlo.

Esa tarde oscureció de una manera más triste. La sombra borró prontamente las

siluetas de los distantes cerros en los cuales la Martina prendía su esperanza: por ellos iban los quebrados caminos que había de ascender el Mateo a su vuelta.

La noche sorbió y ganó para sí toda la vida. Aun teniendo a sus hijos, la Martina sintió, opresora, la soledad.

Todo lo acaecido nos explica el ascenso de Mañu.

En casa donde no hay hombre, el perro guarda. Y Mañu tomó, por esto, una especial importancia. Él mismo se daba cuenta, aunque en forma imprecisa, de que ya no jugaba el mismo papel de antes. No era solamente el vigilante de la noche, el husmeador de sombras. Durante el día estaba dando vueltas en compañía del Damián y las ovejas, por allí cerca. La Martina amparaba en él su abandono. Llamábalo cuando veía gente a la distancia: el bohío estaba ubicado junto al camino real y por él trajinaban hombres blancos. Ella era todavía buena moza. Su cara lucía una frescura juvenil que el dolor no marchitaba aún. Las curvas de sus senos y sus caderas mal se escondían bajo una blusa holgada y la gruesa bayeta. Si el viento le alzaba el pollerón, dejaba ver sus piernas suaves y ocres, como hechas de morena arcilla pulimentada.

Mañu, sintiéndose guardador de la casa y sus moradores, cobró un gran orgullo. Gruñía y mostraba los afilados colmillos a la menor ocasión y tenía siempre la mirada y los oídos alertos. Erguido sobre una loma o un pedrón, era un incansable vigía de la zona. Pero, de todos modos, extrañaba también al Mateo, y las noches, de cuando en vez, escuchaban su aullido quejumbroso.

IV

EL PUMA DE SOMBRA

La noche estaba negra. En el redil ladraban los perros, pero no como siempre, con acento monótono y cansino; su voz tenía ahora un dejo de alarma, de rencor, de contenidos ímpetus. Es el ladrido propio de los perros cuando husmean, en el viento, el acre hedor de los pumas y los zorros.

—¡Guá!, sienten ondel puma dejuro —apuntó el Timoteo.

En los rediles vecinos también cundió la alarma. La noche se pobló de ladridos y gritos. Los amos, con su vocerío, alentaban a sus canes y atemorizaban a las presuntas fieras rondadoras:

—Échaleéé..., échale, échale, échaleéé...

—Puma, puma, pumaaaáa...

—Zorro, zorro, zorrooóo...

Y era en verdad una noche favorable a la incursión de los dañinos. No brillaba una estrella. Noche sin cielo ni espacio, negada a las miradas y a los pasos, atestada de sombra. En tiempos pasados y en una noche así, el puma asaltó el redil de los Robles. Trueno lo atacó y persiguió en su huida. Terminaron por trabarse en una lucha feroz, pues el perro retornó al cabo de mucho rato, jadeando y lleno de heridas. En vano la Juana aplicó a las brechas limón con sal y ron blanco. Sangrando, sangrando hasta el amanecer, murió. Pero en la tarde de ese mismo día, los gallinazos planeaban repetidamente sobre una loma y descendían tras ella. El Simón fue a inspeccionar y comprobó que Trueno también tenía los colmillos firmes: el puma estaba muerto.

Entonces fue cuando resolvió ir donde don Roberto Poma en pos de dos cachorros. Zambo, Wanka y sus vástagos, si bien realizaban las tareas del pastoreo como perros de buena ley, no contaban entre sus episodios ninguno cruento aún, aunque cuatro gargantas en un solo redil son mucho para que cualquier dañino se atreva a acercarse. Verdad que corretearon, sin duda, a zorros y pumas, pero ellos, prevenidos, arrancaron a buena distancia y pudieron refugiarse oportunamente en los espesos montales de las quebradas. Acaso sería descortés silenciar en este momento a Shapra. Él, guardián de la casa, atrapó y dio muerte a un canchaluco que iba en pos de las gallinas. El muy cazurro canchaluco acostumbra enroscar su largo y desnudo rabo en el cuello de sus víctimas y arrastrarlas a todo correr. Así hizo el difunto con una de las gallinas que dormían en la jaula de varas adosada a la pared trasera del bohío. Pero sus compañeras armaron un gran alboroto, y como ella misma pesaba mucho y gritaba como mejor se lo permitía su apretado pescuezo, el canchaluco no pudo avanzar gran cosa y Shapra cogió la pista rápidamente. Para peor, o mejor, al querer saltar una acequia, el peso le restó impulso y el raptor cayó con su víctima al

agua. Shapra les dio alcance allí. La lucha no fue muy épica. De dos tarascadas le rompió el cuello. A mayor abundamiento, los otros perros llegaron reclamando su parte en la contienda pronto hicieron cendales al desafortunado cazador.

Ahora los perros ladraban coléricamente, ganosos de acción. Acaso sus mismos deseos de pelea les hacían sentir pumas y zorros donde no había sino hojas agitadas por viento. De pronto, saltaron la pared del redil y corrieron disparados a través de los campos. Desde el bohío se escuchaba muy lejano su ladrido.

—Vamos onde la majada —dijo el Simón Robles—. El zorro es muy sabido. Siestá alguno poray, dejuero quial sentir que los perros andan por otro lao él viene...

Efectivamente, ladino es el zorro. En este caso llevaría un cordero. Como no tiene mucha fuerza, mata ovejas sólo cuando las encuentra perdidas por el campo. De lo contrario, rapta únicamente corderos y gallinas, pues su menor peso le permite huir velozmente.

El Simón Robles y sus familiares entraron en el redil y tomaron asiento sobre la paja de los perros. Es original e impresionante el aspecto que ofrece una manada en la noche. Borrada por la oscuridad, sólo se le ven los ojos. Fulgen, amarillos e inmóviles, en medio de las sombras. Se diría que arden centenares de extrañas luces quietas. O, más bien, que están allí las restantes ascuas de un raro incendio amarillo. Tragada por la oscuridad la blancura de los vellones, los ojos pierden su carácter animal y esplenden en la noche como gemas fantásticas. Los Robles estaban acostumbrados a ver eso y, sin comentarlo, se pusieron a gritar para que su presencia en el redil se notara:

—Zorro, zorro, zorroooóo...

Cada vez más lejos, por aquí y por allá, ladraban los perros. Sucede así cuando no tienen pista segura o no logran precisar nada. El Simón lo hizo notar y luego dijo:

—La noche miente y asusta ondel animal y tamién ondel cristiano. La sombra pare pumas y zorros que nuay, pare miedos...

La oscuridad apenas permitía que los otros sospecharan la silueta del Simón. Pero el aroma de la coca que masticaba y el golpe, sobre un nudo del pulgar, del checo guardador de la cal con que endulzaba la bola, indicaban netamente su presencia y hasta sus actitudes. El Timoteo, cuya adolescencia usaba ya la hoja dulciamarga, no chacchaba de noche.

—Asiés, asiés —continuó, y callose de pronto, sin duda porque en ese momento introducía el alambre cubierto de cal a la boca para que la hoja, abultada en uno de los carrillos, se macerara. El alambre está adherido a la tapa del checo. En la operación de pasarlo sobre la coca húmeda se moja, y en esta condición vuelve al checo, que al ser agitado golpeándolo sobre un nudillo lo cubre con la cal que guarda, dejándolo otra vez listo para llevar su carga a la bola. Cholos e indios, en los descansos de las tareas, se sientan en fila y coquean masticando la hoja lentamente. El golpecito del checo, sordo y repetido, forma una especie de música. Dicen que, de día, la coca acrecienta las fuerzas para el trabajo. De noche, por lo menos al Simón, le

aumentaba las ganas de hablar. A otros, en cambio, los concentra y torna silenciosos. Es que él era un charlador de fibra. Pero esto no quiere decir, desde luego, que fuera un charlatán. Al contrario: era capaz de hondos y meditativos silencios. Pero cuando de su pecho brotaba el habla, la voz le fluía con espontaneidad de agua y cada palabra ocupaba el lugar adecuado y tenía el acento justo.

En ese rato, sin duda, iba a contar una de sus historias. No se sabía cuándo podía estimárselas reales o fantásticas. Él les daba a todas un igual tono de veracidad y sacaba las conclusiones del caso. Y ahora, por ejemplo, sus auditores no sabrían decir si así afirmaba el Libro Santo o si era que el Simón añadía acontecimientos de su cosecha.

Y, aprovechando el encuentro, veamos de cuerpo entero al Simón —que se presenta mucho y no debemos pasarlo a la ligera—, aunque por el momento se halle escondido en la sombra. Era un cholo cetrino, cuya faz de rasgos indios estaba pulida por el torrente hispánico que se mezclaba en su ancestro. Así, no eran tan prominentes los pómulos ni la boca, y tenía la nariz más bien larga y no quebrada. Ya estaba viejo, y la perilla y el bigote raleaban un gris entrecano. Los párpados rugosos y bolsudos no disimulaban la movediza y brillante picardía de los ojos pardos. La indumentaria de nuestro amigo era la regional: sombrero de junco, poncho largo, camisa, pantalón oscuro sujeto con una faja de colores, ojotas. La espalda se le encorbaba un poco, pero nadie lo juzgaría acabado. Su cuerpo estaba lleno de notorios músculos que rezumaban energía y sus manos eran las grandotas de quien labra la tierra ancha y sujeta la rienda dura.

Por todo lo que ya le hemos apuntado: su flauta, su caja, sus perros, sus historias, tenía fama el Simón. También tenía hijos. Fuera de los que conocemos, una mujer y dos hombres estaban lejos: la una enmaridada como la Martina, los otros en trajines de arriería. La Juana, desde luego, había respondido a su afán vital. La vejez no lograba exprimírle aún sus amplias y redondas caderas, sus pechos henchidos ni su vientre combo. Y como de tal palo tal astilla —y en este caso eran dos los fuertes maderos—, los hijos caminaban por el mundo fuertes y morenos, mano con mano con la vida.

Pero volvamos a aquella noche y aquella hora. El Simón tornó a golpear el checo sobre el nudillo y habló:

—Y asíés la historia e la sombra o más bien la diun puma y otras cosas e sombra. Oiganmé... Jue que nustro padre Adán taba en el Paraíso, llevando, comues sabido, la regalada vida. Toda jruta bía ay: ya seya mangos, chirimoyas, naranjas, paltas o guayabas y cuanta jruta se ve puel mundo. Toda laya e animales tamién bía y tos se llevaban bien dentrellos y tamién con nustro padre. Y velay quél no necesitaba más questirar la mano pa tener lo que quería. Pero la condición e to cristiano es descontentarse. Y ay ta que nustro padre Adán le reclamó ondel Señor. Nues cierto que le pidiera mujer primero. Primero le pidió que quitara la noche. «Señor —le dijo —, quita la sombra; no hagas noche; que todo seya solamente día». Y el Señor le

dijo: «¿Pa qué?». Y nustro padre le dijo: «Poque tengo miedo: No veyo ni puedo caminar y tengo miedo». Y entón le contestó el Señor: «La noche pa dormir sia hecho». Y nustro padre Adán dijo: «Siestoy quieto, me parece quiun animal miatacará aprovechando lescuridá». «¡Ah! —dijuel Señor—, eso miace ver que tienes malos pensamientos. Niun animal sia hecho pa que ataque ondel otro». «Asiés, Señor, pero tengo miedo en la sombra: haz sólo día, que todito brille con la luz», le rogó nustro padre. Y entón contestuel Señor: «Lo hecho ta hecho», poquel Señor no deshace lo que ya hizo. Y después le dijo a nustro padre: «Mira», señalando pa un lao. Y nustro padre vido un puma grandenque, más grande que toítos, que se puso a venirse bramando con una voz muy feya. Y parecía que tenía que comelo onde nustro padre. Abría la bocota al tiempo que caminaba. Y nustro padre taba asustao viendo cómo venía contra dél el puma. Y eneso ya llegaba y ya lo pescaba, pero velay que se va deshaciendo, que pasa po su encima sin dañalo nada y después se pierde en el aire. Era, pue, un puma e sombra. Yel Señor le dijo: «Ya ves, era pura sombra. Asíés la noche. No tengas miedo. El miedo hace cosas e sombra». Y se jue sin hacele caso a nustro padre. Pero como nustro padre también no sabía hacer caso, aunque endevidamente, siguió asustándose po la noche y después le pegó su maña onde los animales. Y es así cómo se ve diablos, duendes y ánimas en pena y tamién pumas y zorros y toda laya e feyaldades dentre la noche. Y las más e las veces son meramente sombra, comuel puma que lenseñó a nustro padre el Señor. Pero no acaba entuavía la historia. Jue que nustro padre Adán, po no saber hacer caso, siempre tenía miedo, como ya les hey dicho, y le pidió compañía ondel Señor. Pero entón le dijo, pa que le diera: «Señor, a toítos les dites compañera, menos onde mí». Yel Señor, comuera cierto que toítos tenían, menos él, tuvo que dale. Yasí jue cómo la mujer lo perdió, poque vino con el miedo y la noche...

Los perros retornaron, fatigados por el trajín, a tenderse en la paja.

El Simón Robles terminó:

—Aura parece que tamién jue puma e sombra...

Dicho esto, se fueron a dormir.

V GÜESO CAMBIA DE DUEÑO

Una noche dijo la Vicenta a su hermana:

—Antuca, mañana tiacompañó poque quiero sacar ratanya.

Es una pequeña planta de las alturas, cuya contorsionada raíz, una vez machacada y hervida con la bayeta, tiñe a ésta de morado. Se usa mucho, y por eso en las regiones donde existe abunda ese color en los ponchos y pollerones.

El Simón añadió:

—Traigan tamién pacra. Ya voy a dar sal ondel ganadito...

La aludida es también una pequeña planta de las alturas pero que crece en lo más elevado de ellas, allí donde ya ni la paja quiere vivir. Surge de la escasa tierra que existe en las grietas de las peñas, extendiendo y pegando sobre las rocas unas hojas anchas y carnosas. El cordillerano las utiliza para dárselas al ganado, molidas, junto con la sal. Tienen fama de hacerlo engordar y procrear.

Y fue así como aquella mañana vio a las dos hermanas siguiendo al rebaño.

Iban contentas. Todo invitaba al júbilo. Por aquí y por allá, las chacras plenas de sembríos nacientes. Resplandecía el sol recién salido y su luz tibia chisporroteaba en el rocío madrugador, titilando sobre una yerba que brotaba impetuosamente de la tierra húmeda.

Los perros ladraban y saltaban gozosamente. Wanka, la paridora, madre de muchas generaciones, corría en torno de la Vicenta, su antigua ama, alejándose de pronto en excursiones sin motivo, para tornar y saltar. Eso era lo que se llama esforzarse por puro deporte. Los otros, contagiados de la alegre exaltación de Wanka, no correteaban menos. Y el pobre Güeso, ajeno al percance que le ocurriría, entreteníase en hacer dar vueltas y más vueltas, a fuerza de ladrarlas, a las ovejas que se apartaban de la tropa. La Antuca hubo de intervenir:

—¡Güeso, tias güelto loco!

Con lo cual el reprendido recobró a medias la compostura.

Llegadas al lugar donde los cerros se parten para dar ingreso a la meseta puneña, las hermanas se volvieron para mirar hacia abajo. Daba gusto el colorido lozano de los campos de siembra. Los bohíos grises humeaban en medio de las multicolores chacras. Un frondoso bosque de eucaliptos rodeaba la casa-hacienda de Páucar. Las quebradas cortaban el paisaje con sus verdinegras líneas de monte, descendiendo a la encañada llena de valles formada por el río Yana. Hombres y mujeres de trajes coloreados transitaban por los senderos amarillos. Alguien ensillaba su caballo a la puerta de una casa. Camino de la altura, ascendían lentamente otros blancos rebaños.

Continuaron su camino comentando que las siembras prometían mucho y que el año sería bueno. Al pasar por unas lomas de tierra roja se escucharon breves e

insistentes silbidos.

—¿Nuan cazaos los perros niuna vizcacha? —preguntó la Vicenta.

—No, los hacen zonzos. Ellos questán po un lado y las vizcachas que salen puel otro a silbar. Los perros se quedan ladrando junto al hueco y nuay más.

—Así jue siempre —terminó la Vicenta.

Y la cantora Antuca entonó, a propósito, el conocido waino:

*Si vizcacha juera,
tu nido rondara
y a la pasadita... físst,
yo te silbara.*

Imitó el silbido de la vizcacha de manera muy cómica, y por eso, y también porque deseaban reír, estallaron ambas en una cantarina carcajada.

Las faldas de la meseta se fueron ampliando. Retardaron la marcha, y los perros, ladra que te ladra, esparcieron el rebaño entre los pajonales. Arriba, el cielo estaba azul y blanco. Frente a él, los negros picachos se erguían como puños amenazantes.

—Güeno, voy po la ratanya y la pacra. E tardecito güelvo...

La Antuca se quedó con el ganado viendo que su hermana se perdía entre las rocas al ascender una de las últimas cresterías.

Nubes plumizas comenzaron a amontonarse en el cielo y un bravo viento soplaba arremolinando los pajonales. Los perros, a la voz de la Antuca, se pusieron a reunir el rebaño. Ya llegaría la Vicenta. Hacía poco rato que la vio descendiendo cargada de un gran atado. Por lo demás, sólo a ella había encontrado su mirada, por mucho que, durante todo el día, escrutara las lejanías. El Pancho no llegó. Sin duda condujo su manada por otro lado.

Pero he allí que, de pronto, rompiendo con sus siluetas negras la uniformidad amarillenta de los pajonales, dos jinetes aparecieron a lo lejos. Avanzaban al galope. Pronto estuvieron cerca. Sus ponchos flotaban al viento y tenían el sombrero de junco a la pedrada. Portaban, a la cabezada de la montura, carabinas. Uno de ellos, el que iba adelante, desenrolló la soga que tenía ensartada en su cuerpo, cruzándole el pecho.

Al llegar junto al rebaño, el de la soga se la tiró diestramente al pobre Güeso, que fue al primero que encontraron. Éste no tuvo tiempo de brincar hacia adelante para evitar que el aro del lazo se ajustara sobre su cuerpo. Cuando se dio cuenta, ya estaba cogido del cuello. El laceador había preparado un aro pequeño, y apenas le rodeó el pescuezo, dio un rápido tirón. La soga de flexible cuero bien engrasado cerrose corriendo fácilmente dentro de la reluciente argolla de acero. La Antuca fue a ver lo que sucedía. Y la Vicenta, en cambio, al notar en su descenso la presencia de los dos hombres, escondiose tras unos pedrones. Ya estaba muy cerca y distinguía la escena

claramente. Wanka y los otros perros se acercaron ladrando a los intrusos. Un perro amarillo, de lacio pelo, surgió tras ellos. Comenzó a gruñir a los ladrones, y, a ojos vistas, se gestaba una batalla campal. El pobre Güeso, entretanto, jadeaba templando inútilmente la soga. El hombre la sujetaba con mano firme, sonriendo.

—Sote, Güenamigo —riñó el otro jinete al perro amarillo, y éste, con el rabo entre las piernas, se fue a tender a buena distancia.

La Antuca llegó en esos momentos:

—Suelte, suelte mi perro —clamó.

El laceador replicó tranquilamente:

—¿Qué tias imaginao que yo echo lazo e balde?

—Suelteló, sinues diusté —argumentaba la Antuca, que tenía el rostro pálido y la mirada brillante.

La Vicenta, en tanto, no perdía detalle, asomando los ojos apenas. Sí; ése era el Julián Celedón, y el otro, su hermano Blas. Hacía años, en la fiesta de Saucopampa, bailó mucho con el Julián. Era como hoy: un cholo alto, cetrino, de nariz aquilina y grandes ojos pardos. Su ralo bigote caía desordenadamente sobre los labios gruesos. No había envejecido. Ahora se mantenía serenamente erguido sobre caballo negro. Tenía dureza y energía en la mirada. Y la Vicenta recordó que, aquella vez del baile, quiso al Julián y no se le rindió sólo porque su taita le tenía encima el ojo. Ya gozaba de mala fama el cholo. Y sintió como que aquel viejo y enterrado deseo renacía. Lamentó casi haberse escondido. Habría querido que la descubrieran, y el Julián, después de una breve lucha, la poseyera en medio de la salvaje aspereza del pajonal. Pero ellos no la veían. Tampoco la Vicenta se decidía a salir.

—Suelteló, por diosito, suelteló —imploraba la Antuca.

Los perros, a sus gritos, gruñían a los jinetes y mantenían una actitud agresiva. Wanka tenía el pelambre del cuello erizado. Una palabra de la Antuca y hubieran saltado sobre ellos. El Julián, que miraba con un aire de compasiva indulgencia, se hizo cargo de tal posibilidad y dijo a su hermano.

—Mételes un tiro onde esos perros...

El Blas preparó su carabina, pero la Antuca se apresuró a hacerlos alejarse y callar.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó el Julián.

—No, no sé —respondió con voz compungida la Antuca.

—Julián Celedón —dijo éste con aplomo y orgullo.

La Antuca se quedó helada. Claro que había oído hablar de los «Celedonios». Tenían fama de bandoleros. El cholo estuvo un momento gozando del efecto producido por sus palabras y luego preguntó:

—¿Estos perros son e la cría el Simón Robles?

—Sí.

—Ah, es lo que quería...

Y miró hacia adelante como para continuar la marcha. Pero recordó algo.

—¿Cómo se llama?

La Antuca vacilaba. ¿Así es que pensaban llevárselo de veras? El pobre Güeso estaba allí, con la lengua afuera, jalando la soga.

—Di cómo se llama, china zonza... Y agradece que no tiago nada poqueres muy chiquita tuavía...

La Antuca tembló:

—Güeso se llama.

—¡Güeso! —repitió el Julián mirando al perro—. ¡Güeso!, ques gracioso el nombre.

Y espoleó su caballo. Güeso se negaba a caminar, por lo que el Julián lo arrastró durante un buen trecho.

—Dale látigo —le ordenó al Blas.

Éste, que hasta ese momento avanzaba con la carabina dirigida a los otros perros, acercó su caballo y golpeó a Güeso con el látigo de la rienda. El perro se hizo hacia un lado para tenderse de nuevo. Llamaron a Güenamigo, que se acercó a Güeso con aire de camarada, pero éste gruñó fulminándolo con su mirada turbia y enrojecida que centelló súbitamente. Entonces el Julián recetó más látigo para que el cautivo se parara y, como no lo hacía, siguió arrastrándolo. Así, entre latigazos y arrastrones, continuaron hasta que la Antuca los vio perderse tras una loma. Ella, que hasta ese momento estuvo paralizada por el miedo, se puso a llorar a gritos. Los perros aullaban mirando el lugar por el cual desaparecieron.

Bajó la Vicenta y, al ver el dolor de su hermana y los perros, sintió que su anterior emoción se le iba... ¡Y tantas veces había tenido a Güeso en la falda cuando estaba pequeño! ¡Pobrecito! Luego trató de consolar a la Antuca:

—No llores, no llores ya... De lotra parición separaremos un perrito pa vos...

La Antuca seguía gimoteando.

—No llores, Antuquita, no llores. Separaremos un perrito y le pondremos, como vos quieres, Clavel...

Pero ella también tenía pena, y por sus mejillas resbalaban gruesas lágrimas...

VI

PERRO DE BANDOLERO

Güeso escuchaba el aullido de sus compañeros y también creyó percibir el llanto de la Antuca. Sí: lloraba ella, lamentándose. Su batiente corazón de cautivo hinchose de nostalgia y rebeldía. Se negó cada vez con mayor brío a caminar. El arrastre le hacía doler las costillas y lo enlodaba, pero seguía rehusando manejar las piernas. Por último consiguió atrancarse en unas piedras. El Julián lanzó un juramento y barbotó:

—¡Tiarrancara la cabeza diun tirón!

Detuvo su caballo y se volvió hacia el hermano, que lo seguía a corto trecho:

—¿Qué te parece? Tiene mal genio el tal Güeso...

A lo que el Blas repuso:

—Tal vez quiera po las güenas...

El Julián bajó del caballo y se acercó a Güeso, que lo miraba con odio y rencor. Güenamigo se estacionó a prudente distancia. El hombre acuclillose junto a Güeso, cuya respiración difícil requería atención. La sogla le ajustaba el cuello redondeándole un surco en el pelambre. Cuando estiró la mano hacia la cuerda, Güeso mostró los colmillos, por lo que cambió de sistema y le pisó el pescuezo para inmovilizarlo. Luego le aflojó el lazo y comenzó a darle cariñosas palmadas en la cabeza y el lomo.

—Güeso, Güesito, aura vas a andar. No te maltrates así, Güesito, vas a estar bien...

Güeso continuó tendido entre las piedras, pero lanzó un gemido.

—¿Ves? —dijo el Blas—. Déjalo aura. Ya vas a ver cómo camina...

El Julián cabalgó y luego dio un débil tirón de la sogla.

—Güeso, Güesito, camina, hom...

—¿Hom? —bromeó el Blas—. Hasta cristiano lostás haciendo andel perro...

Rieron ambos.

—Pero mira, no camina —dijo Julián, jalando con más bríos—. Abájate y dale látigo hasta quiande...

Güeso estaba desolado. Ya no escuchaba los aullidos ni el llanto. Descontando las voces de sus raptos, había caído sobre la puna el silencio de la soledad. Pero no pensó en andar. Que lo arrastraran hasta la asfixia o la liberación. Porque tenían que aburrirse de él y soltarlo. Así pensaba. Como se ve, no conocía al hombre, acostumbrado como estaba a las dóciles ovejas, las manos blandas de la Vicenta y la Antuca y los cuantos palos con que el Timoteo, de cuando en cuando, imponía compostura ante la batea de la merienda. Ahora conocería al hombre, animal terco y duro, de quien no era posible esperar nada sin previa obediencia.

Efectivamente, se bajó el Blas y desamarró un látigo de arrear ganado que colgaba del arzón trasero de su silla.

—Anda, ¡camina! —dijo, acercándose a Güeso y agitando el látigo.

El perro continuó tirado entre las piedras. Atrancado allí, no lo sacarían ni a buenas ni a malas. Deseaba tan sólo que le soltaran el lazo. Por lo demás, la vista del látigo no le impresionó mayormente. Es que lo ignoraba. Los riendazos que había sufrido hasta este rato no le habían dado una idea del ardiente dolor del chicotazo.

—Güeno, entón suénale —dijo el Julián.

El Blas alzó el látigo, que tenía mango de palo, y lo dejó caer sobre el Güeso. Zumbó y estalló, aunque con un ruido opaco debido al abundante pelambre. La culebra de cuero se ciñó a su cuerpo en un surco ardoroso y candente, punzándole al mismo tiempo con una vibración que le llegó hasta el cerebro como si fueran mil espinas. Repitiose el golpe una y otra vez, en tanto que el Julián jalaba de la soga. Güeso se agitó un poco y el Blas fue en su ayuda sacándolo de entre las piedras. Lo dejaron reposar un rato y luego el de la cuerda comenzó a templar otra vez. Güeso intentó resistir nuevamente: no se paró.

—Dale, dale más —ordenó el Julián. Y el Blas preguntó:

—¿Lo marco?

—Márcalo...

El látigo se levantó describiendo un círculo, luego planeó sobre el cuerpo acezante de Güeso y, recogién dose súbitamente para doblar la punta, estalló en una de las ancas. Tras un breve chasquido la carne se abrió, roja, como una flor. Güeso profirió un taladrante aullido.

—¿En lotra también? —preguntó el Blas.

—No, no seya que le caiga gusano. Dale así nomá...

Y el látigo se levantó y cayó sobre el cuerpo tembloroso, zumbando y estallando rítmicamente. Güeso sintió que sus carnes le ardían. Se puso de pie para huir, mas sólo consiguió hacerse a un lado, pues la soga lo retuvo. En su ofuscación no se había acordado de ella. Pero ya no trató de tenderse nuevamente. El Julián jaló y el otro le ordenó, agitando la oscura y flexible culebra:

—¡Camina!

Y Güeso, rendido, entregado a una dolorosa y sangrante renuncia, con la respiración corta, el cuerpo ardoroso y la cabeza en llamas, comenzó a caminar. Un hilo de sangre tibia le resbalaba por una pierna.

Descubrió que era terco e implacable el hombre.

Caminaron hasta muy entrada la noche. De pronto, desde una loma, una luz palpitante se distinguió a lo lejos. El Julián detuvo su caballo y perforó las sombras con un largo silbido.

Otro igual sonó a poco.

—Ay ta —dijo, echando a caminar de nuevo.

Un hombre cubierto por un negro poncho salió a recibirlos, acompañado de un

perro que ladró sin mucha convicción. Luego desensillaron a la puerta del bohío envuelto en sombra. También había allí una mujer que se puso a atizar el fogón, y un pequeño que dormía entre un revoltijo de mantas. Güeso fue amarrado a uno de los horcones que sostenían el techo pajizo y los hombres se marcharon con los caballos para retornar poco después y sentarse a un extremo del corredor. Mal alumbrados por la luz rojiza del fogón, se pusieron a conversar de una venta de ganado y después contaron monedas tintineantes.

La mujer sirvió cushal de habas y trigo y cancha en grandes mates. Los cuerpos ateridos por el frío puneño sorbían con fruición la humeante sopa caliente. El Julián apartó una porción de comida en su mate y se la llevó al preso, que recibió, además, unas cuantas roncadas palabras y duras y cariñosas palmadas. Güeso comió acuciado por el hambre, pero con el pecho lleno todavía de odio. Muy en sus adentros, había resuelto odiar. Más bien dicho, el odio le había llenado el pecho, cálido y cálido, como la sangre de una herida.

La mujer apagó el fogón y los hombres, después de charlar un rato, mientras masticaban la coca, se tendieron a dormir. Güenamigo y el otro perro se acurrucaron a los pies de sus dueños. Güeso, solitario junto al horcón, reclinó la cabeza entre las patas, presa de una gran congoja al recordar el redil y toda su anterior existencia. Wanka y los demás compañeros estarían durmiendo ya sobre la paja tibia, entre los vellones suaves, o quizá ladrando a las bestias dañinas. A su lado sonaría el lento rumiar de las ovejas y, al día siguiente, la vida tomaría a amanecer como siempre, plácida y luminosa. Pero, para él, ya nada de eso habría tal vez. El hombre era duro y la cuerda sólida. Aunque no, quizá mordiéndola tenazmente, royéndola, destrozándola. Y, lentamente, estiró hacia ella el hocico. Claro que se la podía morder. Sus colmillos se introducían eficazmente. Aún tenía un grato sabor a cuero y a grasa. Cedió una hebra al fin, y lleno de esperanza continuó royendo, royendo, con el cuerpo azotado por el viento y los ojos ahitos de sombra. Pero él estaba seguro de que pese a la oscuridad, no se perdería. Que sabría llegar su sitio, a su redil, a su manada. Roía silenciosamente, pero no tanto como para no producir un pequeño rumor. Uno de los hombres se revolvió en su lecho. ¿Y si despertara y lo descubriera? Pero el hombre no se movió más y Güeso siguió royendo, empecinadamente. Otra de las de las hebras cedió. Quedaba tan sólo una de las tres que se retorcían formando el lazo. Güeso lo sentía ya muy delgado en su boca cuando he allí que, de súbito, uno de los hombres gritó:

—Ey, quel perro masca el lazo...

Los otros hombres despertaron y Güeso se mantuvo inmóvil, pero uno de ellos se levantó y tanteó la sogá.

—De veras que yastá po rómpela...

Lanzaron juramentos, y el dueño de casa dijo:

—Sacaré una sogá e cerda...

Buscó entre las cosas amontonadas en un rincón, y al poco rato mío Güeso quedó

atrincado al horcón mediante una gruesa soga de cerda, no sin que el Julián dejara de propinarle dos tremendos ramalazos con la misma cuerda que el prisionero había mordido.

Güeso se sintió realmente perdido. Esa soga de cerda hería la boca y no cedía a los mordiscos. No, no podría irse ahora. Quizá nunca. Además de terco e implacable, era avisado el hombre. La manada ya estaba definitivamente lejos. Una congoja lacerante le cruzó la vida y sintió deseos de articular su dolor en la nota larga y lúgubre de su aullido. Pero estaba rendido, muy rendido para poder siquiera quejarse. Y se abandonó al sueño, un intranquilo sueño de cautivo, lleno de dolores y desgracias.

Partieron apenas clareó el día.

—Adiosito, Martín.

—Adiosito, ña Pascuala —dijeron ellos.

¿Hacia dónde se dirigían? Güeso jamás había ido por allí. Ya desde la tarde anterior avanzó mucho tiempo por senderos desconocidos, pero ahora la sensación de extrañeza se le hacía más nítida, tal vez porque ya no tenía el cuerpo encandilado por los azotes. Le dolía aún, mas su pobre cabeza ya era capaz de tomar debida cuenta de lo que encontraba a su paso. Como siempre, pajonales silbantes, grandes peñascos y cumbres agudas constituían el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Pero, por mucho que se pareciera ese lado de la cordillera al otro en que solía pastorear, el recién conocido tenía siempre la hostilidad de las regiones que no son familiares, la tristeza que fluye de todo lo que no es querencia. Para peor, la soga, aunque distinta por la sustitución efectuada durante la noche, continuaba como ayer ceñida a su cuello y sostenida en el otro extremo por la mano del Julián.

A mediodía, los hombres desmontaron para almorzar. Sentáronse en el suelo y extrajeron de una alforja un mantel que envolvía un gran trozo de carne asada. Un cuchillo brillante lo convirtió en tajadas y algunas fueron para Güeso y Güenamigo. Éste, de ordinario, hacía notar poco su presencia, caminando por el rastro del Blas silenciosamente.

Y luego continuó el trote, persistente y regular, incansable. Algunas veces cruzaron entre puntas de vacas o yeguas y manadas de ovejas, pero generalmente sólo veían pajonales desolados. Güeso sintió de pronto que comenzaba a fatigarse. Que el cansancio era algo que parecía subirle de la tierra, del resbaloso sendero, oscura canaleta cavada por el trajín en la hirsuta greña del pajonal. Jadeaba más aceleradamente y soltó hacia fuera la lengua babeante. Pero el caminejo se precipitó súbitamente por una encañada y comenzó a zigzaguear entre arbustos de coposa fronda. Más y más, a medida que descendían, aumentaba la vegetación. Al frente se veían rojas y altas peñas. Luego vino el rumor potente de un río, y, cuando caían las primeras brumas nocturnas, estaban junto al río mismo. Hacía calor, y Güeso sentíase

atormentado por su abundoso pelo. Los caballos pasaron el río nadando y los hombres y los perros en una balsa que estuvo tendida a la orilla, bajo unos árboles. Al otro lado, después de caminar un trecho, encontraron un bohío. A uno de sus horcones fue amarrado Güeso. Parecía que vivir en la torturante cautividad de la soga era su destino. Y entonces, pese a su fatiga, sí aulló larga y dolidamente.

—¿Po qué gritas? —le dijo el Julián.

Sacó de la choza una gran cecina y se la arrojó.

Habían llegado a Cañar.

Cañar no tenía nada de nido de cóndores, sino de madriguera de pumas. Era un valle profundo lleno de monte tupido —en partes vivo y verdeante hasta la lujuria, en partes muerto y gris hasta la disgregación— en el fondo de una encañada de peñascos riscosos.

A un lado corría el Marañón. Un cerro lejano desleía sus neveras creando un riachuelo que bajaba al valle, saltando entre inaccesibles peñascos, a regar una pequeña huerta y perderse luego en el río. Junto a la huerta se alzaba un feble bohío de hojas y cañas.

A veces, hubiera podido verse a dos hombres en esa choza o en esa huerta. En la choza, sentados y laxos, coqueando. En la huerta, cultivándola o cosechando lo que producían las contadas plantas: yucas, plátanos, coca, ají. Pero nunca los veía nadie. Por Cañar no pasaba un alma.

El Marañón, alborotado y voraz, defendía Cañar o mejor, a los Celedonios. Con todo, se hubiera podido pasar el río, pero ¿por qué ir? Veríase un valle muy pequeño, perdido en un recodo del río, agazapado y escondido entre peñas. Éstas, muy abruptas y erguidas, no permitían salida hacia el otro lado, por mucho que la quebrada se prolongara hacia lo alto formando una hondonada llena de monte. De pronto, cortándola, surgían las peñas fragorosas. Quien llegaba a Cañar caía en un hoyo roqueño sin más salida que la muy peligrosa ofrecida por el río bramador. No era, pues, sitio propicio para la actividad de un cristiano de paz y aspiraciones agrarias, más cuando junto al Marañón se extienden, hacia arriba y abajo, valles anchos de fácil acceso. Pero el Julián y el Blas Celedón sabían por qué se fueron a meter allí. Luego, con el correr de los días, las gentes también lo supieron y por último, las autoridades.

Una fama cruel zumbaba en torno a ese cañón sombrío hasta el cual llegaban huellas de sangre. La fabla popular pluralizó el apellido, y la voz «Celedonios» retumbó en la comarca como una descarga de wínchesters.

Güeso no fue libertado el día siguiente ni otros muchos.

—¿Crees que se güelva? —preguntó el Julián.

Y el Blas:

—Capacito: los perros se güelven nomá. Yeste, más que nunca haiga nadao, es capaz e pasar cuatro ríos juntos... Son muy fregaos.

Así es que el Julián revisó más bien la firmeza del nudo de la cuerda. Además, llevó a Güeso al río y, sin sacarle la sogá, lo hizo bañarse en compañía de Güenamigo. El cautivo se sintió muy aliviado del agobiante calor que, como ya hemos dicho, le proporcionaba su abundante pelo y aumentaba la falta de costumbre. En su calidad de jalquino, nunca supo hasta ahora de la calidez perenne de los valles. Atado al horcón, viendo, como se dice, volar las moscas, no tardó en advertir que unas grandes y azules revoloteaban sobre su herida. El Julián también lo notó:

—¿Ves? —le dijo a su hermano—. Yastá puacá la mosca, y si nuay cuidao le cairá gusano.

Y por eso vertió en la carne abierta un líquido quemante y negro.

Güeso sentía que ese hombre terco, implacable y avisado, sabía también ser camarada. Se pasaba muchos ratos con él, palmeándole el lomo. Le llevaba el alimento en una gran lapa para que lo compartiera con Güenamigo, que de veras lo era. Éste comía por un lado parsimoniosamente y, pese a su libertad, no gruñía ni hostilizaba en forma alguna a Güeso. El Julián decía:

—Que seyan hermanos. Dos contra la desgracia son cuatro...

Y él también, sin duda, buscaba un hermano, pues el Blas duraría, ¿cuántas jornadas, cuántos días aún? Quién sabe. Las leyes del cuatreraje están escritas en el cuchillo y en la carabina, y ambos rompen la vida.

El Julián se quedaba mirando a Güeso, fija, profundamente:

—Güeso, Güesito...

El dolor de los ramalazos pasó. Güeso engordaba con la abundante ración de cecinas y yucas. Güenamigo intimó con él e iba a acompañarlo y cambiar olisqueos amistosos. Sus ojos se familiarizaron con el montal verdegrís y la mancha roja de los peñascos. En sus oídos los rumores del río y las hojas ya eran familiares y arrullaban, como ocurre al acostumbrarse, su sueño. Y el hombre, el mal hombre de ayer, tenía un calor de corazón en las manos, en los ojos y en las palabras.

—Güeso, Güesito...

Y una tarde Güeso entendió. Movió la cola. Y lamió las manos del hombre, gimiendo, inquieto y conmovido. El Julián se apresuró a libertarlo y Güeso corrió y saltó en torno a su enemigo de otrora, dando cortos ladridos. Para ambos, ¡qué alegría!

—Mira, Blas, mira... —gritaba el Julián.

Güeso saltaba sobre su dueño —ya era su dueño—, y éste lo recibía a palmadas y diciéndole cariñosas injurias, que hombres de cierta ley hieren y acarician con las mismas palabras: sólo varía el acento.

Cuando hombre y perro se cansaron de celebrarse, Güeso y Güenamigo correataron explorando el pequeño valle. Poco es lo que el recién llegado pudo ver.

La huerta, los dos caballos en un reducido pastizal, cactus, monte entrecruzado por un lado y otro, peñas y el río, siempre el río flanqueando la escasa tierra. Pero Güeso tomó el agua clara de la quebrada. Y asignémosle entonces carta de ciudadanía en Cañar, suponiendo que ésa sea el agua que en tal localidad arraiga al forastero. Porque ha de saberse que en todos los lugares de la sierra del norte del Perú —y en ella es donde ocurre nuestra historia— hay un agua de mágicas virtudes. En Cajabamba, por ejemplo, el agua de Tacshana, un riachuelo. En Huamachuco, el agua de Los Pajaritos, una vertiente. Y así por el estilo. Foráneo que la bebe, no vuelve a su país. El agua le da nueva querencia.

Güeso, desde luego, no arreó ya ovejas. Hubo de entenderse con vacas. Unas eran ariscas, otras mansas, pero todas remoloneaban para tomar el camino y se volvían frecuentemente contra el ladrador. Además, no entendían el lenguaje a que Güeso estaba acostumbrado. Al ladrarlas por las orejas, embestían. Pero Güenamigo fue un maestro eficaz, y Güeso hizo el descubrimiento de la jeta y las corvas. El aprendiz recibió muchas coces y cornadas, pero rápidamente se perfeccionó en el difícil arte de mordisquear las corvas y sostener la jeta eludiendo las contundentes respuestas de las agredidas. Pero, generalmente, con ladrar a cierta distancia obtenía la marcha del animal, lo que, como ya hemos apuntado, no pasaba cuando lo hacía de muy cerca. Entonces la vaca, exasperada, se detenía y estaba midiéndolo y embistiéndolo al perro mucho rato. El Julián o el Blas intervenían en ese momento repartiendo latigazos y regañando a Güeso por retardar la marcha. Pero Güeso acabó por darse cuenta cabal de todas las necesidades y la tropa avanzaba rápidamente. Siempre tenían prisa.

Y era duro el arreo. Salían de Cañar en la noche rumbo a los potreros. Por lo general llegaban al sitio propuesto al amanecer, pero muchas veces después de una marcha de dos días. Al apartar el ganado operaban en la madrugada o en la noche, a la luz de la luna, para eludir la vigilancia de los guardianes y espías que los hacendados tenían repartidos en lugares adecuados.

Desentropar las vacas es tarea engorrosa. Las que forman la punta de arreo huyen una y otra vez a reunirse con las dejadas. A veces, desde luego, era posible llevarse a todas, pero lo corriente consistía en apartar diez o doce. Una gran manada resulta forzosamente lenta, y los Celedonios era rapidez lo que primero necesitaban. Por eso, formada la tropa, se andaba día y noche hasta llegar a lugares donde otros la tomaban. Por caminos extraviados, entre las sombras, bajo grandes tormentas de lluvia y viento, había que arrear, arrear siempre...

Güeso sufrió al principio, pero después se acostumbró a aquella vida. Su corazón palpitaba jubilosamente mientras caminaba tras la vacada inquieta, golpeado por la lluvia, acariciado por la luz estelar, acuchillado por el ventarrón, vendado por la sombra... Y era también plácido tenderse junto al Julián, sentir su calor y su segura fuerza y velar con el oído alerta. Pocos eran los amigos de su dueño. Güeso conoció,

además del Martín, en cuya casa pernoctó cuando fue raptado, al Santos Baca, al Venancio Campos y tres o cuatro más, repartidos en las alturas. Algunos de ellos eran repunteros de las haciendas, que hacían la vista gorda, daban avisos oportunos y, en ocasiones, cuando era necesario, sacaban a relucir la carabina escondida entre las cobijas de la barbacoa y se unían a los Celedonios. También conoció a la Elisa, bella chinita del pueblo de Sarún, que vivía en una casa blanquirroja rodeada de pencas azules, situada en el comienzo de la calle principal. Allí llegaba el Julián algunas veces, por la noche. La Elisa lo recibía al pie del cerco. Charlaban a media voz, y el Julián tomaba, entre las sombras, su ración de ternura. Güeso vigilaba el camino con la soga del caballo entre los dientes. Éste cabeceaba fatigado por la espera, pues el jinete sólo volvía al amanecer.

Cierta vez, Güeso avistó su manada a lo lejos. Ahí estaban la Antuca, los perros, las ovejas, todo lo que en otro tiempo constituyó su vida, y luego, durante muchas horas, le causara una inmensa nostalgia. Detúvose, indeciso, mirando el lento trajín del rebaño. ¿Iría hacia él? ¿Seguiría al Julián? Éste se paró a cierta distancia observando al perro. Después llamó:

—Güeso, Güeso...

El aludido volvió la cabeza hacia el dueño. Ahí estaban sus ojos duros y tiernos. Y la vida múltiple y azarosa hecha de audacia, rapidez, noche, peligro y muerte.

—Güeso, Güeso...

Y lentamente, entregándose al incitante reclamo de la violencia, tomó el rumbo del Julián. De este modo decidió su destino.

Y, así, Güeso fue un buen camarada y un guardián fiel. No sólo en el trajín del arreo sirvió a su dueño. Le salvó en muchas ocasiones la vida.

Una vez esperaban en unas alturas, con la tropa de vacas arrinconada contra unos pedrones, a dos hombres que debían llegar a tomarla. Era una oscura noche, pero no tanto como para que las sombras ocultaran las manchas blancas de las vacas, las siluetas de los pedrones y el gibado perfil de los Andes. Silbaba el viento y un frío penetrante se colaba a través de los ponchos. El Julián y el Blas, alejados como estaban uno de otro para impedir el desbande de la tropa, apenas lograban verse. Sentados entre el pajonal, con la wíchester en las manos, sólo se ponían de pie cuando alguna vaca intentaba evadirse. Los perros, a su lado, miraban la lejanía, y los caballos, con la rienda floja, ramoneaban la dura paja. De pronto Güeso se alarmó. Gruñendo, gruñendo, irguió las orejas. Pero nada se podía distinguir. El Julián, en verdad, también estaba inquieto. Su instintivo corazón de hombre que vivía en el riesgo, al filo de la muerte, presentía los peligros. Por lo demás, recordaba. Estuvo recordando su vida. Poco daba la tierra aquella, ciertamente, y el patrón exigía mucho trabajo. Y ese momento, neto, rojo, lleno de furia y lumbre de cuchillo. He allí que el patrón dijo: «Cholo ladrón», y descargó el foete, y él, el Julián, sacó entonces el puñal y lo clavó. Blandamente se hundió hasta el mango y el patrón cayó chorreando sangre. Él lo juraría por la Virgen, no era ladrón todavía. Algunas veces se batió a

cuchillo y corrió sangre ajena por su brazo, pero ladrón no era. Después, con la persecución, tuvo que coger lo necesario para vivir. El Blas llegó un día a la casa del Martín, donde él estaba. «¿Sabes?, mescapé e los soldaos. Llegaron po la casa buscándote y me pescaron. “Di, so cholo perro, ondestá él”. Y yo quiba a decir si no sabía. Me dieron e juetazos. “Di, so bestia”. Y más juete. Llegó la noche, y comuestaban borrachos y bien dormidos, pue se tomaron to la chicha que mi mama hizo pa la fiesta, pude juirme. Y testao buscando hasta quel Venancio me dio razón y me vine. Contigo taré. Si me güelvo, me meterán preso. Deciyan que yo tamién robaba ganao». Así se le reunió el Blas. Tiempo después, resolvieron ir a Cañar. Lo bueno era la Elisa. Siempre en la vida del pobre hay un retazo de dicha que tiene nombre de mujer. El Julián pensaba en la Elisa sintiendo que su anhelo se le hacía un nudo en el cuello. ¡No poderla ver siempre!

Güeso corrió de pronto hacia lo lejos, ladrando. Güenamigo fue tras él. Todo pasó en el tiempo justo, pues en un instante más habrían caído. Los presuntos captosres, descubiertos, abrieron el fuego. La llama de un disparo fulguró. Los Celedonios saltaron sobre los caballos en tanto que la noche retumbaba y esplendía a sus espaldas. Un balazo hirió a una vaca, que lamentose con un mugido trémulo y ronco. El resto del ganado, lleno de pánico, partió al galope en todas direcciones. Los Celedonios metieron sus bestias por terreno quebrado a fin de dificultar la persecución y al mismo tiempo respondieron con unos cuantos disparos. Los perros ya estaban con ellos de nuevo. Soltaron las riendas y metieron espuelas. Redoblaron los cascos, muchas horas, en el tambor de la sombra. Un amanecer radiante se abrió ante el galopar y se detuvieron entonces. No aparecía nadie por los alrededores.

—Ha sío el Culebrón...

—Dejuero él ha sío...

—¡Jijuna!, algún día...

Güenamigo tenía la espalda quemada por un tiro rasante.

Y digamos ya que la contienda entre los Celedonios y el Culebrón, un alférez de gendarmes, estaba entablada hacía tiempo y en toda la línea.

En otra ocasión fue hasta el mismo Cañar. Llegó una noche. El ladrido de Güeso y Güenamigo despertó a los Celedonios, que se metieron en la quebrada. El alférez esperó la luz del día para orientarse mejor, pero, viendo el montal, no se atrevió a entrar. Él y los suyos habrían sido presa fácil de los cholos emboscados. Para terminar de abatirlos, dos hombres hicieron fuego desde las peñas de la otra banda. Uno de ellos era el Venancio Campos, que vivía en las alturas y en situación de oír, por la prolongación del eco, los disparos que se hicieran en Cañar. Los Celedonios, que ya habían pactado con él, soltaron algunos mientras se fugaban. El Culebrón tuvo que volverse como vino, amparado por las sombras nocturnas. No se crea que el Venancio y su segundo fueron engañados.

Lo dejaron marcharse, pues no tenían más interés que salvar a sus amigos. Pero el Julián se vengó de la fuga a la quebrada muy pronto. Y fue entrando en la capital de

la provincia de día claro y con sol, y bebiendo una copa de pisco en la tienda de don Mamerto, ubicada frente al edificio de la subprefectura, donde también funcionaba la gendarmería. El Julián salió de la tienda dejando turulato y sin habla al pobre don Mamerto, montó tranquilamente, disparó cuatro balazos a la gendarmería y luego partió. Cuando el Culebrón y sus cachacos salieron reventando tiros con sus máuseres, ya el Julián estaba lejos y era en todo caso un blanco difícil. El tiroteo no consiguió otra cosa que aumentar el éxito de la correría. No quería el pueblo al alférez, y, desdeñando las atenuantes de sorpresa y falta de caballos listos para una persecución, encontró muy oportuno reírse de él y calificarlo de redomado imbécil. Por eso, en especial, el Culebrón se la juró a los Celedonios, y no perdía oportunidad de perseguirlos. Se puso de acuerdo con los hacendados y llenó de espías los caminos y potreros. No dieron mucho resultado. La noche, el miedo, la muerte y las monedas contantes y sonantes son buenos cómplices.

Y no hay para qué decir que en la excursión a la capital de la provincia Güeso estuvo con el Julián. Tras él corrió sintiendo el estallar de los disparos y el silbar de las balas. Ya no les temía, aunque la primera vez sufrió un gran espanto ante las detonaciones. Fue cuando el Julián se encontró de manos a boca con un empleado de la hacienda Llata, que tenía fama de bravo. Ambos, al reconocerse, se tiraron al suelo. Abrieron el fuego y Güeso huyó amedrentado por los estampidos. A poco rato, se hizo el silencio y escuchó la voz del Julián que lo llamaba. Mohíno, con el rabo entre las piernas, se le acercó. Su dueño lo condujo ante el otro hombre. Estaba rígido, ensangrentado, yerto. Al Julián le sangraba el antebrazo, por lo que rompió la camisa del caído y con el retazo se lo vendó. Luego cogió la carabina que aún empuñaba el vencido, cabalgó, y a trote corto, con el brazo doblado sobre el pecho, prosiguió su camino. Güeso sentía aún las detonaciones, y en sus ojos la sangre del muerto le dolía como una herida. Pero pronto se acostumbró. Escuchó innumerables tiros y vio caer a muchos hombres para no levantarse más. El Julián Celedón tenía buena puntería. Pero los deudos de los difuntos se tornaban terribles enemigos.

Últimamente, alguien descubrió las visitas a la Elisa. Y fue, como siempre, una noche en que hombre, caballo y perro llegaron a la casa rodeada de pencas. Ella no lo recibió al pie del cerco, sino que le dijo:

—Nuestá aquí mi mama. Sia ido pa un velorio. Dentra...

Se hundieron en la tibieza de la barbacoa llena de mantas y pieles de carnero. Se amaron. De pronto la voz de la mujer sonó entre las sombras:

—¿No has sentido?

—No.

—Tengo hijo...

Las rudas manos palparon el vientre tibio y combo, suave. Sí: estaba abultado, diríase que palpitaba. Y esas toscas manos que empuñaban la mortífera wíchester y el lacerante látigo de arreo se detuvieron tiernas, blandas, llenas de una quieta beatitud, sobre las entrañas fecundas. Y la noche no pudo ver la bella y noble faz de

ese hombre. No había robado ni matado a nadie. Ningún mal pesaba sobre su vida. Tenía una tranquila placidez de niño. A su lado estaba la linda china embarazada y había desaparecido la carabina... Pero he aquí que, súbitamente, ésta recobró su vigencia. Fue tomada con las manos hechas zarpas y tenazas, fue abrazada en lugar de la mujer, fue querida. Y era que Güeso ladraba afuera rabiosamente. Golpearon y empujaron la puerta. El Julián alcanzó a salir por una pequeña que daba a la cocina y se hundió en la noche, no sin que le zumbara un tiro por la cabeza. Poco estuvo solo: Güeso le dio alcance. El hombre, llevando la carabina entre las manos, lista, caminó por una hondonada hasta ganar la altura. A su lado, jadeando, marchaba el perro. Habían perdido el caballo, pero ellos se hallaban libres aún, y eso era suficiente.

El Julián, al amanecer, se detuvo junto a un camino. Estaban con él su perro y su carabina, todo lo que tenía en la vida. Le negaban, ya se había visto, a la Elisa y al hijo. ¡Ah, tenía su coca también, la que quita las penas! Sacó el talego del bolsillo del pantalón y se puso a chacchar.

—Güeso, Güesito, si nues por vos, rodeyan la casa y me pescan...

Corrieron las horas y al fin apareció un jinete a lo lejos. Hombre y animal se escondieron tras unas piedras. El jinete avanzaba completamente desprevenido. Cuando estuvo más cerca, se le oyó silbar. Su caballo era un moro azul, de graciosa estampa.

—Ey, amigo, abájese —gritó el Julián, saltando a medio camino y apuntando la carabina.

El caballo se paró bruscamente. Su dueño estaba pálido e indeciso, más por perplejidad que por resistencia.

—Abájese, ¿nua oído? —insistió el Julián.

El hombre bajó temblando. El Julián cabalgó y dijo al desposeído, tirándole la alforja que estaba sobre el basto trasero:

—Tome sualforjita; yo nuempuño destas cosas... Lo quesel poncho, sí me lo llevo. ¿No ve que mián dejao sin el mío?

Y partió al galope.

Así, con esta facilidad, se hizo de un nuevo caballo, que quien deja a un lado la ley común es al mismo tiempo dueño y esclavo del mundo.

Los Celedonios comprendieron por ese lance que estaban muy vigilados y resolvieron ir siempre juntos.

—Dos contra la desgracia son cuatro.

Pero ellos, en verdad, siguiendo la progresión, eran ocho, porque comenzaban siendo cuatro con los perros. Así, bregando contra la desgracia, de cara a la racha de la mala, la carabina bajo el brazo, ojos y oídos siempre alertos, el Julián y Güeso, el Blas y Güenamigo, durarían, ¿cuántas jornadas, cuántos días aún?

VII

EL CONSEJO DEL REY SALOMÓN

Las predicciones formuladas por las chinas Romero, en el día memorable del rapto de Güeso, no se cumplieron. El año fue malo. Y ya se sabe que en este lenguaje agrario, que nos es propio, año malo quiere decir año sin buenas cosechas. Hay que ajustarse la barriga entonces, y de ahí el dicho, cuando alguien se harta: «Saca el vientre de mal año».

En el de nuestra historia, las lluvias escasearon pronto y las mieses de la mayoría de las chacras no lograron su plenitud. No sería aire lo que faltara en los costales de recolección ni mera paja en la redondez amarilla de las parvas. Los campesinos miraban el cielo, pleno de una inclemencia azul, y pensaban en la semilla para el año próximo y en la espera hasta la cosecha. La ración, por eso, fue reducida.

Tampoco se cumplió la promesa que la Vicenta hiciera a la Antuca sobre el perro que se llamaría Clavel. El Simón dijo:

—Nuay qué dales e comer, y los otros cristianos no los quedarán tamién puese...

Y la misma noche en que parió Wanka cogió a los perrillos y los arrojó a la poza más honda de la cercana quebrada. La madre estuvo aullando mucho rato frente a la impasible profundidad de las aguas sombrías.

Es así, pues, cómo por la sequía la vida se entenebreció. La pérdida de Güeso hizo sufrir, cómo no, a hombres y perros, pero esa ráfaga de luces y sombras, llamada tiempo, trajo pronto otras penas mayores. Hablando en plata, ser hombre o perro es, después de todo, un bello asunto; pero cuando hay comida. ¿Qué se hacen los Robles y todos los campesinos a media ración? Pues blasfemar, ajustarse la faja de colores y dar vueltas como tontos en torno de las chacras mustias. No había caso. Acostumbrados al seguro don de la lluvia, no pensaron en ubicar las sementeras en terrenos accesibles al agua de riego. Pero, además, las quebradas tenían el caudal reducido y corrían muy hondas.

—¿Y las chacras e la Martina? —le preguntó una tarde el Simón al Timoteo.

—Sian perdió tamién —repuso éste—. Sian perdió y, pa peyor, ha llegao la cuñada que sia peliao con su marido. Ayta y no quiere dirse pa su casa...

La charla, a pesar de todo, decayó. Estaban comiendo y vieron que muy pronto se terminaba el trigo de sus mates. Hacía muchos días que llegó el fin de las gallinas. Tras los lejanos cerros se hundía el sol, y un cielo de fuego daba colores de ascua a los campos donde las siembras languidecían. Tanto la Juana como las hijas, pese a que la noticia se prestaba al comentario y a mayores aclaraciones, guardaron silencio.

—Masca, Timoteyo, no tes ay como pollo engerido —le dijo luego el Simón, presentándole su talego de coca.

Ambos armaron grandes bolas. La sombra había llegado ya, pero en las brasas del

fogón perduraban los colores de la tarde.

Y el Simón retornó el hilo de la charla, sea por dar curso a sus aficiones de narrador, sea por romper ese silencio triste, producto de una situación de la que no era responsable, pero que le molestaba de todos modos, acostumbrado como estaba a tener en su casa los vientres y los trojes llenos.

—Asiés que peliada conel marido, ¿no? Zonzo, bien zonzo ques'él —dijo.

Esperó a que alguien le preguntara por la razón de la tontería del aludido y prosiguió:

—En tiempos pasaos, bía un cristiano que tenía mujer quera viuda. Y velay que la viuda mucho lo molestaba ondel pobre. Por cualquier cosita, sacaba ondel dijunto y se ponía a llorar: «Uyuyuy, uyuyuy, vos eres malo y mi dijuntito era muy güeno, uyuyuy, uyuyuy». El pobre se mataba po complácela y siempre era más güeno el dijunto. Yeso nuera to lo que pasaba. Luego que lloraba, quería dirse: «Me voy, ya me voy». El cristiano se hacía melcocha rogándola, hasta quial fin se quedaba. Yasí era siempre. El pobre ya no podía vivir. Hasta quiun día se liocurrió dir a pedile consejo ondel rey Salomón. Yeste rey Salomón era pue sabio, pero bien sabienque. Era capaz e ver a los lejos y nuavía saber que le faltara. Y llegao questuvo ondel rey, el cristiano le contó parte po parte lo que le pasaba. Yel rey le dijo: «Eres demasiado zonzo». Yel cristiano le preguntó: «¿Po qué, Su Majestá?» (Porque ondel rey hay que decile «Su Majestá»). Y el rey le dio esta esplicación yeste consejo: «Porque vos no sabes lo que cualquier arriero sabe. Anda onde tal camino y te sientas a esperar ondel camino se parte en dos. Va a venir un cristiano en su burro. Oye lo que dice: eso haces». Dicho y hecho, el mandao se jue hastese sitio y taba sentao en una pirca, cuando vio quiuno venía montao en su burro. Y llegao questuvo al sitio ondel camino se partía en dos, el jinete quería dir po un camino yel burro puel otro. Tenía que abajarse y jalalo pal lao que quería, pero cuando montaba, velay quel burro se daba güelta y siba puel otro. Entón el cristiano se abajó y cortún palo...

—Ajá —intervino la Juana—. Ya tey escuchao lo que pasa. No lenseñes cosas malas ondel Timoteyo...

—Calla, vos, lambida —contestó el narrador—; no te metas en cosas e los hombres.

Y continuó:

—Montó con el palo agarrao, y ondel burro quiso dirse po camino que nuera, juá le sonó po las orejas y tuavía liaplicó dos más, juí, juá... Yel burro salió andando pa onde era, yel jinete dijo entón: «Al burro ya la mujer, palo con ellos». Entón el cristiano, oyendo y viendo, comprendió y tamién cortó su palo y se jue onde su casa. La mujer comenzó con su cantaleta: «Uyuyuy, uyuyuy, ¿ónde tias ido? Solita me dejás. Mi dijuntito nuera así. Él era muy güeno (yera así, yera asá, to las cosas güenas tenía), uyuyuy, uyuyuy». Cuando se cansó e la tonada esa, salió con lotra: «Me voy a dir, ya me voy». Entón el cristiano se le jue encima: «Conque te vas a dir, ¿no?». Y juí, juá, juí, juá... Yenvalentonaos questaba, le dijo ya po su cuenta: «Ándate, si

quieres». Y juí, juá, juí, juá..., con el palo. Entón la mujer rogaba: «Ya no, ya no, pero no me pegues». Yel cristiano le dio tuavía su yapa. Juí, juá, juí, juá; y la dejó botada poray. Ni más. La mujer ni golvió a llorar sin causa nia decir quel dijuntito era más güeno nia quererse dir. Bien dicen quel rey Salomón era muy sabio...

Rieron las cholitas, el Timoteo aprobó y la Juana enfurruñose solamente porque estaba en su papel haciéndolo. Había retornado el buen humor. Para que tuviera consistencia más realista, el Simón ordenó:

—Timoteyo, mañana matarás una oveja...

VIII

UNA CHACRA DE MAÍZ

¿Y los perros a media ración? Ellos, en verdad, no podían ni contar ni escuchar historias. Si tenían ovejas que cuidar, no tenían ovejas que carnear. Terminada su exigua merienda, de la cual muy de cuando en cuando surgían algunos huesos, aullaban prolongadamente y se lanzaban por los campos en inútiles trajines.

Pero para algunos, los más sabidos, no eran tan inútiles. La casa-hacienda de Páucar, ubicada como ya se ha dicho en una hoyada, tenía en torno suyo algunos verdes alfalfares, y, entre otras sementeras, una gran chacra de maíz. Para regar la alfalfa, una represa almacenaba el agua de la quebrada, que aquella vez fue utilizada también para salvar las demás siembras y desde luego el maizal.

Desdeñando la limpidez agostadora de los cielos, los plantíos del hacendado se alzaban ufanos del agua que bañaba sus raíces y mostraban una lozanía que, en medio del atraso general, adquiriría un aire provocador. El maizal, sobre todo, alto, firme y rumoroso como un bosque, abría al sol sus penachos amarillentos y sus hojas de un verde jocundo. En las cañas, de dos en dos, se henchía la gravidez femenina de las mazorcas.

En pos de ella iban los perros. Y cierta noche en que Wanka y Shapra deambulaban fuera del redil, vieron pasar, con talante de llevar rumbo fijo, a Manolia y Rayo. Los conocían bien. Shapra, sobre todo. Él, Zambo y Pellejo, tiranos de la región, cesaban las hostilidades cuando Manolia —que pertenecía, tanto como Rayo, a un campesino de la vecindad— despedía un olor que emocionaba y hacía hervir la sangre. Entonces hacían las paces y Manolia era dócil. De lo contrario, los tiranos mordían y correteaban a cuanto perro se cruzara en su camino, excepción hecha de Raffles y toda la población aleve de la casa grande. Ahora, Shapra los vio pasar con ánimo pacífico también, pues aquéllos no eran tiempos de pelea. Pero Wanka, que más sabía por vieja que por perra, no dejó de advertir que Manolia y Rayo tenían, además de rumbo fijo, aspecto de bien comidos. Ambas cosas eran en extremo sospechosas. Había que ir tras ellos. Y pisando sus huellas llegaron igualmente a la chacra de maíz. Shapra seguía muy ceñidamente a Manolia, pero no porque sus intenciones fueran galantes. Avanzaron con sigilo entre el maizal. Las hojas rumoreaban sobre sus cabezas. Manolia se detuvo de repente, y, de una pechada, derribó un tallo. Con garras y dientes rasgó la panca y después mordió vorazmente. Shapra se decidió a hacer lo mismo, y su maniobra tuvo pleno éxito. Igual le pasó a Wanka, que, más allá, recibió lección de Rayo. Era tierna, dulce y lechosa la pulpa recién granada del choclo. Se hartaron.

Al día siguiente, Zambo y Pellejo, a quienes no pasó inadvertida la satisfacción llenura de sus camaradas, formaron también en la tropa. Discretamente, esperaron el

paso de Manolia y Rayo para seguirlos, pues la hazaña era evidentemente de éstos, y Wanka y los suyos no abandonaban aún sus temores de aprendices. Por lo demás, la noche anterior, cercano y bronco, mientras roían los choclos, sonaba el ladrido de los criminales de la casa grande.

A la chacra, muy bien guardada por un tupido cerco de zarzas y pencas, se ingresaba por una tranquera de aguja. Se llama así a la que consta de dos maderos paralelos, plantados en tierra, que sostienen largueros de madera en los huecos que ambos tienen practicados a igual altura. El hombre obtiene paso para sí y los animales grandes haciendo correr los largueros. Los perros, desde luego, pasaban tranquilamente bajo la última vara. No tenían sino que agacharse un poco.

Mas, esa noche, la nariz de Wanka se inquietó al sentir por las inmediaciones de la tranquera un fresco olor a hombre. Era el olor de don Rómulo Méndez, empleado de la hacienda. Ella lo conocía bien. Los otros perros también lo notaron. Manolia, que hasta ese momento había caminado muy ufana a la cabeza de la tropa, se detuvo ante la tranca. Además, ésta no tenía el aspecto de todos los días. Después del pasador de abajo, disimulada entre la yerba, había una sogá y, a un lado, junto a uno de los sostenes, se erguía un gran palo un tanto inclinado hacia la sogá y que soportaba una enorme piedra amarrada con un cordel. Los ojos de los perros, acostumbrados a la noche, lo veían todo muy bien. He allí una extraña y sospechosa creación del hombre. ¡Y ese olor reciente a don Rómulo Méndez! Wanka recordaba a un tipo alto, anguloso y de bigotes negros.

Estuvieron por un momento indecisos. Luego, Rayo se atrevió. Agachose bajo el pasador y, al salir al otro lado, movió la sogá. El palo se desplomó violentamente y aplastó con todo su peso y el de la piedra al pobre Rayo. Éste profirió un agudo alarido, y sus compañeros huyeron llenos de pánico. Pero después cayó un gran silencio, y lentamente, pisando con toda la blandura que exigía su recelo, volvieron. Ahí estaba, aplastado e inmóvil, el infeliz Rayo. Era, pues, el objeto de aquella humana invención. ¿Entrarían? La indecisión se apoderó nuevamente de ellos. Y corrió el tiempo ante una alerta inquietud. Escrutaban la noche afinando el ojo y el oído y nada extraño notaron. El palo caído, desde luego que no se levantaría sólo. Y eso era todo. Entretanto, allí dentro, se levantaba el vigoroso maizal lleno de dulces y jugosas mazorcas.

Shapra, el muy osado, pasó y se introdujo resueltamente en el sembrío. Los otros, alentados, lo imitaron. Y lo peor que tiene un maizal es que no permite escuchar el ruido del movimiento de otro si uno mismo se mueve. El rumor de las hojas es tan áspero y potente que impide oír otro igual pero más lejano. Así, no se dieron cuenta de la presencia del hombre sino cuando ya estuvo muy cerca. Sonó una detonación y se vio una llama. La voz de Shapra hirió la noche. No había tiempo que perder. ¡Hacia la puerta! Cerca de ella, otro hombre también apuntaba un tubo llameante y detonante. ¿Era Manolia la que gritaba ahora? Los hombres no dejaron de disparar, y los perros siguieron corriendo. Sólo se detuvieron al llegar al redil y pisar su lecho de

paja. Entonces volviéronse a ladrar, a un tiempo, medrosa y coléricamente. Los grandes perros de la casa-hacienda, alarmados, también dejaron oír su gruesa voz.

La paz se extendió al fin a través de los campos y bajo las sombras, pero en el redil de los Robles se esperó con inquietud el amanecer. La luz no trajo a Shapra. Lo mostró, sí, abajo, negro e hirsuto, tendido junto al cerco del maizal. A su lado estaban la pobre Manolia, luciendo por última vez, sus pintas blancas y chocolates, y Rayo, revuelto el pelambre amarillento. Los gallinazos se les acercaban ya.

Los sobrevivientes no volvieron más por la chacra de maíz. La vida continuó seca y parca.

Deplorando ausencias definitivas y estomacales angustias, el aullido de los perros es más triste todavía.

IX

LAS PAPAYAS

Una mañana, el subprefecto de la provincia, don Fernán Frías y Cortés y otras yerbas, estaba de agrio humor. De Lima, en las cartas de sus padrinos, le habían llegado la tarde anterior muy malos vientos. Toda la noche pasó agitado por esa ráfaga de adversas nuevas y la mañana lo encontró aún con los ojos insomnes y la cabellera desgreñada.

Temprano, se dirigió a su despacho. No respondía al saludo de los indios que encontraba al paso y le presentaban su genuflexo y sumiso «taita». Él barbotaba secamente: «¡Bah!», y seguía su camino, sin verlos. Les habría dado un puntapié de no encontrarse tan preocupado. Porque don Fernán pertenecía a esa serie de engreídos e inútiles que, entre otras buenas y eficaces gentes, pare Lima por cientos, y que ella, la ciudad capital, la que gobierna, envía a las provincias para librarse de una inepticia que no se cansa de reclamar acomodo. Desde luego que su destino no puede ser otro que la fácil burocracia de las subprefecturas y la recaudación de impuestos, y estando allí, tratan de «allegar dineros» por todos los medios para después retornar a Lima, despilfarrarlos en trajes y burdeles y trajinar otra vez en busca de colocación. De esto resulta que los provincianos, además de creer que todos los limeños son unos mequetrefes de melosa facundia y pulido ademán para disimular las uñas largas, viven, teniendo también otras razones para ello, en perenne plan de rechazo a la capital.

Ahora comprenderemos fácilmente la causa del mal humor de don Fernán: sucedía que sus adversarios hacían eficaces gestiones con una gran «vara» y el codiciado puesto de subprefecto corría riesgo. Necesitaba hacer, entonces, algo notorio para demostrar la bondad de sus propios servicios.

¿Qué hacer? Ya había enviado a Lima a todos los mestizos «subversivos» que encontró a la mano, muchos de los cuales, antes de ser empapelados en regla, cometieron el grave delito de escribir el nombre del candidato opositor en las paredes. También despachó muchas actas de adhesión —firmadas por todo el pueblo, so pena de cárcel a quien no lo hacía— al «régimen salvador de la república que encabeza usted, genial señor presidente», etcétera...

Advertiremos, de paso, que no hay para qué preocuparse de atar cabos y buscar, entre los dos o tres presidentes con talento que ha tenido el Perú, quién pudo ser objeto de tal loa. A la corta lista de genios que ofrece la humanidad, habría que agregar la muy larga de los presidentes peruanos. A todos los ha clasificado así, por servilismo o compulsión, un pueblo presto a denigrarlos al día siguiente de su caída. Unos se lo dejaron decir, sonriendo ladina y sardónicamente, pero alentando la adulación y los compromisos que crea, como Leguía, y otros se lo creyeron, haciendo

por esto ridículos o dramáticos papeles.

Pero ¿qué hacer? En esto pensaba don Fernán, mientras una clara mañana de la serranía hacía relucir un sol tibio en el empedrado de irregulares callejas a cuya vera se aglomeraban casas de paredes amarillas y techos rojos.

En la plaza, la iglesia alzaba la petulancia de sus torres, donde resonaban rajadas campanas, y el local de la subprefectura se envanecía de sus dos pisos, su fachada blanca y un balcón de baranda corrida.

¿Qué hacer? El señor subprefecto se hallaba ya en su despacho —en doble altura de autoridad y segundo piso—, sentado ante una mesa atiborrada de papeles. A través de la ventana, de oxidados barrotes, miraba la plaza cubierta de yerba y el senderillo ocre que la cruzaba. Al frente, don Mamerto ya había abierto su tienda y lucía, parado a la puerta, su vientre abultado, mientras se entretenía viendo que unos cuantos marranos flácidos y macilentos gruñían y hozaban aquí y allá. Las siluetas negras de dos beatas enmantadas atravesaron la plaza para ser tragadas por la desdentada boca del templo y luego todo volvió a quedar de igual manera. Sólo el obeso don Mamerto y los cerdos cansinos. «¡Miseria de puebluchos!», gruñó el subprefecto. Y, para pasar el mal rato, se zampó dos copas de buen aguardiente costeño. Pero no era cosa de perder el puesto. Los domingos iban cholos e indios a llenar el pueblo y las demandas abundaban. Entre demanda y demanda, y multa y multa, amén del «sueldito», don Fernán tenía ya un buen montón de soles que deseaba aumentar antes del retorno a Lima. ¡De lo contrario, no valía la pena sacrificarse! Además, cuando a los cuarenta años todavía no se ha logrado, como se dice, dar en bola, es necesario asegurar el porvenir.

¿Qué hacer? El espíritu cazurro de don Fernán jadeaba dentro de la pregunta como un animal enjaulado, cuando he allí que la figura magra y alargada del alférez Chumpi, el apodado Culebrón, se dibujó en una esquina yendo hacia la subprefectura. A los ojos de don Fernán asomó entonces el relámpago de una idea feliz y sus labios se agrandaron sonriendo bajo el negro bigote recortado.

—¿Órdenes, señor? —dijo, después de saludar, como de costumbre, el alférez Chumpi, a la vez que llenaba de umbral a dintel la puerta del despacho.

La respuesta del subprefecto, para asombro del alférez, no fue la de costumbre también: «No hay novedad... Pase a tomarse una copita».

—Mi alférez —dijo don Fernán—, creo que ya no es cuestión de estar viendo volar las moscas...

—¡Señor!

—Sí —la voz del subprefecto tenía un tono solemne—. Vamos a acabar con el bandolerismo, amigo... Pase usted, he de hablarle...

El alférez entró con gran resonancia de botas claveteadas.

El subprefecto se paró:

—Simplemente, mi alférez, vaya usted a Cañar y tráigame a los Celedonios, vivos o muertos. ¿Me oye? Vivos o muertos...

Chumpi endureció aún más su angulosa cara trigueña. Pasado un breve instante, tembló su lacio bigote, mientras decía, con voz ronca:

—Los traeré, señor...

El subprefecto descendió entonces de su autoritaria y digna altitud. Se puso mano a mano con Chumpi. Le palmeó los firmes lomos. Éste, aprovechando la cordialidad, sugirió:

—Pero habrá que pedir refuerzo a la prefectura. Unos cuatro gendarmes más...

Don Fernán se sorprendió.

—No, mi amigo. ¡Cómo! Si la prefectura necesita perseguir a los revoltosos. El Gobierno todo está preocupado de eso... No mandarían nada... Pero, aquí entre nos, yo sé quiénes andan en el lío... Amigos míos. Y, si triunfan, ya haremos firmar una actita de adhesión. Sí, mi alférez, no saldré tan fácilmente... Aquí tendrá usted, para rato, a este su amigo que sabrá servirle...

Y agregó:

—Pero, amigo Chumpi, en cuanto a los Celedonios, usted es el hombre de la situación... Yo informaré de manera adecuada para su ascenso...

El momento se puso un tanto difícil. Chumpi desconfiaba de los ofrecimientos de ascensos y ni siquiera dio las gracias. Al contrario, frunció boca y nariz en una mueca desdeñosa. Don Fernán se sintió, de pronto, inerme. ¿Chumpi iría, como otras veces, y fracasaría? La blanca faz del subprefecto, a la que la altura había dado color, empalideció un tanto. Con todo, continuó mirando fijamente los ojos grises del mestizo Chumpi, alto, fornido, que había cruzado los brazos. Una de las manazas, que ajustaba un bíceps mostrando un grueso anillo de acero —eficaz amuleto—, hubiera sido suficiente para aplastarlo de un solo golpe. Pero los ojos de Chumpi dejaron de mirar los suyos y se posaron en los papeles de la mesa. Don Fernán sonrió. Más confiado, recurrió a su astucia de limeño ducho en volver y revolver todos los temas del halago.

—Mi alférez, lo veo algo desconfiado... Pero tenga la seguridad de que la captura o la muerte de los Celedonios no quedará así como así. Hablarán los periódicos... Una batalla campal, ¿ah?... Le doy mi palabra... Y antes que todo está el honor, está el deber...

Chumpi pensó un momento. Incapaz de contradecir, de siquiera pesar todas esas palabras, dijo simplemente:

—A mí me pagan pa pescar bandoleros... Los traeré...

Don Fernán tuvo la sensación de que salía el sol después de una de esas tormentas serranas que le molestaban tanto. Volviendo los ojos hacia la botella y cogiendo a Chumpi por la espalda para acercarlo a la mesa, ofreció, gentilmente:

—A ver, tomemos una copita para componer el cuerpo... Hace friecito, ¿ah?...

No una sino varias copas se metieron entre pecho y espalda el subprefecto y el alférez. El primero creyó conveniente bromear y meter punto:

—Sí, mi alférez, porque por ahí andan diciendo: Culebrón no hace nada... Los

Celedonios se pasean por sus narices... Ese Culebrón muere de alférez, pues, no le ha dado para más la naturaleza... Y Culebrón por aquí, y Culebrón por allá... Todo el pueblo lo tiene en causa... ¡Todo el pueblo!... Bueno: yo pienso que el tal Culebrón de un solo coletazo va a barrer con los Celedonios, y si a mano viene, con los habladores...

Se pusieron a reír a carcajadas, fraternalmente.

—Ya verá, don Fernán, que a todos los habladores los traigo pacá cualesquier día y no los suelto hasta que le paguen la multa...

—Es lo que merecen, mi alférez; pero a los Celedonios, primero, ¿ah? Vivos o muertos...

—Ya, ya; vivos o muertos... Voy a preparar la juerza y entre dos días salgo a buscarlos... Hasta el mero Cañar llevo, pero esta vez no escapan...

Siguieron bebiendo. Una botella no fue suficiente y mandaron por otras. El alférez Chumpi bajó las escaleras cogiéndose del pasamano. Se bamboleaba, deteniéndose a cada dos o tres escalones para reír estruendosamente. «Conque Culebrón por aquí, ¿no?... Conque Culebrón por allá, ¿no? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!».

La risa del alférez tenía un acento de ferocidad y rencor. Rodó por las escaleras y se fue rebotando por la irregular calleja. «Ja, ja, ja, ja, ja, jajaja». Sobre el empedrado, la luz del sol refulgía limpia y alegremente. Pero la risa lo ensombreció todo. Ya era conocida en el pueblo. Al oírla, una vieja salió a la puerta de su casa, husmeó un segundo y luego la cerró violentamente. Por el cauce curvo y lleno de sol de la callejuela, la risa prolongó el estremecimiento hasta muy lejos... «Ja, ja, ja...».

En la mañana del tercer día, la capital de la provincia vio partir una cabalgata encabezada por el alférez Chumpi, jinete en un alazán brioso y braceador. Los hacendados de la comarca habían prestado facilidades y todos los caballos eran buenos. Sobre ellos —uniformes azules a franjas verdes— se curvaban gendarmes de cara cetrina, en cuya frente negreaban lacias crenchas bajo vetustos quepís de viseras magulladas. Los brillantes cañones de los máuseres terciados a la espalda apuntaban al sol naciente.

—Culebrón se va a ampollar en ese alazán tan fino...

—Sí; los hacendaos han coperao pa acabar con los Celedonios...

—¡Ba! ¡A éstos no les pescan ni con anzuelo!...

Así comentaban los pobladores viendo pasar a la comisión, bullanguera por sus herrados potros de trote franco.

—¿Saben? —bisbisaba un zapatero a través de sus dientes podridos—. Anoche el Culebrón taba en la botica haciendo compras...

—Árnica pa los golpes...

—Valeriana pa los nervios, hom...

Y estallaban las risas.

Sólo el Culebrón sabía lo que compró. Por algo se metió a hablar con el boticario en la trastienda, y luego le fue entregado un paquete que se apresuró a ocultar bajo su raída capa verdosa. Ahora, desdeñoso y altivo, seguro de su calidad de jinete, templaba las riendas para que el alazán enarcara el cuello a la vez que lo aguijoneaba con un ligero toque de espuelas. Su potro, por delante, caracoleaba y echaba espuma, llenando la calle. Detrás, los gendarmes, poco acostumbrados a animales de clase, o bien tiraban las riendas tan bruscamente que los caballos se plantaban en seco, o hundían las espuelas en forma que los hacían dar un brusco salto. Los poblanos se reían.

—Manejen bien, guanacos... —regañaba Chumpi, de momento en momento, volviendo la cara hacia sus subordinados.

Pero se consolaba con su propia destreza.

Su alazán —típico caballo peruano de ascendencia árabe— avanzaba manoteando gallardamente, ora de frente, ora de costado, dócil a la rienda, a la espuela y al apretón de pantorrillas.

Saliendo del pueblo soltaron las riendas y los caballos tomaron el trote regular. El camino de la puna les mostró pronto sus zigzagues. A un lado y otro y de rato en rato, algún perro ladraba a la cabalgata desde la puerta de un redil o de un bohío.

—Piquen, piquen —gritaba Chumpi.

Y, dando el ejemplo, hundía las espuelas y el alazán se tragaba el camino. Los guardias, procurando no quedarse muy a la zaga, agitaban las riendas, y si alguno levantaba el látigo, el brioso caballo echaba a correr fuera del camino, alborotado y receloso.

No veían siquiera los alrededores. Otras veces, cuando andaban en busca de concriptos para el servicio militar, la cuestión era entretenida y fácil. Sobre jamelgos requisados a los indios, paso a paso, iban echando el ojo a los mozos veinteañeros en tanto que se solazaban con la contemplación de la campiña y las faenas rurales. A veces, se detenían junto a las casas donde ondeaba una banderola roja, anuncio de chicha, a meterse un buen poto. Mas ahora no. Ahora había que seguir a Chumpi al trote. Arriba, arriba. El camino, como una cinta, se enredaba en los pedrones, se sostenía tras los árboles, subía, subía, hasta que tomó una encañada que conducía a la altura.

Cuando estuvieron en las crestas de la cordillera, Chumpi reunió a su gente. El cordón de la cabalgata se hizo un círculo a su rededor. Entre un jadear de caballos sudorosos y una muda atención de caras duras, habló:

—Al primer tipo que vean, «¡Alto!»... y si no se para, tiro con él, ¿ah? Quiten el seguro a los rifles y ojo pa todos laos, que por estas punas suelen andar...

Los máuseres descendieron de las espaldas y, después de un rápido crepitar de muelles y cerrojos, se estacionaron en la cabezada de las monturas.

Los ojos de los gendarmes y el largo anteojo del alférez escrutaron la puna inmensa. Sólo peñas agudas y paja amarilla cubriendo las laderas casi verticales por

donde trajinaban despaciosamente vaquillas huesudas.

Avanzaban en silencio. No oían más que los largos alaridos de los pájaros puneños, algún raro mugido —multiplicado por el eco— y el golpe de los cascotes en un caminejo negro que se desenvolvía ciñendo las lomas. Los recodos tras los cuales éste se perdía eran una amenaza de emboscada, pero los doblaron vez tras vez sin encontrar un ser humano. Chumpi iba siempre por delante, pensando y repensando la batida. Ya había fracasado en muchas ocasiones, pero en ésta..., en ésta... Sonreía sombríamente en tanto que el fuerte viento jalquino desplegab su capa. Tras él, los gendarmes se pusieron sus multicolores ponchos indios. Iban tristes. Esos Celedonios tenían buena puntería y cualquiera de ellos se quedaría por allí a podrirse y ni siquiera en buena sepultura. ¡Qué se iba a hacer; el alférez Chumpi marchaba adelante!

La puna sólo les mostró su silenciosa vastedad entrecruzada de picachos. En la tarde llegaron al lugar donde el camino comenzaba a hacer curvas bajando al Maraón. Y había que cruzar el río para llegar a Cañar. ¡Esos Celedonios no caerían nunca!

Chumpi ordenó a su gente:

—A ver, me juntan cuantas reses puedan... Luego, luego —insistió, viendo que los guardias tomaban la cosa con indecisión.

Cuando el crepúsculo fulguraba en el cielo, ya había una punta de unas veinte vacas después de haber correteado por las peligrosas pendientes y desfiladeros.

—Hay que arrialas, hay que arrialas pa que bajen al río...

Los guardias fueron tras ellas, cumpliendo las órdenes del alférez, sólo hasta el momento en que pudieran ser vistos por los Celedonios, pues la noche iba a ser clara. A la vuelta, la luna se levantó plateando las nubes.

—Ya, mi alférez...

—¿Seguían nomá las vacas po la bajada?

—Sí, mi alférez; les tiramos piedras y se jueron corriendo...

—Bien, bien —aprobó Chumpi, frotándose las manos.

Al pie de un pedrón se acurrucaron a esperar que pasaran las horas. Los caballos iban de un lado a otro, hasta donde alcanzaban las sogas que los tenían sujetos a picos rocosos o a bien macolladas matas de paja.

—Bien —dijo Chumpi—; hay que pasar el río prendidos de los pescuezos de los potros... Cuidao con soltarse...

Luego sacó de su alforja, una tras otra, muchas botellas de aguardiente. La luna avanzaba lentamente bañando la cordillera con su luz serena.

Pero esa luz argentada y sedante no conseguía amortiguar la tensión del momento. Unas cuantas horas más, y acaso la muerte llegaría para muchos. Los negros picachos parecían una procesión de amortajados fantasmas que se hubiera detenido de pronto a entonar un salmo funeral que llevaba y traía el viento.

—Guá, hom, ¿a qué ladran los perros?

—Dia e veras que yastán ladrando mucho...

Así hablaron el Julián y el Blas Celedón mientras los dos perros ladraban enfilando los hocicos hacia la banda del frente. Estaban en Cañar, en el corredor de su bohío, sentados ante el fogón junto al cual devoraron cecinas y yucas asadas. El cholo Crisanto Julca había llegado con la noticia de una punta de reses que se podía arrear desde la hacienda Sunchu hasta la feria de un pueblo lejano o vender por cualquier precio a los negociantes de ganado que bajan a la costa. También la podían llevar a Chonat, poblacho cuyos habitantes viven de la lucrativa industria consistente en hacer cecinas de ganado robado, que adquieren muy barato. Así, con su abigeato hecho lonjas y rebanadas, viajan a las ciudades de la costa, donde lo venden ganando un doscientos por ciento. El procedimiento, además, les permite eludir con gran soltura la vigilancia de las autoridades.

—Ganao botao —había asegurado el Crisanto.

Y ellos:

—Diremos, pue...

—Diremos a juntalo, no se vaiga a perder...

Pero en ese rato ya no hablaban de la jornada, en la que resolvieron empeñarse desde el día siguiente. Toda la tarde habían limpiado y engrasado las wíncesters. Era cosa concluida. Mascaban coca y fumaban los cigarros que ellos mismos hacían de las contadas plantas de tabaco que sembraban en la pequeña huerta fronteriza al bohío, oyendo que el cholo Crisanto desenredaba recuerdos en un relato ameno. Éste se interrumpió para decir:

—Ladran po las vacas... Cuando vine devisé muchas pa este lao..., dejuero han bajao...

La noche era clara y a nadie se le iba a ocurrir caer de sorpresa en tales condiciones, mucho menos al condenado del Culebrón, que era una mezcla de zorro y víbora. Aunque los canes siguieron ladrando, el Crisanto continuó su historia:

—Sí, muy fregao es el andar solo, pero cuando empecé a pescar cualesquier res sin dueño, yo no sabía deso... Una vez jui a dar onde la mesma puna e Yaucarbamba, onde hay una punta que le llaman «las perras», porque son bravas y persiguen a los cristianos como perros e verdá que jueran... Güeno: yo que voy a laciár, yuna que se pone escarba que te escarba y después se arranca contra mí... Y velay que le alcanza una cierta cornada a mi potrío yél corcovea y me tumba... Menos malo que la fregada siguió contrel potrío y yo tuve lugar e treparme onde una piedra alta... Y quién les dice que la maldita res se viene a parar frente e la piedra y yo no podía apearme. Ay tuvo dos días y no se movía... El resto e la vacada comía pa un lao, como segura e que yo no salía... Yo ya tenía hambre y la vaca ay plantada y mi caballito lo mesmo, poray, arrastrando la rienda y haciendo po comer...

Los perros salieron corriendo hacia la playa. Ladraban, ladraban. Era cuestión de ir a dar una vuelta para ver qué cosa había.

—Anda vos, Crisanto... Algo pasa, hom...

—Les haré el gusto, homs...

El Crisanto se levantó, perdiéndose luego entre los árboles. Llegó junto al río y clavó sus ojos en la orilla del frente. Escrutaba piedra por piedra, árbol por árbol. Se distinguía bastante bien. Unas cuantas vacas habían bajado a la playa y otras estaban por la cuesta descendiendo también... Dos o tres, paradas a la orilla, bebían lentamente. Cuando el Crisanto regresaba, un toro bramó llenando el cañón con su voz potente.

—¿No les dije? —apuntó mientras llegaba—; si son las vacas... Poray tan juntual río y dinó otras bajando...

Los cholos se yaparon coca y urgieron al narrador para que continuara.

—Güeno, ya les digo que la vaca no pensaba dirse y yo, con hambre... Pero el hambre le desarrolla la idea ondel cristiano... Velay que suelto mi poncho por un lao plano e la piedra y la vaca que viene a corniarlo, y yo que le zampo mi cuchillo po la mera nuca... Se quedó tirada y temblando, y yo me jui, silencito, a buscar mi potro. Monté, ¡patas pa qué las quiero! A la güelta encontré ganao manso, pero no quise pescalo. Tenía un hambrenque y quería nomá llegar onde alguien que mialcanzara una cecina...

Después de relatar cada uno alguna peripecia de su existencia dada al azar, entraron en el bohío y se acostaron. Al otro día irían a la cordillera y se arrearían toda esa punta «botada» que anunció el Crisanto. La noche era calurosa, de manera que ni se taparon. Junto a ellos vigilaban los perros. Más allá, pero al alcance de la mano, brillaban las wínchesters a la luz de la luna, que se colaba por los carrizos de la quincha. El Marañón los arrullaba con su murmullo profundo...

Los cholos se durmieron.

Un violento y rabioso ladrido despertó al Julián Celedón. Los perros corrían hacia la playa y retornaban como huyendo de alguien, para iniciar de nuevo el ataque y volver otra vez. Asestándoles un puñetazo en el pecho despertó a los otros.

—Párense, homs, quialgo pasa...

Los Celedonios empuñaron sus armas. El Crisanto sacó un grande y mohoso revólver. Amanecía. En mediastintas rosas se podía ver el camino del frente. Nadie bajaba. Ya debían estar en la banda de Cañar, entonces. Los canes llegaban a dar vueltas en torno a los dueños, para después salir a carrera tendida, ladra y ladra.

—Vámonos puarriba po la quebrada —aconsejó el Blas Celedón, recordando la vez en que fugaron por allí y los gendarmes no se atrevieron a perseguirlos entre el monte.

Y tomaron esa dirección, armas en la mano, agazapándose bajo el follaje. Pero en

ese lado, de pronto, sonó el golpe seco de un máuser, y una bala pasó zumbando lúgubrementemente junto a ellos. Y otra, y otra... Eran los guardias. Por allí avanzaban tres, separados hasta cortar toda posibilidad de acceso a la quebraba. Los uniformes azulaban en medio de la mancha gris de un chamizal.

—Mételes bala, hom...

Las wíncesters dejaron oír su voz. Los máuseres contestaron y siguieron avanzando. No serían solamente tres, aunque no sonaban tiros por otro lado. Los cholos se parapetaron tras unos gualangos levantando la mira. Los soldados desaparecieron por un momento. Ahí estaban, tras unas piedras, tendidos en tierra. Las balas niqueladas de los máuseres estallaban en los tallos, llevándose pedazos. Lejos, en las peñas, disparaba un ejército. El eco hacía del pequeño tiroteo una batalla.

—Metámonos puel monte, salimos pal lao abajo y nos tiramos puel río pal otro lao —gruñó el Crisanto, que no había disparado todavía, conociendo el poco alcance del revólver.

Y los cholos se disponían a correr hacia ese lado, cuando una descarga cerrada les hizo comprender que por allí también había gendarmes. El Culebrón, amparado por la ineficacia de las wíncesters a más de cuatrocientos metros, destacaba insolentemente su figura en un claro del monte.

—¡Jijuna! —bramó el Julián Celedón, disparándole. Y luego el Blas juró también aventando su furia, hecha plomo, por el cañón caldeado.

Les llovió una descarga que ululó en medio de un estallar de tallos rotos. El Culebrón, rifle en mano, miraba inquisitivamente a los cholos, que evidenciaban estar dispuestos a batirse en forma. ¡Que se acercaran no más!

—¡Celedonios, tiren las armas y retírense! —gritó Chumpi.

Los cholos rugieron como fieras acorraladas:

—Entren, perros, vengan...

Les llegaron balas de todos lados. El propio Culebrón encaró su fusil y lo vació rápidamente. Metió otra cacerina, lo mismo que los gendarmes. Los veían claramente a la luz del sol, que había salido ya. El montal no lograba disimular la rotunda pincelada azul de los uniformes.

—Adentro —gritó el Culebrón a su gente—. ¡Apunten bien!

Los guardias avanzaban corriendo a parapetarse tras los árboles. Uno de ellos cayó. Los cholos tomaron posiciones en la acequia que corría tras el bohío. Los perros, espantados, se pegaban a los dueños, restregándose contra sus hombros. Zumbaba la muerte. Güenamigo fue alcanzado, y cayó largo a largo, echando sangre por la boca. El Blas sorbió el vaho cálido de esa bullente sangre, sintiendo que le quemaba, en el pecho.

—Hom, ¿hay balas?

—Cosa e cincuenta nomá...

—Entón, vámonos pa la cueva...

La cueva quedaba a bastante altura, al pie de unas rocas. Había que subir por un caminejo que se retorció en una ladera no muy cubierta. Pero allí, por lo menos momentáneamente, estarían seguros. Hacia arriba, sobre ella, se escalonaban rocas inaccesibles, y hacia abajo, el único sendero les garantizaba la salvación, aunque fuera temporal, con ayuda de las wíncesters. Los cholos se miraron y, súbitamente, a una señal, salieron disparados hacia la cueva. El Culebrón gritó a su gente:

—Adentro; bala, muchachos...

Los gendarmes corrieron por detrás, deteniéndose sólo para disparar sus armas. Los fugitivos ya llegaban al sendero, ya tomaban la cuesta. Pero el Crisanto cayó. Los Celedonios siguieron corriendo entre un concierto de balas, que zumbaban, chasqueaban, estallando en las rocas y levantando nubes de polvo en las zonas terrosas. Entrando en la negra cavidad roquera se dejaron caer. Güeso ya estaba allí y ladraba desde un rincón.

—Que suban, pue...

—Que suban...

Las wíncesters apuntaban a la entrada. En la parte alta de la cueva, las balas de los soldados reventaban contra la roca, esparciendo pedruscos y esquirlas silbantes. El fuego cesó y el Blas, por la oquedad sombrosa de uno de los extremos, asomó apenas el ojo aguilino. Abajo, en el llano, los guardias se habían detenido a unos cien pasos del Crisanto, los fusiles encarados.

—¡Tira el revólver!

El Celedón bramó cuando el pobre Crisanto arrojó el revólver a un lado. Dos gendarmes se acercaron, protegidos por los fusiles de los restantes. Ya empuña uno el revólver. Ya van hacia el caído.

—Mátenlo —suenan la voz del alférez a sus espaldas.

El Crisanto se contorsiona como un gusano y luego grita, pidiendo clemencia, pero suenan dos tiros y se queda inmóvil. El Blas Celedón dispara, pero no hace blanco, y una descarga cerrada lo obliga a retirarse. Los hermanos juraron, por Cristo y las ánimas benditas, no dejarse matar así. En tanto, Chumpi tomaba sus disposiciones. Colocó tres gendarmes entre las rocas de la bajada y con los tres restantes se ocupó de los muertos.

—Apenas asomen, bala con ellos —dijo al alejarse.

Al guardia lo enterraron al pie de un árbol. El Crisanto fue conducido al río —¡no había que darse el trabajo de cavar sepultura por un cholo así!— y librado a las aguas. El cadáver se sumergió al caer, pero flotó después y la corriente lo arrastró topeteándolo contra las piedras de la orilla, junto a las cuales lo detenía unos instantes, de vez en cuando, para seguir arrastrándolo de nuevo. Vararía en cualquier playa ancha y los gallinazos se amontonarían sobre él, despanzurrándolo y sacándole los ojos de primera intención. Finalmente, sólo quedarían huesos blancos, regados por un lado y otro.

El alférez explicó a su gente:

—Este cholo no merece otra cosa... ¿Saben? Una vez, por el distrito de Chonat, laceó un buey y lo llevaba como si nada. Era de una viejecita que se fue detrás, rogándole: «No se llevusté mi güeye, luniquito que tengo... Yo soy pobre... Mis hijos han muerto...». El cangrejo no se condolía y le contestaba: «Vieja, güelve a tu casa... Yo sé lo que te digo». Y la señora que seguía por detrás, ruega y ruega. En una de ésas, el canalla del Crisanto saca el revólver y, ¡pum!, la tiende, muerta de un balazo en el pecho...

Volviendo, se tropezaron con el cadáver de Güenamigo.

—Bótalo al agua —dijo el alférez a uno de sus hombres—; terminará por oler mal.

El asedio se empeñó, terco y ceñido. Los guardias se turnaban, cuidando la cuesta, y el único sendero que libraba a los Celedonios de caer pronto era también el que, con el correr de los días, los perdía. Los gendarmes a quienes tocaba estar libres merodeaban por la huerta acabando con los plátanos y las yucas. Recogieron la coca también, y sólo libraron unas cuantas papayas, pues el alférez ordenó:

—Déjenme las papayas; sé por qué lo digo...

Cuatro papayos se levantaban frente al bohío irguiendo la gracia de sus tallos esbeltos. Junto a las copas, los frutos comenzaban a sazonzarse. A los pocos días, muchos estuvieron ya amarillos.

—Bajen las maduras —ordenó Chumpi.

Y los gendarmes, a quienes comenzaban a escasear las provisiones que llevaron y las que había en la choza, que devoraron también, se abalanzaron sobre las papayas frescas y jugosas. Solamente quedaron las que no servían aún. Pero si los guardias pasaban privaciones, los Celedonios las sufrían en todo su rigor. Sin beber ni comer, los cholos languidecían día a día. Pero ajustaban las wínchesters con la fuerza que restaba a sus manos. En las noches, ellos también se turnaban, vigilando la entrada de la cueva, pues Güeso ladraba oyendo cualquier rumor y no se lograba saber si era porque caminaban en el llano o trepaban la cuesta. ¿Y qué sería del Venancio Campos? Sin duda, estaba lejos, fuera de su casa. Mientras tanto, los días y las noches se les alargaban sin medida, hasta hacerles perder casi la noción del tiempo. Los talegos de coca estaban ya vacíos. ¡Pero qué tremenda y sangrienta y honda fraternidad aunaba en esos momentos su existencia! Los dos hombres y el perro formaban una entidad anudada por cruentos lazos. La voz de la muerte los estrechaba en una sola angustia y un solo afán de defenderse para sobrevivir.

El Julián recordaba a la Elisa con la fuerza y la alegría nutrientes de su propia carne. Él tenía solamente hambre —toda laya de hambres—, y ella era una fruta distante. Lejana para siempre, acabada, ahora sí, para su dicha. Pariría carne huérfana, dolor para aumentar el del mundo. ¡Tan güena la china! Había vigorosa placidez de remanso en sus caderas y su vientre. Ternura colmada como la leche de sus pechos rebosantes. Una bondad de cereal en toda su vida. ¡Ah, los días!

Y los días corrieron, entre hambre y vigilancia, hasta completar ocho. Chumpi ya

no lograba entretener a sus hombres con el relato de los robos y asesinatos de los Celedonios. Se cansaron igualmente de buscar en el bohío y en el campo, bajo algunas piedras y árboles sospechosos, la plata que debía estar escondida en algún sitio. Uno de los guardias se atrevió a protestar:

—¡Pero estamos de hambre! Los cholos han de haber muerto en la cueva, y, en todo caso, yastarán pa morir: ellos no toman ni agua... Subir sería el asunto...

Era de noche. No había luna ya. Chumpi le dijo, colérico:

—Bien. Sube y les metes bala aunque ya estén muertos. ¿Me oyes?

El gendarme lo pensó un poco y terminó por coger su fusil. Cuando pasó junto a los que hacían guardia, allí donde el caminejo salía a rocas accesibles a los disparos, le dijeron si acaso quería suicidarse. Él no se amilanó, siguiendo hacia arriba con un reptar de serpiente. Ladraba débilmente el perro. Después de un rato sonó un tiro y algo blando y pesado rodó por la pendiente. Buscando entre las sombras dieron, al fin, con un montón de carne sanguinolenta.

Chumpi bramó y aseguró que el asedio continuaría hasta vencer por hambre a los Celedonios.

—Y para eso —dijo a uno de los suyos—, te vas mañana a traer provisiones, harto que comer, ¿ah?

Hay momentos en que la vida se llena de una terrible felicidad. Y fue durante el amanecer del noveno día cuando el sol brilló en las peñas de la banda fronteriza. El Blas, tirado sobre su carabina y en espera, vio a dos hombres agazapados entre esas peñas.

—¿Ves? —dijo al Julián.

Y éste miró y no pudo decir nada. Se asomó un poco y, para no perder el tiro, disparó sobre el bohío. Los hombres de las peñas entendieron, pues se les vio moverse y apuntar. Dispararon. ¡Eran el Venancio Campos y su segundo!

—El Venancio —pudo decir el Blas. Y su hermano también pudo decir:

—El Venancio.

—¡La vida!

Después se pusieron de acuerdo en que si el Venancio y su segundo bajaban, se podría pelear. Eran seis contra cuatro y mucha desigualdad de armamentos, pero se podría. ¿Y las balas? Las economizarían. Habría que acercarse durante la noche. Dispararon cuatro tiros para incitar a sus amigos, pero éstos guardaron una discreta actitud. El cañón de uno de sus fusiles asomaba tras una gran piedra. Por lo visto, el Venancio juzgaba la pelea desigual y no se resolvería a atacar sino en último extremo.

Entretanto, los gendarmes no habían contestado el fuego. Chumpi comprendió que la situación tomaba otro aspecto, y quiso mostrarse tan taimado como los nuevos atacantes. En todo caso, ya no podía mandar por provisiones. Para poder pasar, y esto con pocas probabilidades, tendrían que ir dos o más, y entonces la resistencia que los restantes podrían ofrecer no garantizaba plenamente el éxito. ¡Y no era cuestión de salir derrotado otra vez! Pero, por otro lado, estaba el hambre. El asunto, en este

sentido, era insoluble. No le quedaría otra cosa, en último término, que poner en práctica el plan que había madurado para una situación como la presente, pero cuya eficacia no podía asegurarse por entero.

Esperaron la noche para reunirse al pie de un árbol.

—Hay que resistir —dijo Chumpi, ensayando convencer a sus hombres para hacer un último esfuerzo.

—¿De hambre? ¡Qué vamos a resistir el hambre!

—No podemos pasar; al otro lado hay hombres —insistió Chumpi.

—Mi alférez, si ven que nos vamos no nos harán nada. Acuérdesse de lotra vez. No se van a arriesgar inútilmente dos contra seis.

Ello era cierto, por una y otra razón. Los cholos peruanos que practican el bandolerismo, salvo escasas excepciones, no se enfrentan a la fuerza pública sino cuando lo creen necesario. El Venancio Campos era de éstos.

Y es así cómo la partida quedó resuelta para el día siguiente, aunque Chumpi vería lo conveniente a última hora, y así lo hizo constar con toda su maltrecha autoridad. Por lo pronto, sobre los hombros de dos gendarmes se encaramó hasta alcanzar las papayas. Mientras las manipulaba, sonreía recordando las palabras del boticario:

—Con esta jeringuilla y este líquido... Las inyecta usted...

Al otro día, una humareda densa subió al cielo llamando la atención de los Celedonios. Pálidos, jadeantes, estaban arrinconados en el fondo de la cueva, cuando vieron que se ennegrecía el aire. ¿Era la debilidad? No, humo.

¡Humo! ¿Por qué? El Blas Celedón reptó hasta distinguir el valle.

—Tan quemando la choza y se van a dir... Ya han pasao sus bestias. Nustros caballos también los llevan...

El Julián se asomó igualmente. Al incendiarse, del techo de hoja de plátano salía un humo negro. Pero ya se iban. Habían tomado la balsa y estaban en medio del río.

—Hay seis... Falta uno, que, dejuero, ta escondido puacá...

—¿Yel que le distel tiro anoche?

—De veras, pero nuay el cuerpo...

—Luan enterrao, dejuero. Con el del primer día, dos..., dos contra dos.

Al otro lado, los gendarmes ensillaron y tomaron la cuesta. Como al descuido, dejaron la balsa ondulando a la orilla, sujeta a un pedrón con la soga de amarre.

—Po qué será que no lan largao —suspiró el Blas, sintiendo que las fuerzas se le acababan...

Pero era verdad que se iban. Subieron la cuesta lentamente, parándose de cuando en cuando. No se distinguía al Venancio. Éste, viendo a la fuerza en retirada, se había marchado a las alturas y tenía intenciones de bajar después.

Los cholos miraron obstinadamente hasta que, transformada en una pequeña mancha movediza, la cabalgata azul se perdió arriba, muy alto, donde el camino tomaba la puna. Entonces fue que comenzaron a bajar de su madriguera,

arrastrándose, serpeando, cogiéndose de los picos y las grietas. Ya en la falda, pudieron andar con pasos débiles. Llegando a la acequia, se tendieron a beber junto con Güeso, panza al suelo. Hundían las manos en el agua anhelada y se mojaban las sienes. Y bebieron, bebieron metiendo las caras, ahogándose, glogloteando ruidosamente.

—Se jueron, hom...

Y volvieron a beber hasta que se les hincharon los vientres. Y ya más serenos, advirtieron el bohío hecho cenizas y juraron venganza, mirando al cielo desde el cual la Virgen Santísima y San Julián y San Blas, sus santos patronos, todo lo veían y no dejarían sin castigo las perradas del Culebrón. Pero no tan alto, sino ahí no más, en las copas de los papayos, verdeaban los frutos.

—Papayas, hom —musitó el Blas.

—Papayas, hom...

Se pusieron de pie, pero luego notaron, acaso porque podían caminar mejor, que estaban muy verdes. Después de recorrer infructuosamente la huerta, donde no había siquiera coca, retornaron. Ni una yuca y menos un plátano habían dejado los malditos.

—Una yastá pintando, mira...

El Julián se tumbó de espaldas y estuvo apuntando mucho rato. Sonó el disparo y el pedúnculo roto dejó caer el fruto. Mitad por mitad, con las manos hechas garfios, lo partieron. Amargaba la pulpa, pero se podía comer ya.

—Nuestá tan amarga...

—Sí, pue..., ¿tumbamos otra?

Y otro tiro y otra papaya. Las demás sí estaban verdes en realidad. La tarde caía y se tendieron bajo unos árboles. Después, en la noche, se irían a dormir a la quebrada, por si acaso, y al otro día buscarían chirimoyas allí mismo. Vivirían. Alguna vez encontrarían al Culebrón y sus desgraciados gendarmes para arreglar cuentas. ¡Ese zonzo del Venancio que no quiso armar pelea!

De pronto, Güeso se puso a aullar, y ellos pensaron que tenía hambre y se acusaron de no haberle dado un pedazo de papaya. Ya comería chirimoyas también. Pero al poco rato el Blas sintió que un temblor extraño le sacudía el cuerpo.

—Me duele la barriga y la cabeza...

—Tas débil, hom...

Pero el Julián Celedón, que nunca supo de una vibración en el pulso, vio que sus manos se agitaban raramente. Y las piernas. Y luego todo el cuerpo.

—¡Veneno!... Veneno, hom...

Güeso siguió aullando. El Blas ni siquiera contestó. El Julián sintió que algo le destrozaba las entrañas y rugió su rabia como un puma. Ya no supo del tiempo. Supo sólo que iba a morir. De bruces, las manos en las sienes, blasfemaba con la boca llena de espuma. ¿Cuánto tiempo estuvo allí, tendido, con su drama silencioso y tremante? Güeso ladró. Alguien venía. ¿Acaso el Culebrón? Sí, él mismo avanzaba por allí con

los suyos, rifle en mano. Y sus manos, las recias manos del Julián Celedón, que no podían sujetar la carabina, y sus ojos, sus claros ojos, que se le oscurecían perdiendo la línea de mira. Movi6 al Blas tomándolo por los brazos:

—Ey, ya vienen, ya vienen...

El Blas estaba r6gido y fr6o. Se volvi6 el Julián en un 6ltimo esfuerzo. Quiso disparar, pero todo se le iba haciendo noche. Alcanz6 a distinguir que una sombra cruz6 velozmente hacia los gendarmes. Son6 un tiro. Despu6s otra sombra avanz6 hacia 6l, agrandándose, agrandándose. Algo duro toc6 su frente. Y tuvo la impresi6n, brev6sima pero neta, de que se abr6a ante 6l un silencio sin t6rmino.

El balazo le hab6a roto el cráneo. El Julián, en su agon6a, no alcanz6 a darse cuenta de que aquella sombra que avanz6 hacia los gendarmes era G6eso. El perro fiel salt6 sobre Chumpi, que lo recib6 con un disparo. Ah6 estaba todav6a a medio morir, sobreviviendo tercamente a la extinci6n. El alf6rez se qued6 mirando su hermosa tarea. Dec6a muy ufano:

—Y despu6s dirán que el alf6rez Chumpi no tiene cabeza... Jajaja..., ja..., ja... Esto es lo que se llama cazar pumas... Ja... ja...

Por 6ltimo orden6:

—Hay que llevar a estos cholos al pueblo. Les tomaremos fotograf6as... Levántenlos...

Cuando pasaban conduciendo los cadáveres, vio que G6eso se mov6a. De un balazo le rompi6 la cabeza y apag6 la lumbre de unos ojos que a6n miraban llenos de tristeza el cuerpo cimbrado del Julián, al que los guardias llevaban sostenido de brazos y piernas.

—Perro de mierda —dijo Chumpi, recordando las batidas que inutiliz6 su ladrido.

Y 6ste es el epitafio que premi6 la esforzada vida del fiel G6eso, perro de bandolero.

X

LA NUEVA SIEMBRA

La siembra, el cultivo y la cosecha renuevan para los campesinos, cada año, la satisfacción de vivir. Son la razón de su existencia. Y a fuer de hombres rudos y sencillos, las huellas de sus pasos no se producen de otro modo que alineándose en surcos innumerables. ¿Qué más? Eso es todo. La vida consigue ser buena si es fecunda.

Cae la tarde cuando se siembra la última chacra de hacienda. El mismo don Cipriano Ramírez ha esparcido el trigo sobre la tierra olorosa, parejamente, con el seguro y diestro pulso que corresponde a un veterano en tales lides. Han sido felices días esos en los cuales, después de haberse perdido casi todas las cosechas el año pasado, se ha visto llover de nuevo, se ha arado de nuevo, se ha sembrado de nuevo. Patronos y peones se han confundido en un jubiloso abrazo con la tierra.

Cuando el sol se hunde, la tarea en la chacra del hacendado está cumplida. Cincuenta gañanes nativos desuncen sus cincuenta yuntas. Mugen sosegadamente los bueyes encaminándose hacia los potreros. Se escucha el débil son de la campana de la iglesia del lejano distrito de Saucopampa. Pero los hombres han orado ya sobre la tierra, entre las melgas, en la noble tarea de la siembra.

Don Cipriano y el mayordomo de Páucar, don Rómulo Méndez, son los últimos en abandonar la tierra arada.

Don Cipriano, alto él, blanco, es un poco obeso. Su cara, llena y abotagada. Viste un traje de dril amarillo y calza recias botas. Clavado hasta las cejas, lleva un sombrero de palma a la pedrada. Don Rómulo, cetrino y delgado, tiene el poncho terciado al hombro y cubre su cabeza con un magullado sombrero de junco. Sus canillas arqueadas deforman el pantalón oscuro. Ambos van mirando la tierra, donde se hunden hasta los tobillos, como si estuvieran contando los innúmeros surcos. Don Cipriano lleva las manos metidas en los bolsillos del chaleco. De rato en rato sonrío. A su lado, pero un poco atrás, como conviene al respeto, marcha don Rómulo retorciendo su bigote. Sonríe también.

Es bella la tierra, y más si está arada. Muelle y tierna, propicia, sabe a fecundidad y despide una vaharada sexual.

Los peones esperan al patrón, por orden de éste, alineados a la vera de la chacra. La noche creciente ahoga ya la policromía de los ponchos. Con el sombrero en la mano, doblan hacia adelante las cabezas hirsutas atisbando a don Cipriano. A un lado, la voz de éste resuena, potente, con un dejo de autoridad y reconvención:

—Siembren, siembren. Que no quede ni una chacra de colono sin sembrar. Ya ven que fue malo el año que pasó: se juntó muy poco. Si éste es así, sabrá Dios lo que pasará con sus hijos. Y gasten con cuidado lo que les quede. No se confíen mucho. Es

lo que quería hacerles recordar. El que necesite algo, que pida. Pueden irse...

La irregular fila se rompe formando una mancha en torno a don Cipriano. Que yuntas, que semilla. Él escucha atentamente y luego da órdenes:

—Bueno, bueno... Empuña el Jovero... A ese toraje bisoño agárrenlo de preferencia... Empuña el Barroso... Empuña el Limón... Hay que hacerlos trabajar... Ya los vi... Todo el tiempo han estado con mañas... Que mañana mismo les dé don Rómulo semilla a los que no tengan: cebada y trigo, que otra cosa no queda. ¿Me oye, don Rómulo?

Don Rómulo, que está allí manoseando su nigérrimo y lacio bigote, se interrumpe para contestar:

—Mañana, sí, señor...

Para rebeldía, la de ese bigote. Don Rómulo llevaba retorciéndolo treinta años sin poder realizar su ideal de sacarle una erguida y gallarda guía en punta. Pero, desde luego, ahora su afán ya no persistía sirviendo el ideal sino un simple hábito.

Los peones se marcharon al fin. Hacendado y mayordomo encamináronse a la casa-hacienda a paso lento y plácido, conversa y conversa con palabras de sabor a tierra, trigo y aguacero.

La mesa del comedor les mostró la comida lista. Sentáronse ante ella, como todos los días, en compañía de doña Carmen, la anciana suegra de don Cipriano; de doña Julia, mujer de éste, que tenía un pequeño en brazos, y del niño Obdulio.

El hacendado y su mayordomo llevaban el mensaje de la siembra y animaron con su conversación a los demás. Para mejor, la lluvia comenzó a caer rumorosamente sobre las tejas y el patio. Y de los campos llegó, fresca y áspera, llenando todos los ámbitos, la promisoría fragancia de la tierra arada, húmeda y llena de simiente.

XI

UN PEQUEÑO LUGAR EN EL MUNDO

El viejo indio Mashe y cincuenta más —hombres, mujeres, niños— imploraban a don Cipriano en el corredor de la casa-hacienda:

—Recibanós, patroncito, recibanós...

Y don Cipriano:

—¿Qué van a hacer aquí? No ven que todo se pierde...

Su voz reflejaba molestia. Y es que estaba, desde hacía días, muy preocupado. Al principio llovió a cántaros. Una semana entera tamborileó el agua sobre la tierra. Don Cipriano se alegraba repitiendo el viejo adagio agrario: «A gran seca, gran mojada». Apareció en las chacras del hacendado y de los colonos el verde fresco de los sembríos. Las jóvenes plantas se levantaban de la tierra con el alegre impulso y la fácil livianura de la mocedad. Pero de repente el agua se fue tornando más escasa. Las nubes surgían siempre del río Yana y las quebradas, todas las mañanas, elevándose hacia los cielos por las faldas de los cerros, a las que iban, lentamente, cubriendo y descubriendo. Se adensaban, muy altas y lejanas, y luego desaparecían. A veces soltaban un chaparrón o unas cuantas gotas que no alcanzaban a penetrar en la tierra.

—¿Lloverá? —preguntaba todos los días don Cipriano a don Rómulo, y éste contestaba:

—Señor, siempre ha llovido...

Lo decía, claro está, por buscar un consuelo. Si el año anterior llovió poco, ése parecía que iba a llover menos.

¡Y encontrándose en medio de tal tribulación, ir cincuenta indios a pedir acomodo! Jadeaban y gemían bajo los rebozos y ponchos rotos llenos de polvo. Estaban ante don Cipriano como un rebaño de animales acosados. Pero su calidad humana se crispaba en las manos implorantes y brillaba en los ojos llenos de súplicas.

—Recibanós, patroncito...

Provenían de la extinguida comunidad de Huaira. Después de algunos años de trámites judiciales, don Juvencio Rosas, hacendado de Sunchu, había probado su inalienable derecho a poseer las tierras de un ayllu cuya terca existencia se prolongaba desde el incario, a través de la colonia y de la república, sufriendo todos los embates. Y el tal apareció un buen día por Huaira, acompañado de la fuerza pública y sus propios esbirros, a tomar posesión. Los indios, en un último y desesperado esfuerzo, intentaron resistir. Cayeron algunos. La contundente voz de los máuseres les hizo comprender bien pronto el poco valor de los machetes y las hondas. El viejo indio Mashe, acompañado de los cincuenta que clamaban ante don Cipriano, huyó. Había sido uno de los sostenes de la obstinada y última resistencia y pensó, con

razón, que lo llevarían preso. Y no anduvo equivocado, pues así pasó con muchos de los que se quedaron y a quienes, además, en la capital del departamento, enjuiciaron por subversión. Los restantes de los que se sostuvieron en Huaira, sometidos a don Juvencio, pasaron a ser colonos.

El Mashe se llamaba Marcelino en cristiano y tenía la prieta cara lampiña llena de arrugas.

—¿Qué nos haremos, patroncito? —decía con lastimero acento, aprendiendo a rogar, pues antes disfrutó del bien comunal y así su voz fue la levantada del hombre que posee tierra.

Don Cipriano miraba el grupo de indios pensando en la sequía, pero también en que necesitaba brazos para las tareas y allí había muchos y vigorosos.

—Bueno —terminó por decir—, quédense y escojan sus arriendos donde quieran y, desde luego, donde no se hallen establecidos otros colonos... Pero no les garantizo nada, ¿ven el cielo?... Si no llueve, ustedes sabrán...

El cielo, a esas horas, estaba despejado. Demasiado bien sabían los indios de lo que se trataba, especialmente el Mashe, cuya ancianidad había, como es natural, visto mucho. El viento cruzaba dando potentes aletazos y graznando como un ave mala. La puna erguía sus negros y altos picachos en una actitud de acecho hacia el norte, hacia el sur, hacia el occidente y oriente. Por ningún lado cuajaba el mensaje de la vida. Ni una nube oscura y densa. Las pocas que velozmente cruzaban el cielo eran tan ralas y deshilachadas como los harapos de los indios proscritos.

—Patroncito, no lo molestaremos; pero denos un lugar, un lugarcito más que seya pequeño...

Don Cipriano terminó:

—Bueno, por ahora pidan hospedaje en la casa de los colonos... Les darán... Seguro que les darán...

Los indios permanecían inmóviles. El Mashe se atrevió a rogar:

—Patrón, y quisiéramos la comidita. Cebada más que seya... La semillita también...

El hacendado frunció las cejas ante el nuevo problema. Pero era evidente que esos hombres necesitaban y, siendo de hecho sus colonos, estaba en el deber de protegerlos. Pertenece a esa clase de señores feudales que supervive en la sierra del Perú y tiene para sus siervos, según su propia expresión, «en una mano la miel y en otra la hiel», es decir, la comida y el látigo. Ése era el momento de la miel.

—Bueno —dijo—, que don Rómulo les dé un almud de cebada y uno de trigo por cabeza... No hay para más. Siembren algo. Puede ser que llueva un poco y resulte sembrar postrero... Y váyanse...

Se fueron los indios a paso lento, después de recibir una parte del grano que debía paliar su miseria.

Don Cipriano se quedó pensando en la tragedia de los indios y en la otra, cercana ya y más grande, que azotaba a todos por igual. ¿Y si lloviera aún? Después recordó

el adagio: «Siembra primero y lograrás tu dinero».

—Bah —rió—, diez días más de seca y no habrá siembra que aguante...

El Simón estaba sentado en el pretil pétreo de su bohío, mascando su coca. El viento jugueteaba con su perilla y sus bigotes largos y canos, ralos «hasta provocar contalos», como bromeaba la Juana. Su cara cetrina y rugosa mostrábase tan triste como la seca tierra. El Mashe pasaba buscando posada y, viéndolo, se le acercó:

—Tardes, ñor. Nos daraste posadita...

El Mashe iba acompañado de su vieja mujer y dos muchachas, por lo que el Simón los miró a todos, pensando en la sequía y en la escasez de alimentos. Pero después dijo:

—Como no, lleguen...

El viejo barbado dio hospitalidad al viejo lampiño. No lo habría hecho, tal vez, con un blanco. Y es que la color trigueña los Hermanó con el sentimiento de la raza y la tierra de la cual venían, del suelo ajeno que, a pesar de todo, amaban y era su fin y su destino.

Durante la merienda, el Timoteo se quedaba mirando, mirando, a una de las muchachas, llamada Jacinta. Después el Mashe contó la historia de Huaira, y al terminar dijo:

—Y es así como hemos llegao a mendigar un pequeño lugar, más que seya un sitio chico en la grande tierra...

Y el Simón dijo:

—Qué me dirá onde mí... Güenas leguas tenía sobre yo cuando llegué pacá... Yesto tamién nues mío, nues e nosotrus que lo sembramos. Uno busca su pequeño sitio en el mundo y nuay, o se lo dan prestao... Yes solamente un pequeño, un pequeño lugar en el mundo...

Los tres hombres chacchaban la coca a su entero gusto...

El Simón agregó:

—¿Son sabidos, no? Pero tamién les pasa lo qual zorro blanco...

Y, con su natural habilidad de narrador, callose para provocar un expectante silencio. El Mashe y su familia, que gustaban de los relatos, eran todo oídos. Los que ya lo conocían se aprestaban a escucharlo con gusto, pues el Simón sabía agregar algún detalle nuevo cada vez.

—Yera po un tiempo e mucho hambre pa los zorros... Yuno bía que ya no aguantaba. Tenía hambre e cierto y velay que todos los rediles taban muy altos y con mucho perro. Yentón, el zorro dijo: «Aquí nues cosa e ser zonzo: hay que ser vivo». Y se jue onde un molino, y aprovechando quel molinero taba pa un lao, se revolcó en la harina hasta quedar blanco. Yen la noche se jue po lao diun redil: «Mee, mee», balaba como oveja. Y salió la pastora y vido un bulto blanco en la noche, y dijo: «Sia quedao ajuera una ovejita», y abrió la puerta y metió ondel zorro. Los perros ladraban

yel zorro se dijo: «Esperaré que se duerman, lo mesmo que las ovejas. Después buscaré ondel corderito más gordo y, guac, diun mordisco lo mataré y luego lo comeré. Madrugao, apenas abran la puerta, echaré a correr y quién mialcanza». Y como se dijo así luizo, perua salir no llegó. Yes qué l no contaba con el aguacero. Y jue que llovió y comenzó a quitársele la harina, yuna oveja questaba a su lao vido blanco el suelo y pensó: «¿Qué oveja es esa que se despinta?». Y viendo mejor y encontrando que la desteñida era zorro, se puso a balar. Las demás tamién lo vieron entón y balaron y vinieron los perros y con cuatro mordiscos lo volvieron cecinas... Yes lo que digo: siempre hay algo que nuesta en la cuenta e los más vivos... Yaura pongamos el caso, la sequía nos fregará onde nosotrus y también onde don Cipriano y don Juvencio, y onde chicos y onde grandes. Sólo questos zorros caen sin lluvia... Pero ellos tienen nomá sequía e los cielos... Nosotrus, los pobres, tenemos siempre sequía e justicia, sequía e corazón...

El Mashe aprobó brevemente:

—Cierto, cierto...

Y quiso contar la historia del sapo que se ufanaba de la gran laguna donde vivía y después se agotó, dejándolo en seco; pero tuvo el temor de no hacerlo bien y calló. Después inquirió trabajosamente:

—Pienso empuñar puallá, que ya vide viniendo onde hay unos alisos... ¿Qué piensasté?

—Güeno... Aunque aura es güeno y malo..., pero, si llueve, resultará...

Se fueron a dormir. Los forasteros acomodaron su cansancio en el corredor, entre sus contadas bayetas y las que les proporcionara la Juana.

Para nadie llegó el sueño fácilmente. Tarde la noche, estaban aún oyendo aullar a los perros y al viento.

XII

«VIRGEN SANTÍSIMA, SOCORRENÓS»

¡Arriba en el cielo están los santos y santas!

Todos los santos y santas del cielo, haciendo sus milagros. Arriba en el cielo, ahora amargo. Y cada santo y cada santa tienen su propia especialidad. Y en cada lugar hay una imagen para pedirle lo que sea necesario. San Isidro hace granar las mieses. Pero no le hablen de lluvias: en eso, por lo menos en las tierras de nuestra historia, es perita la Virgen del Carmen. Pero para prevenir accidentes dentro de las mismas lluvias, ahí está Santa Bárbara. Cuando truena, se la invoca de esta manera:

*Santa Bárbara, doncella,
líbranos del rayo y la centella.*

San Cristóbal es protector de caminantes, y San Nicolás, de navegantes. Éste agrupa sus devotos entre los cholos balseros del Marañón. Santa Rita de Casia es abogada de imposibles, pero comparte responsabilidades con San Judas Tadeo. San Cayetano mantiene la plata y el pan en el hogar. Y así por el estilo. Hemos dejado para el final a San Antonio por ser el más milagroso, campechano, democrático y paciente de los santos. Él es experto en descubrir pérdidas y robos, buscar empleos, concertar matrimonios, curar enfermos, curar pobrezas, curar infidelidades, etc. Además, se contenta con poco: una velita y unas cuantas oraciones. Y todavía, si no concede lo pedido, el defraudado puede tomar contra él medidas compulsivas para obligarlo a hacer caso. Hay quienes lo azotan. Los más lo ponen patas arriba. Otros le hacen oler orines. También, si es que lo tiene, le quitan el traje nuevo. Recibe el debido castigo hasta que el milagro se realice. De lo contrario puede inclusive ser decapitado. Así pasó con el que llevaba en su alforja el abuelo del Simón Robles, que era arriero. La piara de mulas que conducía —nada menos que treinta mulas— se le perdió en las inmensas punas de Callacuyán. Estuvo tres días buscándola. Al cuarto, desesperado, sacó a San Antonio de la alforja, lo puso en el suelo y de un machetazo le cortó la cabeza. ¡Pero no hay que ser impío antes de tiempo! Al subir a un cerro vio que a lo lejos trotaban unas mulas arreadas por un hombre montado, en pelo, en la última de la fila. Avanzaban rápidamente. Llegaron a su lado. Eran sus mulas. Estaban todas, ni una más ni una menos, pero el hombre no estaba. El abuelo del Simón, entonces, comprendió. Y puso de pie al santo y le acomodó como pudo la cabeza, que quedó ladeada sobre el roto cuello, y se arrodilló ante él, llorando y pidiendo perdón. Desde ese día fue más devoto. Por supuesto que hizo soldar la cabeza. La devoción heredose junto con la imagen, que el Simón tenía sobre una repisa rústica en un ángulo del bohío. Y era precisamente esa imagen de cuello

pegado la milagrosa. Otra no valía lo mismo.

Pero aquellos tiempos no resultaban de la incumbencia de San Antonio. Había que ir a postrarse ante la pluvial Virgen del Carmen, cuya efigie se veneraba en la pequeña iglesia de Saucopampa.

Y fue el Simón Robles acompañado de su familia —excepción hecha de la pastora—, del mismo modo que los demás campesinos de la región. Todos los años la Virgen, que era patrona del distrito, tenía su feria y su procesión, pero era tradicional sacarla también cuando no llovía. Y entonces ella traía las aguas. ¡Vaya si lo había hecho siempre! El Simón, que era viejo, sólo recordaba una hambruna que acaeció cuando estaba pequeño y aún pastoreaba ovejas.

En la noche fue el rezo, y el arder amarillo de las ceras en el ara, y el clamor de los rezadores: «Virgen Santísima, socorrenós», y el apretujamiento negro en el reducido ámbito de la iglesia y el olor a humo de sebo y a lana, y el mirar con ojos implorantes a la imagen, y el dormir con sueño lleno de agrarios ensueños en la iglesia, en las casas del poblacho o a campo abierto.

A la mañana siguiente, entrando el día, tuvo lugar la procesión. Resplandecía el sol en un cielo de raras nubes. Y fueron más indios y más cholos —fiesta de color en los trajes y tribulación en los ánimos— trotando por los caminos que se torcían por cuestras, bajadas y laderas, a detenerse en el poblado remanso de la plaza del caserío. Lin, lin, lin, lin... sonaba la campana, llamando a los fieles. Y al fin salió la Virgen, blanca y chaposa, vestida de raso morado orlado de lentejuelas, en una pequeña anda que los concurrentes se disputaban cargar. Erguida, hierática, los grandes ojos de la Virgen estaban siempre clavados en las lejanías, tristes lejanías pintadas de gris por las chacras de siembras agonizantes. Cholos e indios se apretujaban en torno del anda y estiraban una larga masa detrás de ella. Cabezas peinadas o hirsutas. Caras morenas de serio y devoto gesto. Rebozos negros y ponchos morados y habanos con listas de color. Polleras rojas, amarillas y verdes y pantalones negros y grises. En una mano la cera de humosa llama que empalidecía ante el sol espléndido y en otra el sombrero blanco o amarillo. Venciendo el rumor de los rezos tremaba el clamor: «Virgen Santísima, socorrenós». La procesión dejó atrás una calleja y avanzó por un rural sendero, hasta llegar a la loma donde la cruz más famosa de los alrededores abre sus grandes brazos sobre una rústica peña de piedra. Ahí se detuvieron y arrodillaron para rezar: «¡Virgen Santísima, socorrenós!». «Que llueva, que llueva». Retornaron lenta, muy lentamente. Cerraba la marcha una tropa de perros entre los que estaba Pellejo. Los canes miraban el espectáculo con aire de desgano. Era fatigosa la pachorra del paso y, por otro lado, el hambre quita el buen humor. Por allí, en medio de la apretera, estaba desde luego el Timoteo al lado de la Jacinta. ¡Si fueran otros tiempos! Él habría hundido el arado hasta el tope y después dicho a la china:

—Ya hay que comer. Vente conmigo.

La habría tomado por mujer. Pero ahora no era posible. Para peor, ya no la veía siempre. El viejo Mashe se marchó con su familia a la parcela del alisar. Levantó una

casucha allí y roturó, por ver, la seca tierra. ¡Si lloviera ahora! «¡Virgen Santísima, socorrenós!». Quería sembrar el Timoteo. «¡Virgen Santísima, socorrenós!».

La procesión entró muy tarde.

El Simón Robles retornaba a su casa esperanzado, pero también, en el fondo, algo triste. Otras veces, la Virgen concitaba solamente la alegría. Había poco que pedirle y en su fiesta brindaba toda laya de dones en chicha, en comida, en mujer, en baile. Al Simón le gustaba tocar la flauta y la caja y hacer bailar y bailar él mismo cuando otro «maestro» empuñaba los instrumentos. También le gustaba, a propósito de la procesión del día grande de fiesta, contar el singular suceso acaecido en la feria del pueblo de Pallar. Y era que los habitantes de esa localidad acostumbraban llevar anualmente a la Virgen que reverenciaban, en peregrinación, hasta la cumbre del escarpado cerro cercano. La imagen era muy grande y pesada, y el anda, por consecuencia, otro tanto, circunstancias que se juntaban con las de un camino áspero y estrecho para hacer que los cargadores padecieran, jadearan y sudaran a más y mejor en toda la cuesta. Y era un homenaje a la Virgen todo ese esforzado y doloroso afán, por lo que detrás del anda iban las pallas y concurrentes cantando:

*Eso y mucho más
merece la Señora.
Eso y mucho más,
Nuestra Salvadora.*

El camino, ciñéndose a los convulsionados roquedales, resultaba tan quebrado que muchos de los que seguían el anda no la veían, lo que desde luego no era obstáculo para que, haciéndose cargo del sufrimiento de los cargadores, entonaran repetidamente la canción. De repente, uno de los conductores resbaló, vacilaron los otros y, al chocar el anda contra unos riscos, la ligadura que sujetaba a la imagen se rompió. Ésta rodó, entonces, cuesta abajo, rebotando y despedazándose en los peñascos, mientras los cantantes seguían con su tonada:

*Eso y mucho más
merece la Señora.
Eso y mucho más,
Nuestra Salvadora.*

Cuando les fueron a decir que se callaran, la pobre efigie ya estaba convertida en añicos.

Pero ahora el Simón no intentó siquiera traer a colación su historia. Marchaba, como ya hemos dicho, con el ánimo atristado. No llevaba en la boca la alegría de la palabra jocunda ni el dulce y fiestero sabor de la chicha. Ácima era la oración y acaso únicamente sabía a sangre de padecimientos. Con todo, tenía confianza, y la perspectiva del aguacero lo entonaba. ¡Era tan milagrosa la Virgen!

Su mujer y sus hijos iban tras él, en silencio. Pellejo caminaba mirando el suelo.

Un viento seco y polvoso los ahogaba a ratos. Lejos, muy lejos, por las cumbres del sur, avanzaba una ancha y densa nube.

«¡Virgen Santísima, socorrenós!».

XIII

VOCES Y GESTOS DE SEQUÍA

—No llueve —dijeron los campesinos a los diez días de la procesión. Las sementeras habían muerto ya, pero ellos aún deseaban la lluvia. Se podía sembrar de nuevo. Todavía era tiempo de que germinara el grano, y más si lo mojaba la esperanza del hombre.

Y una noche fue lo maravilloso. Los oídos escucharon la ansiada voz de la lluvia. Caía larga y pródiga, esparciendo un grato olor a tierra. Cuando llegó la mañana, continuaba azotando dulcemente los campos. Y los hombres uncieron de nuevo los bueyes, empuñaron la mancera, abrieron surcos y arrojaron semilla. El corazón, sobre todo, es una tierra siempre húmeda y fiel.

Asomaron otra vez las tiernas plantas, como si estuvieran gozosas de surgir a un mundo que las esperaba. La lluvia no cesó durante muchos días. Todo prosperaba. ¡Virgen del Carmen milagrosa!

Pero el dolor, el hambre y la muerte son azotes supremos. El cielo tornó a despejarse, la tierra a quedarse sin jugos y toda la vida a padecer.

Corrieron los días en medio de una inútil espera. Una tarde, el Simón Robles fue al redil y estuvo contemplando el rebaño. El año anterior comieron y vendieron mucho ganado esperando que el siguiente no habría necesidad de hacerlo. Y he ahí que sólo restaban menos de cincuenta pares y la lluvia se fue.

¿Tendrían que comérselas todas? ¿Se quedarían sin lana para las bayetas? Le dieron pena las pobres ovejas tiradas allí, sobre el suelo, dulce y sencillamente, ignorantes de su suerte. Después caminó hacia la choza de los perros y se entretuvo con ellos un rato. Estaban flacos por lo mal comidos; sin embargo, lo recibieron moviendo cariñosamente la cola. Wanka parió dos veces más y las crías siempre fueron al agua. ¡Pobre Wanka! Después de todo, estuvo bien hecho.

Al otro día el Simón ensilló a Cortaviento —la falta de pasto contribuyó a que fuera más gráfico el nombre— y se marchó a los potreros. Inútilmente buscó a su vaca todo el día: no la encontró. Era evidente que habían llegado los malos tiempos. Retornó al bohío como una sombra.

Pero aún hubo lugar a la esperanza. El cielo se entretenía en jugar con el corazón de los hombres y el vigor anheloso de la tierra. Llovió otros pocos días. Las murientes siembras se reanimaron, cobrando lozanía y tratando de erguirse. Pero no pudieron persistir en el empeño. La sed vino de nuevo y se rindieron al fin. El Simón subió al terrado un gran cántaro y dos enormes ollas. Los colocó en un rincón y lentamente, como si cumpliera un rito, los llenó de trigo, arvejas y maíz. Cuidadosamente tapó las bocas con mates de idéntico tamaño y, después de mirar las trojes casi exhaustas, bajó y dijo a la Juana:

—Hey guardao la semilla.

Todo quedaba expresado con eso. La Juana sintió dentro de sí una desesperación que la hubiera hecho, de ser posible, regar los campos con sus lágrimas. Pero continuó realizando serenamente sus tareas junto al fogón, la carnosa boca contraída en un gesto firme, y se limitó a responder:

—Güeno.

Y vinieron, inexorables y agobiantes, los largos días de sequía. Los hombres y los animales no estaban solos deplorándolo. Toda la naturaleza profería las fatales palabras de la sed y la muerte.

Un viento silbante cruzaba la puna llevándose las nubes, levantando terrales y rezando largos responsos entre las hojas mustias de los árboles. «No llueve», gimió un agonizante hilo de agua desde lo más profundo de un cauce. «No llueve», repitieron los alisos de las orillas, dejando caer sus hojas y contorsionando sus brazos. «No llueve», corearon las yerbas, desgredándose, amarilleando y confundándose con la tierra. Hasta el caserón de la hacienda llegó la voz. «No llueve», admitieron los altos y severos eucaliptos que lo rodeaban, haciendo sonar sus hojas con un ruido metálico.

Un sol bruñido resplandecía en un bello cielo azul. Se vivía bajo una cubierta de cristal que hubiera sido alegre de no haberse tenido la visión de la tierra. Ésta comenzaba a pintar por encañadas y laderas, por lomas y bajíos, con yerba muriente y esqueletos de árboles, una desolada sinfonía en gris.

Y siempre el viento levantando remolinos de polvo y hurtando las nubes para conducir las más allá de los últimos picachos, quién sabe hacia dónde. Y siempre el sol rutilante y ardiente de crepúsculo a crepúsculo. Y de crepúsculo a crepúsculo, siempre el primoroso cielo que sonreía a la desolación.

Las noches parecían interminables. Nunca fueron tan negras, nunca tan hondas. Mugía el viento esparciendo un olor a polvo, a disgregación, a cadáver. Si salía la luna, frente a la naturaleza muerta, ante los árboles mustios o deshojados, fingía presidir una reunión de espectros.

La sequía cargaba «helada» por las noches y las chacras fueron pronto sólo pardos mantos. En los surcos porosos, ni un solo vagido en aquel dulce verde tierno de la planta recién nacida.

Hombres y animales, en medio de la tristeza gris de los campos, vagaban apocados y cansinos. Parecían más enjutos que los árboles, más miserables que las yerbas retorcidas, más pequeños que los guijarros calcinados. Sólo sus ojos, frente a la neta negación del cielo esplendoroso, mostraban un dolor en el que latía una dramática grandeza. Tremaba en ellos la agonía. Eran los ojos de la vida que no quería morir.

XIV

«VELAY EL HAMBRE, ANIMALITOS»

Marchaba el tiempo agravando el mal con su indiferente regularidad. El agua era un pequeño hilo en lo más hondo de las quebradas. Don Cipriano renunció a represarla para regar sus sembríos. Las mujeres tenían que ir con sus cántaros a buscar entre los pedrones y guijarros de los ónices la que se necesitaba para beber. Y se sabía que abajo, en las riberas del Yana, donde prosperaban la coca y las naranjas, los hombres morían en las tomas de agua disputándose a tiros y puñaladas el escaso caudal que lograba reunir el río.

Un día don Rómulo sugirió:

—Señor, quién sabe el Gobierno...

—¿El Gobierno? —gruñó indignado don Cipriano—, usted no sabe lo que es el Gobierno. Desde Lima se ven de otra manera las cosas. Yo he estado allá. Una vez hubo hambruna por Áncash, y al Gobierno le importó un pito. El subprefecto, si no es una bestia, debe haber informado ya. Le apuesto a que el Gobierno no hará nada...

Después de tan contundente réplica, don Rómulo no volvió a remover el asunto, y, desde luego, siguió retorciendo su bigote.

El Simón, entretanto, mandó a su hijo donde la Martina, y a su vuelta tuvieron el siguiente diálogo:

—No quiere venir... Están comiendo las ovejas. Trigo no tiene. Dice que ya será tiempo e quel Mateyo güelva...

El Simón se limitó a decir:

—¡Güelva!, ¡china zonga! Le llevarás un almú e trigo...

El ganado había roto impunemente las cercas —¿por qué oponerse?— y discurría por las chacras en su afanoso husmear inútil. Antes, el ingreso a ellas significaba el hartazgo. Ahora, después de un prolijo recorrido, había que convencerse de que afuera se estaba menos mal.

Las vacas mugían soñando promisorios puntos distantes y echaban a andar, a andar, pero se daban con que, sin duda, la verdura quedaba siempre tras las más lejanas cresterías. Retornaban luego con las cornamentas más bajas y los costillares más pronunciados bajo la piel terrosa y opaca.

Las cabras —don Cipriano tenía una gran manada— escalaban pedrones y riscos para pasear su inquietud por los campos a través de ojos azorados. Su travesura y gusto por los equilibrios les proporcionaron, alguna vez, un buen bocado de la rara yerba seca que aún persistía en alguna grieta de las peñas. Pero, de ordinario, su encumbramiento sólo les mostraba en más nítida forma la extensión del azote.

Las ovejas, discretas, tirábanse a acezar a lo largo de las sendas. Un inquieto relincho de potros estremecía los picachos desnudos y los magros perros comenzaron

a enfadarse y ladrar. Ladraban hacia el horizonte, hacia el cielo, hacia alguna sombra espectral.

La hambruna mordía los vientres con voraces e implacables mandíbulas. Los campesinos visitaban, una y otra vez, el caserón de la hacienda. Siguiendo el consejo de don Cipriano, habían guardado todo lo que se podía, pero ya no alcanzaba. Desde luego que la situación de los fugitivos de Huaira era aún más triste que la de los colonos. Es verdad que el indio, si cuando está en francachela es insaciable, se contenta con unos cuantos bocados en la escasez. Pero, de todos modos, su reducida dotación se terminaba ya. Los otros comenzaron a verlos con ojos cargados de sospechas. Cerrose la mano abierta de los primeros días. Y sus trajines por los campos provocaban un hostil recelo.

Don Cipriano, si eran muchos los pedigüeños, se negaba tozudamente a darles ningún auxilio:

—No, no hay nada, no tengo ni para mí...

Pero hacía quedar a alguno y, sigilosamente y como a escondidas, le llenaba un lado de la alforja con cebada. Después le decía, para hacerle creer que se trataba de una atención especial:

—No lo digas. Lo hago contigo solamente...

Era mucho gallo don Cipriano.

Pero la demanda arreció, pese a todo, y el hacendado tuvo al fin que negar de veras. Vivía rodeado de imploraciones y lágrimas, y él mismo, que siempre había tenido el corazón animoso, se acobardó. Esto le hizo ser menos asequible todavía.

Por lo demás, el hambre había vuelto a cholos e indios más estáticos. Sentados a la puerta de sus chozas mascaban coca —si la tenían— cambiando monosílabos lúgubres. Ellos solamente saben sembrar y cosechar. El ritmo de su vida está ajustado netamente a la tierra. Y aquella vez, por eso, estaban muriendo pegados a la tierra.

Pero si para el hombre es triste el hambre, lo es más para el animal. Las vacas habían resuelto el problema con cactus y pencas. Espinosos y amargos eran, mas el clamor íntimo de la vida no admite evasivas. Las cabras ramoneaban chamiza, y ovejas y caballos hacían valer el ichu reseco y punzante. Pero los perros se sintieron perdidos. En la mayoría de las casas su ración fue suprimida. Tuvieron que lanzarse a los campos y aparecieron las primeras tropas deambulando sin sosiego tras su insatisfecho anhelo.

Wanka y los suyos seguían sirviendo a sus dueños. Puede decirse que éstos compartieron su pobreza con ellos. Y hombres y perros enflaquecían más y más. El Simón Robles olvidó sus relatos. También dejó a la flauta y la caja en su sitio: aquella en la repisa, junto a San Antonio, y la otra colgada por allí, perenne luna llena en la negrura de un rincón. Porque llegó la fiesta de Saucopampa y, además de que acudieron pocos, fue solamente rezada. Qué se iba a comer ni beber, si alimento no había, y chicha se hace de maíz y no de piedras. Qué se iba a tocar si la única tonada era la fiera del viento. Qué se iba a bailar ni cantar si ya no había corazón. La Virgen

hallábase olvidada de sus hijos, lo mismo que San Lorenzo, el santo patrón de Páucar. La capilla de éste, situada al lado de la casa-hacienda, estaba siempre abierta y los campesinos acudían a pedirle tanto como a don Cipriano. Un día fue a rezar la Juana y volvió muy asustada. Era que la imagen tenía ante ella, tradicionalmente, un manojo de espigas. Los campesinos se lo ofrendaban todos los años, pues para ellos son las espigas las más bellas flores que florece la tierra. Y ya no estaba allí el granado haz.

—Impíos —gruñó la Juana.

—Si consintió que luempuñaran, jue que quiso —argumentó el Simón, calmando a su mujer.

La Vicenta olvidó el tejido que estaba haciendo, y bien hubiera deseado el Timoteo olvidar a la Jacinta. En cuanto a la Antuca, seguía conduciendo el ganado acompañada de los perros. Wanka, Zambo y Pellejo trajinaban siempre tras el rebaño, pero su paso era cansino y desgano su ladrido.

Un día la Antuca se acordó de cantar:

*El Sol es mi padre,
la Luna es mi madre,
y las estrellitas
son mis hermanitas.*

Pero no sonó como antes su voz. Se asustó de su propio canto. Y con el sentimiento panteísta de su ancestro indio, entendió que las oscuras y poderosas fuerzas de la naturaleza se habían puesto contra el animal y el hombre.

—Nube, nube, nube...

—Viento, viento, viento...

No, ya no era lo mismo que antes. Subían las nubes a empequeñecerse y marcharse por la inmensidad de los cielos en alas del viento. Antes era densa y pesada la niebla, y la envolvía tan ceñidamente, que a veces, al tirar del copo blanco y dar vueltas al huso, la Antuca creía estar hilando niebla. Mas ahora apenas si ascendía un poco del río Yana para desaparecer. Y el viento, que otrora traía las nubes y era anuncio de lluvia, se las llevaba hoy mascullando blasfemias sobre la eriaza tierra.

Desamparados estaban el animal y el cristiano.

Para peor, ya no acudía el Pancho a tocar en su antara los wainos, y el Manchaipuito cada vez apareció con menos ovejas y sin duda él y su familia terminaron por comérselas todas.

¡Y era tan bueno estar con el Pancho! Pero, en verdad, ella ya no tenía nada que darle. Había soñado con ser grande y de anchas caderas y redondos pechos, como la Vicenta en los tiempos de trigo, y amarlo vigorosamente y tener hijos. Pero el hambre hasta la empequeñeció. Bajo el tocuyo de la blusa y la bayeta de la pollera se encogía una osamenta descarnada. Sus grandes ojos brillaban tristemente y parecían más grandes aún en medio de una cara pálida de mejillas chupadas. Se vio entera en los

perros. Wanka, Zambo y Pellejo, muy flacos, los hocicos agudos y los ijares contraídos, tenían los ojos fulgurantes. Las ovejas de vellones raquíuticos, melancólico mirar y débil paso, estaban en una triste situación también.

Y dijo la Antuca una tarde en que sintió más que nunca la negación de la naturaleza, su propio dolor y su soledad y los del ganado, resumiendo todas las penurias:

—Velay el hambre, animalitos...

XV

UNA EXPULSIÓN Y OTRAS PENALIDADES

El animal ama a quien le da de comer. Y, sin duda, pasa lo mismo con ese animal superior que es el hombre, aunque éste acepte la ración en forma de equivalencias menos ostensibles. De allí el antiguo gusto por los amos. Y seguramente el sentimiento de la querencia no es otra cosa que el recuerdo físico, la adhesión primaria a la tierra, el agua, el aire y todas las cosas que hicieron vivir. Después de todo, el hambre es una contingencia vital y así resulta completamente lícita la búsqueda del alimento. Pero el animal de presa se ha acobardado, la aspereza del camino le royó las garras y la zarpa tornose cuenco. En una ligera vuelta de la muñeca se encuentran condensados muchos capítulos de la historia.

Mas los tiempos trágicos son pródigos en resurrecciones. Y en aquellos de nuestra historia la zarpa reapareció. Comenzaron a deslindarse fronteras entre hombres y animales, y entre hombres y hombres, y animales y animales. Pero en la casa del Simón Robles persistió aún por mucho tiempo la solidaridad entre quienes daban el alimento, pues, desde luego, darlo es también cuidarlo. Perros y gentes se aglutinaban todavía en la desgracia. Mas la ración era de hambre y, poco a poco, el sentimiento de fidelidad se relajó. Este fenómeno lo conocen bien los gobernantes y patrones — amos de calibre mayor—, y no lo ignoraba el Simón, que en otros tiempos había también sufrido y visto sufrir la carencia de alimentos; pero no iba a convertir en harina la arena.

Y así pasó.

La Antuca estaba pastoreando en las alturas, si es que pastorear puede llamarse el hecho de conducir el ganado para que deambule en medio de una reseca paja cercenada hasta las raíces.

Sentada, hilaba un copo parco y, a su lado, Zambo acurrucaba su flacura, dormitando. Éste abrió los ojos de repente, irguió las orejas, husmeó, y blandamente, con cauteloso paso, se escurrió del lado de su dueña. Ella, al notar su ausencia, lo llamó. No encontró dóciles oídos su voz. Alarmada, se puso de pie y advirtió también la ausencia de los otros perros.

—Wankaaa..., Zamboooo..., Pellejo...

¿Ella y el ganado se habrían quedado solos? Subió a un pedrón y los vio metidos en la cómplice oquedad de una hoyada. Fue corriendo y no quiso creer lo que pasaba. Habían muerto una oveja y se la estaban comiendo. Regañó a los perros, gesticuló, alzó la rueca, pero todo fue en vano. A sus gestos y voces respondían con gruñidos sordos y seguían atragantándose vorazmente. Ya no era la dueña quien daba de comer. Era la que quitaba. Wanka, inclusive, ladró enfurecida.

La Antuca, asustada, arreó el ganado sola y llegó llorando a su casa.

Los perros no soltaron su presa hasta muy tarde.

Wanka fue la que inició el festín. Estaba tendida en la hoyada para defenderse del viento —su debilidad le descubrió el frío— cuando acertó a llegar una gran oveja. ¿Qué fiebre súbita le caldeó el cuerpo y la aventó sobre el descuido y la inocencia de su víctima? Olvidó las viejas y maternales tetas. De una pechada tumbó a la oveja y ésta no tuvo tiempo ni de balar, pues un feroz mordisco le rompió el cuello. Wanka procedió como si hubiera estado acostumbrada a hacerlo y no se sorprendió de su pericia ni de su éxito. Percibiendo el gusto y el calor de la sangre, mordió vorazmente y la primera lonja de carne tibia fue destrozada por sus fuertes mandíbulas. Sintió como si sus colmillos y lengua y cuerpo entero asistieran a un banquete ancestral, envuelta como estaba en el vaho cálido de la sangre que borbotaba empurpurando el suelo. Luego apareció Pellejo y por último Zambo. Cuando la Antuca se mostró regañando y amenazando, no consiguió otra cosa que molestarlos. Era terriblemente alegre empapar en la sangre el hocico y ajustar los colmillos rompiendo huesos, domeñando la elasticidad de los tendones y ablandando la magra carne, y tragar, tragar hasta sentir pesada la barriga y que un nuevo calor recorría el cuerpo y una nueva energía lo entonaba. El tiempo nada significaba ya. Allí comían tres perros de la época de la cueva ante la pieza cobrada en los vastos campos abiertos al afán nómada. Hasta que se llenaron. Entonces vino la serenidad y el advertir que el rebaño no estaba, y que era muy desolada la puna sin él, y que tenían una solemne y sobrecogedora tristeza los picachos sombríos. Wanka tomó silenciosamente el camino de regreso y los otros dos la siguieron. Pese a la llenura y la fortaleza, no era alegre la marcha sin manada que arrear. Uno tras otro, a trote corto y un tanto pesado, descendieron hasta las inmediaciones de la casa. Se detuvieron llenos de indecisión. ¿Llegarían? Era la hora de la comida. Tenían temor y al mismo tiempo deseo de entrar, de ocupar su sitio ante la batea de la merienda y después, como todos los días, su puesto en el redil, sobre la paja. Pero ya no era como todos los días. Habían sido criados para cuidar, su vida entera lo hicieron así, y de pronto dieron, sin comprenderlo casi, la muerte. Sin duda una nueva actitud tomaría el hombre.

Aún no había llegado la noche, pero una afilada media luna se engarzaba ya en la algodonosa blancura de una nube.

Después de mucho, se fueron acercando a la casa, con paso blando y medroso, la cabeza gacha y la cola caída. El Simón estaba sentado en el corredor. Llegaban con los hocicos rojos y los vientres llenos, colgantes, ahítos. Tomó un grueso bordón que tenía a su lado y se les fue encima. Gritaron ellos huyendo ante los garrotazos y él soltó interjecciones y los persiguió, acompañado por toda su familia, que apareció rápidamente armada de leños. Los perros se detenían y trataban de volver humildemente, pero hombres y mujeres reiniciaban el ataque y los corrían hasta muy lejos. Como para que no les quedara ninguna duda, les tiraron piedras, y la buena puntería del Timoteo se lució en las costillas de Wanka. Cuando cayó la noche, los perros se reunieron y trataron, una vez más, de volver, de ganar nuevamente al

hombre o la casa o por lo menos el redil para sí. Y no porque en ese momento pensarán en seguir comiéndose a las ovejas. Pero velaba el hombre. Recordó el Simón que en la pasada hambruna, cuando los perros comenzaban a devorar el ganado, había que matarlos o echarlos, pues, de lo contrario, lo hacían siempre que tenían hambre. Era necesario, pues, obrar con rapidez y energía. Y por eso se encontraba allí todavía, de pie en un extremo del corredor, el garrote en la mano, vigilando.

Wanka y los suyos lo contemplaron un momento y, comprendiendo al fin, cambiaron de camino. Frente a ellos estaban los anchos campos.

El indio Mashe había levantado su choza, como hemos dicho, en la parcela que eligiera junto a un conglomerado de alisos. Estos retorcidos árboles jalquinos —higueras de los Andes— proporcionan leña, pero qué cocinar no había. La fogata alumbraba, en un pequeño bohío de techo pajizo y paredes de ramas, a cuatro comensales en espera.

Llegó esa vez el indio Mashe más triste y cansado que de ordinario. La existencia le pesaba ya como una carga de piedra en las espaldas.

—Nuay nada... Yel patrón no quiere dar nada... Nuay nada...

Lentamente sentose a la puerta de la choza y para disimular la crispación de sus manos se cogió las rodillas. Y de su silencio alzose la voz de la tragedia —dolor de tierra y tiempo—, que era toda su vida.

La Jacinta tuvo pena y salió a buscar algo. No se crea que iba a venderse. Las indias que se entregan en los campos no lo hacen por plata. Se acuestan sobre la ancha tierra y, mirando el cielo azul o las estrellas, reciben al hombre noblemente y una ruda y pura voluptuosidad les alumbra la vida. La Jacinta iba en busca de lo que cayera estirando la mano ante cualquier puerta. Le habían dado cebada algunas veces. Quizá ahora, otra vez...

En el camino tropezó con una gota de sangre. Husmeando, husmeando, algo le dijo que no era sangre de hombre aquélla. Y, con el instinto del animal que presiente la presa, se puso a buscar por el campo. Una gota y otra. Sí, en esa dirección era. Corrió. Allí —rojos y blancos— estaban los restos de una oveja: lanas, gualdrapas y huesos revueltos. Después de vacilar un poco, los colocó en el rebozo y luego se echó el atado a las espaldas.

Al viejo Mashe le brillaron los ojos. Cuando la Jacinta relató detalladamente su hallazgo, él dijo:

—La mataron perros de juro... Apostaría mi viejo cogote aunque no vale pa nada...

Y pusieron las presas al fuego. Arrancaron las piltrafas de carne y royeron los huesos. El viejo Mashe se procuró dos piedras y los trituró para sorber el tuétano. Cuando llegó la noche y las sombras apretujaron el bohío, ellos continuaban aún

mordisqueando y chupando lenta, afanosamente...

Al siguiente día, Wanka y los suyos recordaron su presa. Desde luego que sólo hallaron una sangre que el sol y la tierra consumían ya.

A buscar qué comer, entonces. ¿Dónde?

Así quedaron abandonados a la angustia sin término de los caminos de la hambruna.

XVI

ESPERANDO, SIEMPRE ESPERANDO

Un tiempo lento, el tiempo del dolor y los pobres, pasó sin traer al Mateo Tampu. Aunque, en verdad, parecía que sólo ahora era la época de la vuelta. Quizá. La Martina no sabía realmente cuánto se demoraría, pero pensaba que ya iba a retornar, que cualquier día lo verían ascender la cuesta, con el mismo trote vigoroso de otrora. A lo mejor, los cerros lejanos sentían ya sobre sus espaldas el paso anheloso del viajero. Estaría haciendo grandes jornadas, sentándose un momento para tomar aliento y reiniciando tercamente la marcha otra vez. Saldría a los senderos con el alba.

Y esperando, siempre esperando, la Martina resistió silenciosamente el azote de la sequía. Podría vivir aún. No era cosa de marcharse ahora que él iba a volver. Ella y los hijos y el perro y la tierra lo habían extrañado mucho. Pero ya estaría allí de nuevo y, como el agua de la lluvia, inundaría la vida de contento.

El más pequeño de los hijos crecía trabajosamente. La china lo amaba con la profunda ternura que inspira a las madres el hijo desgraciado, pues él, de los dos, era quien más sufrió la inclemencia del tiempo y los hombres. Apenas hablaba y no podía andar mucho. Pero ya tenía voz para decir «taita» y lágrimas que llorar no le habían faltado. Y la Martina, viendo su miseria, pensaba en que debía volver el Mateo. Todos lo amaban y esperaban. Tenía que volver.

Y pensemos nosotros que tal vez el Mateo Tampu, allá abajo en la costa, sufriendo el despotismo de cabos y sargentos, perdido en el anonimato de las filas en marcha o dolido en la barra del calabozo, se consolaría sintiendo ese lejano y esperanzado cariño. O tal vez murió palúdico, o desertó, y temeroso de la persecución no volvió por sus mismos lares, o se quedó por allí, olvidado y olvidando. El llano tiene más caminos que el Ande y es fácil extraviarse, pues faltan rudas cuestas para animar la beligerancia de los tendones y nítidas señales en el horizonte para dar un sentido fijo a la marcha.

Pero la Martina no sabía nada de esto; el Mateo era aún huella en su carne y su vida, y con esa lealtad de los seres que tienen una intimidad sencilla, lo aguardaba pacientemente. Al comienzo sufrió la soledad su cuerpo vigoroso, lleno de voluptuosas corrientes que deseaban cauce. Pero la escasez trajo el hambre y la flacura, y la lumbre erótica apagose en la sangre lenta y el músculo magro. Las fuerzas se agazaparon en los últimos rincones vitales para economizarse y resistir.

Pero ya no quedaban más que una oveja en el redil y una lapa de trigo en el terrado.

Y una mañana dijo la Martina al Damián:

—Voy pa Sarún onde los taitas del Mateyo. Voy a pediles comida. Juera onde mi

taita, pero no tendrá. Comel trigo. Si me tardo y se tiacaba, llama onde ña Candelaria y matan la oveja. Te llevara, pero es güeno questés aquí si llega el Mateyo. ¿Tiacuerdas? Sí. Y si me tardo más tuavía y no tienes qué comer, ándate pa onde mi taita, ño Simón... El río no tiene casi agua y podrás pasar...

Se quedaron silenciosos ambos, y la Martina agregó, como retando a la adversidad:

—Sí vendré... Tamién vendrá tu taita...

Y se marchó llevando a cuestas al hijo más pequeño. Su cuñada, que se había ido hacía tiempo, fue quien le dijo que los padres del Mateo tenían abundante comida en Sarún.

El Damián y Mañu estuvieron viendo mucho rato cómo la Martina desaparecía a lo lejos. Por fin el Damián se puso a tostar trigo en una callana y después se lo comieron ambos, rumorosamente. Agua les proporcionó el cauce pedregoso de las cercanías a fuerza de hundir en los pozos las manos hechas cuenco y la lengua reseca. Y luego la cordillera toda les dio soledad.

Niño y perro se acompañaban en medio de un mundo árido y hostil, porque la oveja de la majada, de ojos vencidos y cuerpo abandonado sobre la tierra, pertenecía ya a ese mundo o, por lo menos, no se le oponía.

Llegó la noche, y subieron a la barbacoa. Mañu quiso acomodarse a los pies del cholito, pero éste lo hizo echarse a su lado y, mientras el perro estuvo despierto, fue un consuelo el fulgor amarillo de sus ojos en la densidad oscura de la noche. Hablaba ésta con mil voces misteriosas. Cuando la Martina estaba en el bohío, el Damián se durmió pronto y no pudo escucharlas. Pero ahora llegaba a su sobrecogida vigilia el mensaje torvo de la extraña vida que tiene lugar entre las sombras. Mugía el viento, portando chasquidos y rumores confusos y distantes. Alguien pasó llorando por el camino. Gemían sus padecimientos seres atribulados y uno de ellos avanzaba, arrastrando sus pasos, y ya golpeaba el bohío haciendo crujir la pared de cañas y barro. Baló la oveja y Mañu despertose y salió a ladrar. Lo estuvo haciendo mucho rato. ¿Era un ladrón? ¿O el zorro? ¿O un ánima condenada a penar? Al fin retornó el perro y la extraña vida continuó afuera. Era un concierto de llantos y quejidos que no terminaba, una ronda de entes doloridos que se refugiaban en la sombra para deplorar sus terribles padecimientos. Y cada vez estaban más cerca, más cerca, sin duda para matar o incorporar al Damián a su penar doliente aprovechando que era un pequeño niño abandonado. A ratos llamaba:

—¡Mañu..., Mañu!

El perro abría los ojos, atisbaba un momento y volvía a dormirse. Al fin el amanecer espolvoreó una incierta blancura y la fantástica población alejó sus quejas. La vida cobró un nuevo sentido y, en brazos de una consoladora confianza, el Damián se durmió. Y despertose cuando el sol estaba ya muy alto y brillaba en la comba lustrosa del cielo y la tierra parda.

Sin madre, él era muy frágil, y qué duro el mundo. Sólo ahora percibía el

significado de la separación, y quiso llorar, pero se contuvo. Una porfiada lágrima brotó, sin embargo, y se la limpió con la punta del poncho. Menos mal que no había ninguna huella de la ululante ronda de la noche. Tendría que preparar el trigo de nuevo. Lo herviría esta vez. Aunque no, lo tostaría siempre, porque es más rápido. Y, una vez preparado, comieron el trigo. Después fueron al redil. Andaba desganadamente la flaca oveja. Se detuvieron a orillas de la quebrada, un lugar desde el cual se podía ver la casa. La oveja mordisqueaba chamiza y las contadas hojas mustias de los arbustos, cuyas raíces podían extraer humedad del enjuto cauce. Verdeaban algunos cogollos, y el Damián los arrancaba para dárselos. La oveja, como si estuviera espantada por el azote, comía medrosamente. Mañu tendió su cansancio sobre la tierra, pero manteniendo la cabeza erguida y vigilante. El pequeño — recordemos que, a la fecha, tendría nueve años— se puso a hacer un atado de leña, lentamente, pues no había apuro y la tarea resultaba fácil dada la abundancia de madera seca. Cuando lo tuvo listo, ya era pasado el mediodía. La oveja, fatigada, se había tirado al suelo, y entonces sentose él junto a Mañu. Miraron toda la tarde el mustio paisaje. En las faldas peladas de los cerros se levantaban algunos prietos bohíos. El más cercano era el de doña Candelaria, vieja encorvada y flaca, cuya cara morena tenía más grietas que la seca tierra. Se lo pasaba tosiendo tan golpeadamente que podía oírse desde lejos. Además de toser, regañaba a un perrillo negro que le calentaba los pies. El Damián y Mañu la vieron dar vueltas en torno a la choza, mascullando quién sabe qué enojos, y, por último, sentarse a la puerta. Perro y dueña formaban un solo bulto negro, en el cual blanqueaba la cabeza canosa de ella. Allí estaba, cuando no tosía ni regañaba, hablando en tono quejumbroso con un inexistente auditorio. Gesticulaba y trataba a toda costa de que se le entendiera claramente. Sus oyentes parece que no alcanzaban a discriminar todas las cuestiones, y entonces ella volvía a la carga, alzaba la voz y agitaba el bordón. Por último se puso a pelear. Movía los brazos bajo el flotante rebozo oscuro. Irguióse de repente y blandió el garrote. Como el enemigo se fue corriendo, ella le mostró el grueso palo y después lo dejó caer dos veces haciendo retumbar el suelo.

—Así, así, diun solo palazzo... —amenazó.

Ya era tarde, y el Damián y Mañu, arreando la oveja, volvieron a su bohío. El chico cargaba el atado de leña y un poro de agua que puso a llenar, durante todo el día, al pie de una piedra de la cual caían lentamente gotas. El fogón ardió y la callana brindoles nuevamente la morenez sabrosa del trigo tostado. El sueño vino más fácilmente aquella noche y, quizá sí, quizá no, lloraron las penas.

Y así, un día y otro. Doña Candelaria estaba discutiendo y peleando siempre con alguien. El trigo mermaba, y ni la Martina ni el Mateo aparecían por parte alguna. Una noche, Mañu saltó de pronto ladrando violentamente. Se escuchó el golpe seco de un palo. Dio un grito y calló. Después baló la oveja y sonaron unos pasos alejándose rápidamente. El Damián salió lleno de miedo a ver lo que pasaba. No pudo distinguir más que sombra. Una palabra sonó a distancia. Después buscó a

Mañu y lo encontró tendido largo a largo. Pero tenía el cuerpo cálido y respiraba. El Damián estuvo a su lado, acurrucado dentro de la inmensa noche, esperando que le volviera la vida. Nada podía hacer sino acariciarlo blandamente y repetir bajito: «Mañu, Mañu», porque el hablar fuerte podía señalar su presencia a los malos de toda laya que pueblan la sombra. Jadeó después de mucho rato el perro, dio un gemido y tranquilizose, sintiendo la cercanía del Damián. Éste le palmeaba la cabeza y el lomo peludos: «Mañu, Mañu». Por fin se pusieron de pie y se levantó también el día.

Pero no había oveja que cuidar, y la luz les sirvió solamente para proporcionarse la ración esperada siempre, desde hacía tanto tiempo que ya no se podía contar. Por hacer algo fueron a recorrer las cercanías. Doña Candelaria ya no estaba a la vista. ¿Se quedó en el interior de su choza? ¿Se fue? El Damián recordó las peleas con los seres invisibles que la importunaban diariamente y tuvo miedo de ir a ver lo que había pasado. Quizá estaba sobre la tarima, yerta, por haber sido estrangulada mientras dormía. ¿Y el perro? Sin duda no se apartaba de su lado, cuidándola. De todos modos, al Damián le pareció que no convenía ir hacia esa casa, y no fue. Nosotros, por nuestra parte, preferimos ignorar lo que pasó a la pobre vieja. Sin duda murió de hambre. Pero la mística de las montañas hacía en esos tiempos su misterio del dolor, de la desolada inmensidad y las secretas causas de la sequía. El Damián, al negarse a aclarar la desaparición de doña Candelaria, no hacía sino resistir con sus pequeñas fuerzas de niño el sorbo oscuro de la fatalidad.

Al día siguiente se terminó el trigo. Agua no más había ya, agua de la calabaza, recogida gota a gota. ¡Mama! ¡Taita! Los largos caminos estaban siempre solos. Un día, no sabemos cuál, el Damián fue hasta la loma:

—Ña Candelaria —llamó varias veces.

«A-aaa», «a-aaa», le contestó débilmente el eco. Todos los campos estaban silenciosos y las lejanas chozas parecían también sin gente o con gente muerta adentro. ¡Mama! ¡Taita! Velay que únicamente había soledad. Y Mañu, el pobre Mañu, que tenía un aire tan solidario y también tan triste. El hambre dolía en la barriga y hacía ver azul. Al principio producía una atroz angustia, una perenne inquietud agobiante. Pero después se hizo laxitud tan sólo y aflojó los músculos. Había que estarse en la barbacoa, bebiendo de cuando en vez el agua de la calabaza.

¿Cuántos días? ¿Cuántas noches? El tiempo desapareció como luz y sombra ante unas débiles y entrecerradas pupilas. Solamente se le sentía, en cuanto significa de percepción vital, en el aullido del viento. Un obstinado viento que tremaba y ululaba sobre el bohío y daba al Damián el sentido de una existencia que, en medio del silencio, tal vez se habría ignorado a sí misma.

Pero un día abrió los ojos con todas las fuerzas que le quedaban y vio la luz. Frente al bohío pasaba el camino. Y recordó nuevamente a la Martina. «Matarán la oveja, y si me tardo tuavía y no tienes más que comer, ándate pa onde mi taita». No

había podido, en verdad, matar la oveja, pero ya estaba muchos días sin comer y podía irse. Salió de la choza seguido del perro. Largo y quebrado era el camino. Él lo había recorrido hacía tres años, cuando fueron una vez a la novena de San Antonio que hizo el Simón, pero ya no lo recordaba bien. De todos modos, se echó al camino abandonándose a su instinto. Y es seguro el instinto del nativo, sobre todo para descifrar senderos en medio de la fragorosa inmensidad de los Andes. Le flaqueaban las piernas y las ojotas chocleantes producían un ruido irregular. Venía el viento a desplegarle y tironearle el poncho a la vez que se lo llenaba de polvo. Mañu caminaba tras él o a su vera, macilento y cansado. Sentáronse a reposar un momento y luego continuaron la marcha. Pero una fatiga cada vez más intensa doblaba las piernas del Damián. Largo y quebrado era el camino. Allí había una piedra al pie de un árbol escueto. Y la costumbre le hizo sentarse bajo el árbol y no en otro sitio, aunque las ramas desnudas no proporcionaban ninguna sombra.

Alto, qué alto era el cerro Huaira. Y todavía más alto el cerro Rumi. Y más aún el Manan, que sobresalía del conglomerado azul y negro de montañas que corría hacia el norte ajustándose y atropellándose como una punta de ganado a la que arreará un conductor de activa fusta. Al Damián le fallaron los ojos, un súbito frío le ablandó todo el cuerpo y cayó a tierra. Sintió un lejano rumor de campanas. Su compañero lo miraba, inquieto.

—Mama, mama..., quiero mote, mamita... —dijo el pequeño.

Y luego se quedó callado, cerrados los ojos y pálida la demacrada carita trigueña. Mañu sintió, con la segura percepción de los perros, que había llegado la muerte. Y aulló largamente y se quedó al lado del cadáver, acompañándolo, del mismo modo que él, en ya lejana noche, había sido acompañado.

Después un cóndor planeó sobre ellos y se asentó a poco trecho. Le ladró a la vez que el ave ensayaba sus primeros picotazos. Tenía garras y pico curvos, cresta roja y plumas negras. Pertenecía a la variedad de cuello desnudo y golilla blanca, allí donde comienza a emplumarse de negro. Miró atentamente al muerto con sus ojos duros y fríos, y luego dio hacia él unos cuantos de sus balanceados pasos. Mañu, lleno de angustia, sacando fuerzas de su debilidad, se abalanzó al desnudo cuello, sin lograr morderlo, pero recibiendo un terrible picotazo en el lomo. Pero no avanzó más el cóndor. Y se entabló una lucha terca y lenta. Ladraba el perro al atacante y éste saltaba abriendo las grandes y abanicantes alas. La sangre del lomo herido goteaba pintando el suelo. A veces, el cóndor se detenía permaneciendo un largo rato con un aire de indecisión, pero después resolvía acercarse de nuevo, y el guardián se lo impedía a ladridos y presuntos mordiscos. En ocasiones conseguía rechazar al perro y llegar al cadáver, pero Mañu lo hostigaba y no lo dejaba tranquilo, obligándolo a retirarse. En cierto momento en que trató de no hacerle caso y comer, le saltó hiriéndole el cuello. Empurpurose la blanca golilla. El picotazo que recibió en el lomo había enseñado al perro las ventajas de la pelea de lejos. Acometía y se retiraba, ladrando y gruñendo enfurecido, los ojos turbios. El cóndor abría el pico y estiraba el

cuello lleno de rabia también, pero luego recobraba su actitud natural y permanecía, ante los ladridos, con la dignidad precisa de un ser que domina los aires frente a otro que no puede sino trotar miserablemente por la tierra. Pero, al fin de cuentas, era una insolencia que ese insignificante se le opusiera y, comprendiéndolo así, después de medir atentamente las posibilidades, avanzaba de nuevo hacia el cadáver. Pero la resistencia volvía a producirse y la lucha a recomenzar. Así pasó mucho tiempo. De repente, Mañú vio con angustia que otro cóndor descendía, tomaba contacto con el suelo y comenzaba a acercarse con su andar bamboleante y tozudo. Ladró más fuertemente entonces y el recién llegado se detuvo un momento, observando con desdén y cautela...

Sonó un tiro y el primer enemigo cayó. El nuevo echó a volar con vigoroso ímpetu. Y Mañú advirtió que por el camino, jalando una mula parda, avanzaba un hombre. Era don Rómulo Méndez. Cuando llegó, aún daba el cóndor potentes aletazos sobre el suelo. Tienen fama de resistir mucho, así la herida les parta el corazón. Don Rómulo, después de contemplar la dolorosa escena, amarró el cadáver, de bruces, sobre la montura. Mañú comprendió que era un amigo y lo dejó hacer, oliscándolo y moviéndole la cola. El hombre, jalando la mula, tomó la misma dirección que ellos llevaban, la carabina al hombro. El perro iba a su lado. Partió no sin echar una mirada al cóndor abatido. En otros tiempos lo habría cargado también a fin de llegar con el trofeo, pero ahora no estaba para cóndores.

Con cabeza y piernas oscilando al paso de la mula, crispadas las manitas y verdosa la piel, llegó el cuerpo del Damián a la casa del abuelo.

Terminando de contar la forma en que dio con él, dijo don Rómulo:

—Lo quise llevar onde la Martina, pero cuando éste se ha muerto solo y en medio camino, es porque ella no está... De todos modos, tú también lo puedes enterrar...

Luego agregó:

—Y ya les digo que, si no es por el perro, se lo comen los cóndores...

El Simón bajó el cadáver amorosamente, y en silencio, después de mirar a su mujer y a sus hijos, dijo al Timoteo:

—Vamos a enterrarlo aura mesmo. ¿Qué velorio le podemos hacer?

El cementerio era un cuadrilátero cerrado por una pared de piedra, cercano a la capilla de la casa-hacienda. Tenía esa ubicación para que el cura o su encargado pudiera cobrar fácilmente el derecho de entierro y vigilar que nadie diera sepultura a sus muertos sin pagar. Las rústicas cruces sin nombre caían carcomidas por el tiempo. En otros días, las huellas de las tumbas estuvieron cubiertas de yerbas, pero ahora se precisaban bien los rectángulos recientes, pues la puerta fue abierta y los animales terminaron pronto con el pasto de la tierra de los muertos. Aún deambulaba entre las cruces un asno huesudo.

Después de pagar al encargado —el cura no iba a Páucar sino para la fiesta de

San Lorenzo— el sol ochenta exprimido de su miseria, padre e hijo entraron en el panteón portando su enteca y dolorosa carga, seguidos de Mañu.

Encontraron allí unos indios macilentos que apenas podían cavar. Estaban enterrando el cadáver del huairino Manuel Shínac.

Dejando de lado el lugar del corredor donde solía sentarse, al siguiente día del entierro del nieto fue el Simón a ver lo que ocurría con la Martina.

Cortaviento apenas podía con su cuerpo, de modo que el Simón hizo lentamente, a pie, el largo camino. A un lado y otro, lejos, a lo ancho de los potreros, volaban cóndores, gallinazos e illaguangas. Morían caballos y asnos, sin duda. A las vacas, dueños y ladrones nos les daban tiempo de fallecer por su cuenta.

La casa estaba sola. Y nada había en ella. Era evidente que se lo habían robado todo. Ni un poncho ni una herramienta. Sólo el arado estaba por allí, tendido en el suelo, con un aire de cosa de otros tiempos y muy inútil. También estaban desperdigadas —negras y amarillas— algunas ollas y calabazas rotas. ¿Y la Martina? Sin duda, doña Candelaria debía saber, por algo eran vecinas. Subió el Simón a una loma y llamó repetidamente, tal lo hiciera el Damián en otros días.

—Ña Candelariaaaa, ña Candelariaaaa...

Sólo pasó y repasó, hasta extinguirse, la tarda ráfaga sonora del eco.

«Se ha ido», pensó al fin, al advertir el silencio y la quietud que rodeaban el bohío.

XVII

EL MASHE, LA JACINTA, MAÑU...

No nos hemos olvidado del Mashe. Lo dejamos por lo menos bien comido. Con pena, no volvemos a encontrarlo así. El viejo indio vaga por los campos desiertos buscando y buscando.

Un día regresó a su casa portando una gruesa culebra de color acerado. Sus hijas lo miraron con sorpresa, no así su mujer, que también tenía largos años y duras cosas vistas.

El Mashe explicó:

—Se come. Se le quita cuatro dedos e lao e la cabeza, cuatro e lao e la cola, y el resto se come...

Y cortó la culebra en esa forma, la abrió, además, y después la asó. Cada cual recibió un pedazo. Después de vacilar un poco, las muchachas aprovecharon también su ración.

Pero no siempre se podía encontrar algo. Ni siquiera culebras. Y, un día, el viejo indio Mashe no se levantó. Mejor dicho, ya no se pudo levantar. Quedose envuelto en sus harapos mirando por la puerta siempre abierta del bohío —no tenía con qué cerrarla— los campos resecos, polvorosos y hostiles.

Tampoco nos hemos olvidado de Mañu. Cuando el Damián quedó bajo la tierra, el perro gimió un poco, pero su simplicidad comprendió el fin y corrió para alcanzar a quienes sepultaron el enteco cuerpo vencido.

Así llegó a la casa del Simón.

—Ah —dijo éste, después de mirarle el abundante pelambre gris—, es el que llevó el Mateyo...

—Sí, él es —afirmó la Juana.

Lo contemplaron un instante y luego cada quien se dedicó a sus propios asuntos, que eran, si hemos de ser precisos, los de no hacer nada. Sólo la Antuca y el Timoteo conducían el ganado, o sea, unos veinte pares de ovejas. Se había agregado el Timoteo a la tarea, y ambos pastores iban armados de gruesos garrotes para prevenir asaltos de parte de los perros. Éstos, como ya hemos dicho, vagabundeaban en voraces tropillas buscando qué comer.

Mañu siguió a las ovejas vez tras vez, durmió en el redil y esperó su ración con el ánimo alerta. Pero nada le fue dado. Ni siquiera el cariño a que lo tenía acostumbrado el Damián. Si mataban una oveja, roían y hacían hervir los huesos, de modo que cuando llegaban a la cálida y buida ansiedad de su lengua y sus colmillos, ya estaban inservibles.

Y allá lejos, por los caminos y los campos, aullaban los perros trashumantes. El dolor de los proscritos era el suyo propio y en cambio nada lo ligaba ya al hombre. Y una noche en que le hirió más que nunca la profunda congoja de su pueblo, saltó la feble pared del redil y marchó a reunírseles.

Una mano morena y crispada se detenía y avanzaba, se detenía y avanzaba, trémula, hacia el manojito de espigas. Tras ella, una voz ronca mascullaba: «Perdón, perdón». Y unos ojos angustiados veían la faz dulce y serena de San Lorenzo, dulce y serena como las mismas espigas en ese momento. «Perdón, perdón». Los ojos voltearon súbitamente. No, no había entrado nadie ni estaba nadie en la silenciosa penumbra de la capilla. Pero allí miraba el San Lorenzo de faz dulce y serena. Vacilaba la mano prieta. «Perdón, perdón». Pero al fin cayó, como una zarpa, sobre el rubio haz. Y ya no hubo ojos para ver la faz dulce y serena de San Lorenzo, sino tan sólo el escape de la puerta. Y el hombre huyó, con el manojito de espigas bajo el poncho, temeroso y alborozado como si llevara un tesoro.

Sólo se detuvo tras una loma, entre unos pedrones. Cuando estuvo seguro de que nadie podía verlo, sentose, estrujó las espigas y masticó el trigo lentamente, lentamente.

Todo eso estaba recordando el indio Mashe en aquella hora. En medio de sus sombras postreras veía nítidamente el apretado haz amarillo y la faz dulce y serena de San Lorenzo. Después, llamó:

—Cloti, Cloti...

Acudió su vieja mujer, y, sentada junto a él, curvose sobre el rostro prieto y rugoso. El hombre abrió los ojos, la miró con toda su vida y dijo:

—No hey hecho males... Pero jui yo el que robó el trigo e San Lorenzo... Poque podía traer castigo, no lo truje pa ustedes tamién...

Y el Mashe, como si para morir sólo hubiera esperado decir eso, muriose dando el suspiro de alivio de quien se tiende a descansar.

Lloraron las tres mujeres sobre el muerto.

¿Y con qué iban a pagar el derecho de entierro? En medio del gris y deshojado alisar abrieron la fosa con la barreta y la lampa que pertenecieron al Mashe, inútiles ahora, igual que todas las herramientas agrarias, como no fuera para cavar tumbas.

Y el Mashe bien descansó allí y no en el cementerio, que lo era sólo por estar cercado de piedra y exigir un derecho por el que la Iglesia aseguraba la salvación del alma. Bien descansó allí el Mashe, en la ancha tierra por la cual había luchado tanto, abierta y libre a la esperanza y a la muerte. Al fin la tenía.

La Jacinta estaba sentada a la vera de un sendero, en las inmediaciones de la casa del Simón.

Y era porque las mujeres, después de enterrar al Mashe, se miraron y pensaron: ¿Qué hemos de hacer juntas tres pobres mujeres desamparadas? ¿Quién nos va a traer de comer? Ahí estaban los tendidos caminos. Y se fueron por los caminos.

Andando, andando, la Jacinta recordó al Timoteo. Parecía bueno y fuerte. Siempre la había mirado mucho. Pero precisamente por haberla mirado más de lo debido no quiso ni pudo llegar a su casa. Pensó que debía sentarse al lado del sendero y esperar. Él saldría y la vería. Podría entonces invitarla a pasar. Si no, ella seguiría su camino, aunque no fuera precisamente suyo ninguno. Todo tendría el carácter preciso y justo.

Y así lo hizo. En la espera, deploraba que su miseria no le hubiera dejado siquiera un poco de lana que atar a la rueca. Entonces las manos tendrían que hacer, los ojos estarían pendientes del hilado y su actitud sería menos ostensible. Para no mirar la casa, volteó la cara hacia los cerros, no sin echar, de cuando en cuando y de reojo, un vistazo al corredor. Pasó mucho rato, y al fin salió el Simón y volvió a entrar. Entonces apareció el Timoteo. Es que el padre le había dicho:

—Ay ta sentada una pobre mujer... No tendrá ónde dirse...

Al Timoteo le dio una corazonada y, obediente a ella, fue a ver de quién se trataba. Y velay que era la misma Jacinta. Se le acercó y consiguió decirle:

—¿Quiaces aquí?

Ella se quedó mirándolo:

—Mi taita sia muerto.

Luego bajó los ojos. ¡Qué difícil momento! Si tan sólo hubiera tenido un huso y un pequeño hilo que torcer... Se puso a mordisquear el filo del rebozo. El Timoteo pensaba que en su casa faltaba todo, y el taita ahora, quizá... Al fin se decidió y dijo las palabras justas:

—Vamos pa la casa...

En el corredor estaba el Simón. Magro y pálido, el poncho parecía colgado de un palo. Los dos se detuvieron ante él hechos una sola pregunta inquieta. ¿Iría a negar? ¿Iría a decir: «Te quedas po la noche, pero te vas mañana»? El Simón aplacó la dureza de sus ojos sombríos y dijo a la Jacinta:

—Dentra.

XVIII

LOS PERROS HAMBRIENTOS

Las tropas grises de perros hambrientos iban de aquí para allá. Parecían retazos de tierra en movimiento. ¿Dónde diablos habían volado las perdices? Decididamente, no había nada. Carecían de fuerzas para conducir las manadas y de las chozas los corrían con tizones para que no molestaran más. A veces se quedaban parados en las lomas, dubitativos, indecisos, sin saber hacia dónde seguir. Babeaban sus bocas entreabiertas, en tanto que dentro del cráneo caldeado se repetían tozudamente quién sabe que pantagruélicas escenas.

Una tarde, mientras el horizonte dentado de cerros se teñía de rojo, la Antuca se encontró con Mañú. Estaba tirado sobre las piedras en el reseco lecho de la quebrada. Escueto, fatal, herido acaso. Su colgante lengua tenía un color pálido. ¿Moría tal vez? Moría solo. Se trataba de un buen perro que podía esperar la muerte en medio de la soledad. La miró sin rencor con sus pupilas brillantes: «¿No he tratado siempre de servir?», pareció decirle. Y ella, que era pequeña y había crecido junto con los perros, le entendió perfectamente. Se olvidó del cántaro y el agua. Cuando cayó la noche y escuchó la aguda voz de la Juana, que la llamaba, tenía aún las manos posadas cariñosamente entre las hirsutas lanas, sobre el cuello de Mañú. Estaba extrañamente cálido y estremecido.

La torva inmensidad de la noche puneña fue articulada por desgarrantes aullidos. Los perros, recorriendo los recovecos en una inspección sin resultados, gruñían, echábanse a pelear, y por último se aquietaban y consolaban aullando agudamente. Pero otros seguían buscando.

Invadían el corredor de la casa-hacienda. Husmeaban y rascaban las puertas, en tanto que Raffles y su jauría gruñían encolerizados, soportando de mala guisa el encierro en un cuartucho apartado. Habían ido a dar allí para sustraerlos a la pelea nocturna. Mataron a muchos perros vagabundos, pero recibieron numerosas heridas en una refriega desigual. Raffles se molestaba, regañón, profiriendo amenazas. Los hambrientos, entonces, ladraban fuertemente alentados por el número y la impunidad.

Desde su cama, arrebujado en pesadas mantas, el niño Obdulio escuchaba el cambio de retos. Don Cipriano blasfemaba en el cuarto contiguo y el infante de pechos lloraba inconsolable. Entonces doña Julia encendía la lámpara, que no se apagaba hasta que la mañana se anunciaba en brechas de luz por las rendijas.

El sol matinal encontraba a los perros hambrientos en las lomas. Se calentaban en medio de quejas y babas. Wanka había parido y trataba de alimentar a sus cuatro hijos, dejándose mamar resignadamente. Los cachorros, entecos y moviéndose con

contorsiones de larvas, parecía que le succionaban la sangre.

Entrando el día, comenzaban a deambular. Los otrora ágiles canes nativos, con sangre de alco en las venas, apenas caminaban ya. Semejaban una rara armazón de huesos con un forro de revueltas lanas.

Pero seguían resistiendo el hambre. Con los ijares pegados al espinazo y el pecho convertido en una jaula, persistían en vivir como si los hubiera alimentado el viento. Éste más bien trataba de llevárselos o de enterrarlos entre nubes de polvo, pero ellos salían de los terrales semiasfixiados, gruñendo y aullando. Los menos débiles echaban a correr un trecho, con lo que les restaba de fuerzas, y luego volvían al grupo. Se reunían como para defenderse de algo extraño, de una fuerza envolvente y amplia a la que resistirían mejor estando en mayor número.

Llegada la noche, tornaba el coro trágico a estremecer la puna. Los aullidos se iniciaban cortando el silencio como espadas. Luego se confundían formando una vasta queja interminable. El viento pretendía alejarla, pero la queja nacía y se elevaba una y otra vez de mil fauces desoladas.

Una noche de luna, Zambo fue a tenderse al pie de unos árboles deshojados. Estaba terriblemente cansado y laxo.

De pronto vio que una mujer salía, abriendo una tranquera, al campo. Llevaba un atado en la mano. Era sirvienta de la casa-hacienda. Surgió de la lejanía un hombre que avanzó hasta encontrar a la mujer. Ambos se tendieron en el suelo. La mujer entregó su vientre redondo y sus largos muslos a la claridad de la luna y al hombre. Después, desenvolvió el atado. Zambo estaba cerca y los veía bastante bien. El hombre comía trigo y luego se puso a morder papas. ¡Si siquiera las cáscaras! El perro se levantó y se les fue acercando humildemente, esperanzado en las cáscaras. La mujer dio un corto grito señalándolo y el hombre volvió la cara hacia él.

—¡Que traza de diablo! —dijo, y le tiró piedras de las que tenía a la mano. Zambo corrió a refugiarse tras los árboles.

Pero esperó allí pacientemente. Tenían que dejar las cáscaras. Al fin se marcharon, cada uno por su lado. El perro salió entonces de su escondite y fue al lugar. Husmeó ansiosa y detenidamente. Oía a hembra, a papas y a trigo, pero no había el más pequeño hollejo. El hombre se había comido las papas con cáscaras y todo.

Aún más infeliz fue el episodio que le tocó vivir a Pellejo. Un día recordó a doña Chabela. Tenía su casa en el camino a las alturas. Cierta vez que volvía del pueblo, se encontró con la Antuca, que iba acompañada de los perros arreando el ganado.

—¿Saben pastiar? —preguntó doña Chabela, que era una mujer muy curiosa y parlera y siempre andaba en busca de tema.

—Claro —respondió la Antuca, y ordenó a Pellejo, señalándole una alejada—. ¡Güelve esa oveja!

Pellejo fue y, ladrando y saltando, metió a la oveja al centro del rebaño. Luego retornó donde la Antuca.

—Alalalu —dijo doña Chabela—, éste si ques perro güeno y lindo...

Sacó de su alforja una semita de las que había comprado en el pueblo y se la dio. Recordando a la semita y la donante, Pellejo aparecióse una tarde por la casa de ésta. Se encontraba sentada al lado del fogón tostando cancha.

—¿Qué quiereste perro feyo? —dijo apenas lo vio.

Pellejo se acercó lentamente.

—¡Sote, perro! —gruñó ella.

Pero Pellejo insistió en acercarse moviendo amistosamente la cola. Entonces doña Chabela, cuando lo tuvo a buena distancia, cogió un tizón y rápidamente le punzó con él las costillas. La carne quemada dio un breve chasquido y Pellejo huyó a todo correr, profiriendo alaridos. El marido de doña Chabela salió al oírlos y le arrojó unas piedras con su honda.

Durante muchas horas ardió la quemadura al pobre Pellejo.

El sol había terminado por exprimir a la tierra todos sus jugos. Los que anteriormente fueron pantanos u ojos de agua resaltaban en la uniformidad gris-amarillenta de los campos solamente por ser manchas más oscuras o blancuzcas. Parecían cicatrices o lacras.

En el río que fue más caudaloso, los cántaros se llenaban con lentitud. El agua que restaba era rápidamente absorbida por los belfos ávidos de los animales.

Sufría la naturaleza un sufrimiento profundo, amplio y alto, que comenzaba en las raíces, se extendía por toda la tierra y acaso no tenía fin ni en los prietos picachos donde se desleían las últimas neveras.

Hasta para el eucalipto más viejo de los que rodeaban la casa-hacienda de Páucar llegó el agotamiento. Don Cipriano había invitado muchas veces a su hijo:

—A ver, abracémoslo...

Y extendía sus largos y rudos brazos rodeando la áspera corteza, lo mismo que el niño Obdulio, y apenas llegaban a tocarse los dedos. Era muy grueso el eucalipto.

—Lo sembraron nuestros antepasados —decía orgullosamente don Cipriano.

Quién sabe qué profundidades trepanaban sus raíces, y sus ramas hablaban con las nubes, pero, con todo, él estaba herido también. El añoso tronco caería tal vez desecado y carcomido. Las hojas tomaban más y más un color gris rojizo. En los cogollos solamente perduraba un fresco verde cinc.

Los otros eucaliptos, más mozos y débiles, que antes habían cantado en torno al mayor, llenos de algazara juvenil, mil canciones diurnas y nocturnas con sus hojas lozanas, arrojaban éstas poco a poco, enmudeciendo en medio de una trepidación áspera. Se aglomeraban y disgregaban en el suelo las hojas, lentamente, extendiendo un lecho gris que era ocupado por vacas y bueyes de ojos dulces y tristes.

Así, entre un temblor de hojas murientes, el último retazo de verdura era sorbido por la tierra reseca y el sol quemante.

La sequía trajo la nueva ocupación de pastor de vacas, caballos y burros. Los bueyes —posibilidad de surco— eran los más defendidos. Pero todo el que tenía algún animal lo amarraba ante su casa durante la noche y de día lo sacaba a dar unas vueltas por los chamizales y el ichu jalquino. Comiera o no, pues todo era escaso, lo hacía regresar en la tarde. Porque fuera de los que morían de hambre y eran devorados por cóndores y gallinazos, se comenzaron a perder las vacas y luego, cuando éstas fueron vigiladas, los caballos y burros. Se decía que los huairinos los mataban a escondidas, en las quebradas, y se los comían.

¿Hasta dónde alcanzaba el azote? Al decir de los campesinos, llegaban voces de todas partes, de cerca y de lejos, anunciando el mal. Si en algún sitio se cosechó algo, nadie vendía nada. Se hablaba también de que en pueblos muy distantes, cuyos nombres eran escuchados por primera vez, podía conseguirse lo que se quisiera, pero a tales precios que, al saberlos, todo el mundo se quedaba sentado en su mismo sitio. Pero la barriga no sabe de precios y la muerte menos. Muchos huairinos y algunos antiguos colonos de Páucar fueron a dar con su miseria y su hambre al panteón.

La fatalidad gravitaba sobre los hombros con un peso comparable solamente a la extensión de la tierra y el cielo.

El yantar era también parco en la mesa del hacendado. Poco quedaba en los graneros, menos si lo veían ojos amedrentados. Y esa noche mostrábase, sobre los platos albos, unas cuantas papas arenosas y una carne dura y negra, producto de animales escuálidos.

Don Cipriano, presidiendo la mesa, comía despaciosamente. Luego se tomó la frente con ambas manos y terminó por hundir la cabeza entre el poncho. Todo ese tiempo había hablado poco y estaba de un humor endiablado. Se sentía sin duda derrotado e impotente. Doña Julia, sentada al otro extremo, daba el pecho al pequeño, y entre doña Carmen, don Rómulo y el niño Obdulio se cambiaban algunas palabras. Pero la buena y recia abuela, alma templada en cien años de puna, se puso de pronto a rememorar las hambrunas pasadas y cómo la lluvia llegó al fin. Porque sequía en dos inviernos ocurrió, pero en tres nunca se había visto. Entonces, el próximo invierno traería bastante agua.

Y contando, contando, dijo:

—... Ese año, ¡qué hambre! Yo estaba niña. Desde muy lejos llegaba gente a pedir. A nadie podía dársele nada. La hacendada era la señora Rosa. Una tarde vino una mujer jalando un burrito. Ya era de edad ella: «Mamita», le dijo a la señora Rosa, «he caminado mucho y nada he hallado. El más pequeño de mis hijos murió porque no tenían leche mis pechos. Los otros van a morir también. Tienen los vientres hinchados y un día, mi señora, a uno lo encontré comiendo tierra... Hay un Dios en los cielos. Por su amor, deme algo»... Y la señora Rosa se condolió y le hizo medir y

cargar en el burro cuatro almudes de cebada. El asno, por otra parte, no hubiera podido con más, tan flaco estaba. Y la pobre mujer se fue entonces jalando su burro y se paró en media pampa. Allí se arrodilló, con las manos juntas, a dar gracias a Dios a gritos y llorando... También hubo ladrones ese año. Y hubo sangre. Una vez...

Violentos aullidos interrumpieron el relato. Una tropa de perros entró en el comedor gruñendo y mostrando los colmillos. Sus ojos relucían a la luz de la lámpara. Don Cipriano, don Rómulo y los sirvientes de la casa rechazaron a patadas y garrotazos a los intrusos.

—Fuera, fuera..., zafa...

—Sote, perros dañinos...

Los perros gemían y trataban de morderlos. Raffles y su jauría, desde lejos, hacían llegar sus ladridos. Chutín, que no era encerrado, pues no acostumbraba a pelear con los hambrientos, olvidó por un momento su raza y se puso del lado del amo, atacando resueltamente. La señora Carmen se santiguó y el niño de pechos se puso a llorar. Uno de los vagos mordió a Chutín en el lomo, pero se fueron al fin, aullando, muchos con las costillas rotas. Entonces don Cipriano resolvió acabar. Después de la comida, provisto de una linterna, recorrió el caserón en compañía de Pedro, un pongo, dejando pequeños bocados de carne por todos lados.

Más tarde, cuando se apagaron las luces, volvieron los perros y siguieron con su fino olfato el rastro de los hombres, recogiendo su desperdigado presente.

Amaneció con un sol crudo, implacable, voraz. La tierra se abría en grietas sedientas, y el sol entraba por ellas, tostándola. Y a lo largo de las sendas, en los cauces de las quebradas —buscando una gota de agua para su tremenda sed de envenenados—, al pie de los eucaliptos mustios, acezaban moribundos los perros hambrientos. Otros habían muerto ya y miraban con pupilas fijas.

Runroneaba un lento y negro vuelo de aves carnívoras. Se posaban en torno de los entecos cadáveres y les sacaban los ojos primeramente. Siempre hacen así. Tal vez porque prefieren los ojos. Tal vez porque la vida persiste en asimilarse en ellos y, al extraerlos, quieren apagar su último y molesto rastro. Luego los picos curvos desgarraban la panza y comenzaba el festín. A todo lo ancho de la falda puneña, pendiente arriba, comenzaron a formarse oscuros y vibrantes círculos fúnebres en los que las illaguangas, que son más escasas, ponían la nota rojiza de su plumaje. Comían vorazmente, deteniéndose sólo para mezquinarse la carroña, encrespando las plumas y dando roncós graznidos. Cuando llegaba un cóndor, gallinazos e illaguangas se apartaban a respetuosa distancia, y la más grande ave del mundo picoteaba sola hasta cansarse. Se alejaba al fin con pesado vuelo y entonces las otras se atrevían a acercarse de nuevo a la presa.

Un olor nauseabundo llenó los campos, como si toda la tierra hubiera entrado en descomposición. En un bajío se encontraba yerto y despanzurrado nada menos que

Zambo. Un congénere que aún vivía, miserable y fatal, se le acercó a paso lento, jadeando, en medio de un gruñir tembloroso. Era Pellejo, que evidentemente no había participado del obsequio de don Cipriano. ¿No reconoció a Zambo por la falta de ojos y la cruenta condición de su cuerpo? ¿O no le importó? Tal vez lo último, de todos modos, sí. Titubeó al principio, pero, al fin, se puso a morder y engullir las entrañas sanguinolentas y oscuras, sin duda amargas. Luego se alejó unos cuantos pasos. Los gallinazos, que habían huido ante el extraño comensal, se abalanzaron sobre el muerto, reanudando la rojinegra fiesta de carroña.

Al poco rato, Pellejo se retorció gimiendo débilmente. La desesperación agónica se reflejó en sus ojuelos amarillos, por los que pasó relampagueando una turbia tormenta. Después se apagaron. Pellejo murió dando un aullido largo, mientras estiraba las patas como en una intención de fuga.

Y no fue el único que tuvo ese destino. Otros también comieron a sus hermanos, y así la tarea de don Cipriano multiplicó sus efectos. Pero no en balde hay ojos alertos y seguro instinto. Muchos se abstuvieron cautelosamente y se salvaron. Si es que podemos llamar salvarse al hecho de esperar muerte a largo plazo o retrasar el encuentro de un bocado también traicionero. El hacendado seguía esparciendo pedazos de carne fresca.

Uno de sus colonos llegó hasta él para decirle:

—No matiusté onde los perros, taita. ¿Quién cuidará el ganadito? Aura no valen más que pa aullar, pero tamién así asustan onde los dañinos...

Y don Cipriano dijo:

—Es mejor que mueran, ignorante. ¿Para qué han de morir a pocos? Es mejor que mueran de una vez...

Lo dicho. En las noches, zorros y pumas comenzaron a merodear impunemente por las majadas. Antes habían huido ante el aullido de los perros, pero, al sentir el promisorio silencio que olía a carroña, iniciaron sus excursiones. Cada noche aumentaban los asaltos.

Los campesinos querían imitar a los perros:

—Guau, guau, guauuuúúú..., gua, guau...

Pero los dañinos sabían más y, al rato, las ovejas balaban arrastradas hacia las quebradas. Su poco peso facilitaba como nunca el rapto. Al siguiente día, los hombres contaban su ganado por pares, y después maldecían con toda la desesperación de su pecho. Tuvieron que ir a los rediles a dormir junto con las ovejas.

Cuando las fieras, hartas, y también por la nueva vigilancia, dejaron de incursionar, las noches tuvieron un silencio de muerte. Sólo se oía el rumor embravecido del viento entre el herrumbroso follaje de los eucaliptos. Muy raramente, algún aullido. Largo y agudo, taladrante. Algún can con ancestros de alco despedía a su raza.

Indios y cholos rodearon una tarde el caserón de la hacienda, como una bandada de cóndores. El Simón Robles estaba también allí. ¡Qué caras vio! ¡Qué cara le

vieron! ¿Ése era el Santos Rosas? ¿Y el otro, el Claudio Pérez? ¿Y el de más allá, el Guille Agreda? ¿Y aquéllos, todos, los mismos que había visto en la arada, la lampea o la trilla, fraternizando en las ratos de descanso, en torno a la gran lapa de trigo o con el checo cantor en la mano y la armada de coca dulce en la boca? Muchos de ellos habrán escuchado sus relatos. Muchos de ellos bailaron al son de su flauta y su caja. Hubo alegría de campo nuevo en sus caras, luz de sol en la mirada jocunda y elasticidad y gozo de ritmos en los recios cuerpos morenos. Pero eran muy distintos ahora. Todo ese largo tiempo hecho dolor había rasgado las bocas, comido las mejillas, empañado los ojos, desgredado las cabezas. Se curvaban las espaldas como si no pudieran sostener el peso del poncho.

Después de hacerse esperar mucho, salió don Cipriano, acompañado de don Rómulo, a ver qué deseaban. Ambos llevaban revólver al cinto. Una algarada se levantó:

—Patrón, venimos pa que nos atienda...

—Oiganós, patroncito...

—Ya nos morimos, patrón...

—Patrón..., patrón..., patrón..., patroncito...

Don Cipriano trató de imponer orden tomando un gesto autoritario y diciendo:

—Hable uno por uno.

—Patrón, patrón —vociferó un indio de pequeña estatura para destacarse del montón—, alquito deme, ya no tengo nada; mi mujer se muere, patrón...

—Comidita, patrón —gimió otro.

Don Rómulo intervino, gritando:

—Hable uno por uno...

Y don Cipriano:

—A esos huairinos ya les advertí. ¿De qué se quejan ahora? ¡Vuélvase a Huaira! Y los de aquí, maten sus vacas, sus caballos, sus burros, sus ovejas... Yo no tengo nada...

Uno de los huairinos replicó:

—Ya hemos ido pa Huaira, patrón. Y don Juvencio nos dijo: «Conque ustedes, ¿no?... Agradezcan que no los mato comua perros... Váyanse». De todos modos, los diallá tamién mueren. ¿Qué vamos hacer, pue? Socorranós, patroncito... Le trabajaremos cuando seya el tiempo. No pierdasté sus brazos, patrón...

Su acento era lloroso, dolido. Cuando terminó, don Cipriano guardó silencio y todo el conglomerado de ponchos y cabezas hirsutas que lo rodeaba permaneció móvil. Después un cholo protestó:

—Tamién hay gente diaquí que no tiene nada... Nada, patrón... ¿Qué va a matar? Un poco e cebada siquiera, patrón...

Don Cipriano pensó en la inmensidad de los auxilios e insistió:

—No tengo cebada... Y si le doy algo a uno, todos han de querer y no alcanza... No hay nada para nadie...

Un coro de voces gimientes siguió a esas frases:

—Patrón, tengasté piedá...

—Conduelasé, patroncito.

Uno de los indios juntó las manos ante don Cipriano y formuló el pedido de la sepultura.

—Patrón, siquiera quel encargao no nos cobre o nos rebajel derecho pal entierro... No tenemos nionde enterrar los muertos... Sies en medio campo, las almitas penarán...

—¿Y qué he de hacer yo? —replicó muy dignamente don Cipriano—. Ésas son cosas de la Iglesia. Yo no puedo meterme en eso...

—Pero, patrón, patroncito...

—Váyanse, no hay nada, yo no puedo hacer nada —terminó don Cipriano.

—Váyanse —repitió don Rómulo.

La voz del Simón Robles sonó ronca y firme:

—Patrón, ¿cómo que nuay nada? Sus mulas y caballos finos tan comiendo cebada. ¿No vale más quiun animal un cristiano? Y tamién ay tan sus vacas, punta grande, patrón. Bienestá que haga pastiar, que no le roben... Pero hoy es el caso que debe matar pa que coma su gente. Peyor que perros tamos... Nosotrus sí que semos como perros hambrientos... Yo tuavía, gracias a Dios, tengun poco, perotros pobres, esos huairinos, botaos po los campos buscando, llorando, suplicando..., y nunca hallan nada..., ni robar pueden. Y tenemos mujeres y tamién hijos. Piensen los diusté, patrón. Hágalo po su mujer y sus hijos... Si tienesté corazón en el pecho, patrón, conduelasé... Y si tiene pensar e hombre derecho, piense, patrón... Con nuestro trabajo, con nustra vida sian abierto tuesas chacras, sia sembrao y cosechao to lo que usté come y tamién lo que comen sus animales... Algo deso denos siquiera onde los más necesitaos. No nos deje botaos como meros perros hambrientos, patrón...

Calló el Simón Robles y los peones sintieron que había hablado con la boca, el corazón y el vientre exhausto de todos. Miraban al hacendado esperando su respuesta, que creían favorable porque todo era claro como el día. Pero él les echó a todos un rápido vistazo y después se encaró al Simón:

—Conque con su trabajo y su vida, ¿no? ¿Y la tierra no es mía? ¿Creen que les doy la tierra por su linda cara? Ya sabía, Simón Robles, que tú estabas hablando así... Espérense, no más. Descúidense y verán. Vámonos, don Rómulo...

Y patrón y mayordomo volvieron las espaldas y se marcharon, entrando luego en el escritorio. Los solicitantes se quedaron perplejos ante tan inesperado final. Mirábanse unos a otros sin saber qué hacer. De pronto sonó una voz potente:

—Vamos pal terrao... Ay ta la puerta...

Y otras, súbitamente decididas, repitieron:

—Vamos, vamos...

La masa rompió corriendo por el corredor del caserón hacia la puerta de acceso a las gradas que conducían al terrado. Sonaron algunos tiros y alguien fue herido.

Pero los balazos habían salido del escritorio y, como tal pieza quedaba en la misma fila de las alineadas ante el corredor, ya no se podía seguir haciendo blanco desde ahí. Algunos cholos sacaron a relucir las aceradas hojas de los machetes y se estacionaron a ambos lados de la puerta para impedir la salida y la acción de don Rómulo y don Cipriano. Pero del extremo, de un cuartucho que sobresalía allí atajando el viento, irrumpió una descarga cerrada. El indio Ambrosio Tucto, que iba adelante con el machete en alto, dispuesto a partir la cabeza del que se le opusiera o la puerta del terrado si no se abría, cayó de bruces. La sangre brotó de las piernas de otros, y dos más rodaron por el suelo también. Los disparos seguían, por lo que los campesinos comprendieron que eran muchos los que hacían fuego, y ellos no podían defenderse. Se detuvieron entonces. Trataron de retroceder, pero al sentir los tiros que salían del escritorio se arrojaron del corredor huyendo en todas direcciones a campo traviesa. Los que guardaban la puerta con la esperanza de inutilizar a don Cipriano y su empleado fugaron igualmente cuando las balas de los otros pasaron silbando junto a sus cabezas y rompiendo entre polvo la pared de adobe.

Salieron los del cuartucho, y luego don Cipriano y don Rómulo. Los primeros continuaban haciendo fuego sobre los fugitivos.

—Paren..., paren... —les gritó don Cipriano. Y, cuando estuvo a su lado, apuntó —: Como dijo Napoleón: «A enemigo que huye, puente de plata...».

Era costumbre de don Cipriano, a falta de mayores conocimientos, atribuir a Napoleón todas las frases de olor bélico que había aprendido a lo largo de su vida.

Entre los obstinados tiradores estaba el niño Obdulio, quien empuñaba con trémulas manos la carabina de salón usada para cazar pichushas. Los otros tres eran empleados que don Cipriano tenía en los valles del río Yana. Como allí todo se había secado y además en Páucar corrían rojos aires de sublevación junto con los polvorosos de la sequía, los hizo ir en previsión de cualquier alzamiento. Si se demoró para recibir el peonaje, fue precisamente porque estuvo impartiendo las órdenes adecuadas. Ahora se le veía ligeramente pálido, lo mismo que a su hijo. Don Rómulo tenía una mano en la carabina y la otra en el bigote. Los otros empleados fruncían la cara cetrina tratando de aparecer impasibles. Pero a todos les pesaban esos tres muertos —ponchos empolvados, pies desnudos, greñas revueltas—, tirados largo a largo en el corredor. El indio Tucto besaba la tierra. Otro contorsionaba la boca en una mueca de dolor y rabia. El tercero extendía los brazos, y era todo él como una cruz. Grandes manchas de sangre signaban el suelo, don Cipriano llamó a los sirvientes y les dijo:

—Recojan los muertos y métenlos a ese cuarto. Habrá que enterrarlos en la noche. Y limpien esa sangre con trapos y agua... Y ahora, mis amigos —terminó dirigiéndose a su aguerrida gente—, vamos nosotros a bebernos una copita. Estas cosas destemplan un poco los nervios...

En los bohíos de los caídos se les esperó muchos días. Y cuando alguien, sobreponiéndose a la extenuación del hambre, fue llevando la noticia, no encontró a

quién dársela.

Semanas, meses.

El cielo reluciente simulaba una comba de acero pavonado. Desde la parda aridez de la tierra, las calaveras de los animales le apuntaban el negro taladro de sus cuencas vacías.

Y los hombres que no clamaban por lluvia en la penumbra de sus bohíos, hallábanse, sin duda, arañando las entrañas de la tierra en pos de agua.

XIX

LA LLUVIA GÜENA

Hay un momento en que la vida entera ausculta y descubre en el viento, en el color de la nube, en el ojo del animal y del hombre, en la rama del árbol, en el vuelo del pájaro, el emocionante secreto de la lluvia. Hasta la roca estática parece adquirir un especial gesto, un matiz cómplice.

Y hay un momento de felicidad para la vida entera que aguarda: el momento en que todos los signos cuajan en la evidencia de un cielo en plenitud.

Así fue en aquel tiempo. Llegó noviembre. Un día el viento no se llevó las nubes. Por las cimas del sur avanzaron agrandándose hasta llenar el cielo, negras y densas. Soplaban una brisa lenta y rasante. Hombres y animales husmeaban el horizonte quieto y la bóveda sombría, más quieta aún. Los árboles extendían hacia lo alto sus brazos angustiados y los pájaros volaban piando entre las ramas desnudas. Los picachos se agrandaron hasta hurgar el cielo. Y la concavidad ocre de la tierra, alerta y anhelosa, esperó.

Y fue el viejo y siempre radioso milagro.

Las primeras gotas levantaron polvo. Luego el pardo de la tierra tornose oscuro y toda ella esparció un olor fragante.

Se elevó un jubiloso coro de mugidos, relinchos y balidos. Retozaron las vacas y los potros. Y los campesinos dilataron las narices sorbiendo las potentes ráfagas de la áspera fragancia. Fulgían los relámpagos, retumbaban los truenos, el cielo entero se desplomó trepidando. Y fue la tormenta una larga tormenta de alegría. Tierra y cielo se unieron a través de la lluvia para cantar el himno de la vida.

¿Privaciones? Bastantes todavía, pero los úñicos y las zarzas darían moras, el suelo florecería blancos hongos y toda la vida sería nuevamente verdor lozano y pulpa plena de dones.

Caía el agua amorosamente sobre los hombres y los animales, sobre los eucaliptos y los pedrones rojinegros, sobre los campos olorosos, los huesos blancos y la tumbas de los muertos.

Aunque cayeran sobre penas, daban un júbilo hondo los musicales chorros celestes.

¡Ah, esperanza!

El Simón subió al terrado, quitó los mates que cubrían la boca del cántaro y las ollas y hundió en la frescura de los granos, vez tras vez, las manos cálidas de alborozo. ¡Trigo, maíz, arvejas! Era dulce palparlos, era dulce mirarlos a la luz que entraba por la redonda claraboya, y más dulce aún decir sus nombres, que regalaban ya la boca con los nutridos jugos de la vida. Que creciera un poco la yerba y se repusieran los bueyes. Entonces la tierra esponjosa y feraz sería abierta para guardar

la semilla hurtada al hambre.

Días de días siguió cayendo la lluvia como una bendición.

Hombres y animales recobraban sus líneas y su acento, de cima a valle las quebradas descendían cantando, retoñaban los árboles y la yerba macollada ahogaba cada vez más con su verdor el alarido blanco de los huesos y la memoria hecha cruz sin nombre de los muertos.

Y una tarde que el Simón Robles miraba desde su puesto del corredor, solazándose, cómo el agua repiqueteaba fecundando los campos, una sombra le hizo volver hacia otro lado.

¡Wanka!

Estaba parada a un extremo del corredor, mirando al Simón y esperando su voz. Escuálida, con el apelmazado pelambre chorreando agua, los ojos enrojecidos y acezante la boca abierta, era muy doloroso su aspecto, y el Simón sintió como propios los padecimientos de su pobre animal abandonado. Y enterneciose pensando que había comprendido lo que significaba el cambio de los tiempos como fin de la expulsión y vuelta a la vida de antaño. Y más conmoviose viendo que sólo quedaban dos pares de ovejas en el redil y que Wanka retornaba para ocupar su puesto de guarda.

—¡Wanka, Wankita, ven! —dijo.

Avanzó la perra a restregarse cariñosamente contra el Simón. Éste le palmeaba los huesudos lomos, llorando.

—Wanka, Wankita, vos sabes lo que cuando el pobre y el animal no tienen tierra ni agua... Sabes, y pueso has güelto..., Wanka, Wankita... Has güelto como la lluvia güena...

Y para Wanka las lágrimas y la voz y las palmadas del Simón eran también buenas como la lluvia...

•



CIRO ALEGRÍA BAZÁN (Huamachuco, 1909 - Lima, 1967). Periodista, político y escritor peruano. Sus primeros estudios los realizó en Trujillo, donde tuvo como maestro al poeta César Vallejo. Siendo aún escolar, empezó a colaborar con medios periodísticos de dicha ciudad. Posteriormente, su intensa actividad política le valió varias estancias en prisión y su exilio a Chile en 1934.

En ese periodo escribe sus obras más significativas: *La serpiente de oro* (1935), sobre la vida de los balseros a orillas del río Marañón; *Los perros hambrientos* (1939), que presenta la lucha del hombre altoandino contra la sequía y la pobreza; y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), un gran cuadro épico de la lucha de la comunidad indígena de Rumi contra los poderes que quieren destruirla: la oligarquía terrateniente, el ejército y el Gobierno servil a los grandes intereses económicos. El uso de técnicas narrativas modernas y el aliento heroico de la composición le permiten presentar un relato-río tan variado y dramático como la vida indígena misma.

En 1948 volvió al Perú, se dedicó al periodismo y fue elegido diputado. En esta época publicó un solo libro de cuentos: *Duelo de caballeros* (1962).

La obra de Ciro Alegría representa, junto con la de su compatriota José María Arguedas, la expresión artísticamente más madura de la narrativa regionalista e indigenista latinoamericana del siglo xx. Tras su muerte, su tercera esposa, la escritora cubana Dora Varona, se dedicó a reimprimir sus obras más conocidas y a editar material inédito, como la novela corta *Siempre hay caminos* (1969); dos novelas inconclusas, *El dilema de Krause* (1969) y *Lázaro* (1973); las colecciones de

relatos *Panki y el guerrero* (1968), *La ofrenda de piedra* (1969), *Siete cuentos quirománticos* (1978) y *El sol de los jaguares* (1979); y las memorias *Mucha suerte con harto palo* (1976).